

CATULLE MENDÈS
(1841-1909)



LA INFIEL
y otros cuentos

Título Original: *L'Infidèle*.

Edición original: Victor Havard editeur. París. 1889

© Por la traducción: José M. Ramos González. Pontevedra, 2008. En exclusividad para
<http://www.iesxunqueira1.com/mendes>

LA INFIEL

Desde luego, en este lúgubre lugar donde estoy encerrado, pocos amantes en mi lugar pensarían todavía en las delicias y amarguras del amor; pues me han depositado en la tumba del cementerio que está en la pendiente de la colina. Pero yo, por difunto que pueda estar y a pesar de la incomodidad de sentirme tumbado en un ataúd, no dejo de soñar en aquella a la que siempre amé; y me digo con una gran tristeza: «No, no creo que jamás ninguna persona se haya mostrado tan proclive a la inconstancia como mi amiga » y, para divertirme en mi oscura soledad, cuento la historia de sus infidelidades a la noche, al silencio, en el olvido de haber vivido, que frecuenta, como un invisible fantasma, nada entre la nada, el sueño sin sueños de las necrópolis.

I

Antaño, cuando éramos pájaros, – recuerdo muy claramente que fuimos pájaros, en los tiempos en los que los pechos de las princesas enamoradas palpitaban bajo la violación de los cisnes, – mi amiga, mediante la más reprobable de las conductas, ya daba evidentes muestras de que no iba a limitar su placer a las caricias, ni sus obligaciones a la felicidad de un sólo amante; pues, aunque fuese paloma, conseguía provocar con descaro mediante rozamientos de plumas, –¿y cómo? con movimientos del cuello y arrullos que no tenían nada de decentes, – a los alados cortejadores que no eran precisamente de su especie, tales como chorlitos dorados, arrendajos engalanados de pedrerías y halcones acorazados; incluso, una vez en la que ya estaba definitivamente cansada de mi blancura de torcaz, un poco tintada de malva, optó por seguir a un cuervo, melancólico señor de la noche. Si en alguna ocasión limitaba su fantasía a los de su propia raza, era, como paloma, por el amor de otra paloma también; se dan igualmente extrañas costumbres en el mundo de los pájaros que no se podrían tolerar. De modo que yo era el más infeliz de los vivos. Y no se conformó con engañarme, la detestable adorada me abandonó; una noche, en el árbol conyugal que había cobijado mis delicias y sus mentiras, me quedé solo; de nuestro amor no quedaba más que la rama donde tantos arrullos éste había provocado.

II

Mas tarde, siendo animales feroces, – recuerdo con mucha claridad yo era un león y ella una leona, en la época en que los magníficos merodeadores del desierto y del monte desconocían aún la vergüenza de los zoológicos – ella no tenía un comportamiento digno de alabanza. ¿Acaso pensáis tal vez que cuando yo regresaba de cazar, con las garras ensangrentadas, y alguna gacela entre los dientes, la encontraba sobre la roca donde teníamos nuestras citas, y, de inmediato y tiernamente, ella introducía su cabeza en mi melena y que con su querida enorme lengua lamía la sangre de mi boca y frotaba su dorso para estremecimiento de mi vientre? ¡Qué poco la conocíais! Siempre llegaba tarde, no brincaba sobre la roca más que después de haberla estado esperando durante horas; y yo no ignoraba, – no, no podía ignorar, – que su placer era acostarse sobre la arena, hasta el fin del día, al lado de un león negro; allí, volviendo la cabeza hacia él, ¡admiraba en los ojos de su amante el luminoso ocaso del sol! Una vez, mucho tiempo después de que hubo acontecido el más triste de los crepúsculos, comprendí que no regresaría; y permanecí solo en la roca conyugal, no quedándome de nuestro amor más que la roca donde éste tantos rugidos había provocado.

III

Pero fue sobre todo, por una abominable voluntad de las providencias, cuando nos convertimos en hombre yo, y ella en mujer, cuando reveló impúdicamente su instinto de tener tantos amores como días hay en la semana; incluso a menudo creía notar que su corazón adelantaba desmesuradamente, como un monstruo enloquecido, a los exactos relojes, reduciendo cuatro días a uno. Por desgracia era hermosa y mujer. A decir verdad, si no estuviese muerto, si no estuviese enterrado, si hablase a alguien que no fuese a la noche, al silencio en el olvido de haber vivido, me cuidaría mucho de decir hasta que punto era exquisita, y que su boca se abría como una guindilla color sangre mordida por el sol, y que sus ojos languidecían eternamente de voluptuosidades siempre vueltas a renacer, y que el cálido frescor de su pecho, – puesto que era de llamas y de nieve, ese pecho, no se podría definir de otro modo – era la tumba deliciosa del honor y del deber; pues, diciendo eso a los seres humanos, me expondría a escucharlos responderme: «¡Eh!; lo sabemos todo tan bien como tu!» Aquí, en esta negra soledad, puedo vanagloriarme de su belleza más incomparable que la blancura de los lis, el oro de los maíces y el rojo de la crueles rosas. ¡Pero, con su belleza, por desgracia, contrariaba los intereses de mi amor! Algunos parisinos sin duda han conocido fervorosas conquistadoras que, de buen grado, sin que el temor de una condena inmediata las reprimiese, ofrecían a todos los ojos, en una ausencia casi radical de corsé, el desafío de sus riñones desnudos y carnosos; que se atrevían, en las noches de baile, entre las cortinas de las ventanas, a abandonos sobre el pecho de los trajes negros donde unos botones de diamante laceraban la palpitación desbocada de sus pechos; cuya mirada hacia los divanes del salón contiguo tenía el aspecto de ordenar a todos los hombres que fuesen allí a esperarlas; pero, entre todos los parisinos, ni uno conoció a una conquistadora comparable, en lo que concierne al atrevimiento del desnudo y al permanente ofrecimiento de todo el cuerpo, a aquella de la que fui desesperada y celosa víctima. Y ella no se reprimía, – ¡oh, mi corazón cien veces desgarrado! – a las temeridades, sin efecto inmediato, de las coqueterías mundanas; se prometía, sí, – pero también se entregaba. Sí, se daba a todos lo que la hacían destellar en sus ojos la esperanza de un placer. Se demoraba en los hoteles de los hombres jóvenes; pasaba las

mañanas en las habitaciones de los estudiantes, y no pienso que su boca haya respondido «no» a una joven boca donde se rizan los bigotes. Incluso, para que dijese «sí», el bigote no era absolutamente indispensables; del mismo modo que siendo paloma aceptaba el arrullo de las palomas, una vez mujer no rechazaba con gestos de invencible horror las suplicas arrodilladas de esas pequeñas demoníacas que tientan, como un lejano paraíso de oro y de sombra entrevista, el más allá de las ligas; y he aquí que extrañas costumbres, incluso en el mundo de las personas decididas a todo, no se podrían aprobar. ¡De modo que yo era el más desgraciado de los hombres! Y no se conformó con engañarme, la detestable adorada me abandonó; una noche, en la habitación conyugal que había cobijado mis delicias y tus mentiras, ¡oh joven mujer! me quedé solo: no me quedó otra cosa de nuestro amor que el lecho en el que éste había provocado tantas risas y sollozos de embriaguez.

IV

Entonces tomé una gran resolución. Me decidí a matar a esa joven inconstante. Puesto que había traicionado, siendo paloma a la rama; siendo leona a la roca y siendo mujer a la alcoba; lo que tenía que hacer era ponerla fuera de circulación a partir de ahora. La aceché y la sorprendí cuando salía de la casa de su nuevo amante, y, con una mano que no temblaba la estrangulé con una destreza tan perfecta que entregó el alma sin emitir un solo grito. Muy bien pagados, los enterradores y sepultureros complacientes me habían jurado meterme en la tumba del cementerio que está en la pendiente de la colina, al lado de mi amiga, – pues, yo le sobreviví, y eso no lo podía soportar; cuanto tuve una sola bala, hice saltar mi cerebro y, en efecto se me enterró junto a aquella que, muerta, estaría obligada, eso esperaba, a serme fiel. Si hay que decir todo lo que pienso, los amores en la tumba, entre difunto y difunto, no tienen tal vez todo el delicioso arrebató que los amantes conocen en los lechos estando vivos; os aseguro sin embargo que no ha lugar a despreciar, cuando se está muy prendado, el apacible reposo acostado al lado de un frío cuerpo estirado; hay que saber conformarse con los que se tiene. Además, ¡qué gran compensación a la insuficiencia del éxtasis encontraba en la certitud de que jamás mi queridita ya no sonreiría a otro, y que para siempre ella estaría acostada a mi lado! Pero no había contado con su pérvida astucia. Una vez, como yo, frágil esqueleto, tratase de girarme hacia ella, vi que el ataúd contiguo estaba vacío; mi amiga había logrado evadirse de la muerte, y yo permanecería solo; de nuestro amor no me quedaba más que la tumba donde yo había esperado que éste se eternizara.

En cuanto a lo que había pasado, lo adivino. Mi eternamente querida, a pesar de todos sus pecados, logró conciliarse con los ángeles del Señor que circulan por los cementerios en un blanco batir de alas; y ellos la han llevado al cielo, y allí resplandece lejos de mi, más bella que las vírgenes, en la gloria del paraíso.

¿Qué haré yo ahora? Lo sé muy bien. A fuerza de suplicas y arrepentimientos, mereceré abandonar el sepulcro; volveré a ver a mi queridita en el cielo de los elegidos. Y aquella a la que amaba, paloma, leona, mujer, difunta, la amaré santa del cielo azul y rosa. Nos citaremos en las espesuras de las estrellas de la Vía Láctea. Pero no pienso que sea más constante en el paraíso de lo que lo fue en la tierra. Un día, prendada de algún Serafín, no regresará más al lugar de las citas y yo permaneceré solo, siempre; no quedará de nuestro amor más que la nube sideral donde conoceré, eternamente en el cielo, ¡el infierno de no ser amado!

TIEMPO DE DETENERSE

¡Oh! con cuantos líricos poemas, tan rítmicos y bien rimados, él daba las gracias a las divinidades instigadoras y protectoras de los amores humanos, – a Venus, con los ojos violeta bajo el oro rojo de su caballera, al mayor de los Eros cuyo arco es de hierro y a los Eros menores, sus hermanos, que tensan arcos de plata, – desde la sagrada noche en la que la única a la que él amaba decidió cejar en sus reservas y le había permitido ¡respirar en su boca la rosa que ella tenía tan rosada, y morder en la punta de su seno la fresa que ella tenía tan roja! Y tenía muy buenas razones para alabar a los dioses, pues ningún mortal era tan afortunado como este amante llamado Valentín. Tendríais que haber buscado durante mucho tiempo en todas las alcobas del mundo antes de encontrar a una joven comparable a aquella que por el amor de él, había abandonado su actitud de repulsa. Era cierto que casi era morena la larga cascada de sus cabellos que formaban como una camisa oscura; ¡pero con cuantos deliciosos encantos compensaba esta única imperfección! Sus pupilas, bajo la estriada sombra de las pestañas, imitaban el moribundo estallido de los bruñidos topacios; su frente, más lisa que los lis, se podría haber tomado por una estrecha banda de nieve; sus narices, carnosas y diáfanas, palpitaban como pequeñas alas de carne; sus labios tan frescos como la sangre de las recientes heridas estallan furiosamente escarlatas. La visión de sus hombros desnudos era un deslumbramiento de leche expuesta al sol; su firmes pechos, cuyas puntas se encabritaban, desafiaban los más blancos y más puros alabastros; y la gruesa redondez de sus brazos ponía en el cuello del amante el collar de una lenta y dulce culebra. Respecto a sus bellezas más misteriosas, no quiero decir nada, estando éstas no menos que ninguna otra sometidas a las austeras leyes del pudor; me limitaré a enviarte, ¡oh, lámpara nocturna de la habitación de Valentín!, a tí que has visto tantas veces, bajo la sábana levantada y apenas retenida por la uña rosa del dedo gordo del pie, resplandecer gloriosamente a esa joven mujer en su total blancura semejante a un campo de nieve donde se encuentra oscuramente aislada una breve mata de musgo negro y dorado que los copos no han cubierto.

Sin embrago faltaba algo para la completa dicha de Valentín; ¿Qué era? La certeza de que ningún otro la compartiría. Lamentablemente no estaba tranquilo; era de un espíritu repleto de dudas que se esforzaba por creer en la eterna constancia de su amiga, pero estaba obligado a confesarse a sí mismo que ella tenía mucha menos virtud que belleza; a veces miraba a los hombres con ojos que eran motivo de inquietud para el

amante tan prendado; él no ignoraba que, llegados los postres de las cenas o hacia el fin de los cotillones, ella era irritantemente proclive a llevar hasta sus límites más extremos las familiaridades de los coqueteos, inclinando bajo la mirada del vecino de mesa el bostezo de la blusa, o bien, casi desfalleciente, olvidando en la mano de su pareja de baile una mano húmeda, cuyos dedos lentamente se aprietan; y Valentin se preguntaba con legítimo espanto – conociendo a la querida joven tan poco capaz de resistir el acoso de los dulces placeres – lo que ocurriría si se encontrase sola en su salón, a la hora del crepúsculo, consejero de las audacias y los abandonos, con algún enamorado prendado de su persona y que no fuese famoso en el mundo por la ociosidad de sus manos ni por la pereza de sus labios.

De modo que, para tener el espíritu tranquilo, él decidió exigirle un gran juramento.

– Yo sé, – dijo – ¡oh, la más bella de las amadas!, que en la práctica de los excesivos galanteos, encontraréis un placer al que no queréis a ningún precio renunciar. No os pido pues, incorregible coqueta, mostrar a partir de ahora la más fría reserva y unas continencias que os serían completamente imposibles de llevar a cabo. Pero, al menos juradme ¡que os detendréis siempre sobre la pendiente de la suprema concesión! Juradme, os lo suplico, que, en el momento en el que, perdida y a punto de entregaros por completo al impulso del deseo, sentiréis vuestro corazón subir a los labios bajo un beso definitivo, sí, juradme que, en ese momento – por muy demasiado tarde que parezca, – ¡os detendréis!

Todo hace pensar que la joven mujer no vaciló en absoluto en hacer tal promesa. Y ¿por qué hubiese dudado en hacerla? ¿Acaso no amaba a Valentín tanto como ella era amada? Desde luego que sí ocurría, por tan seductoras que fuesen las atracciones de la tentación, ella haría un alto en el camino de la extrema delicia; y tomó por testigos del juramento, no a la luna o a las estrellas según la costumbre de las amante elegíacas, – por añadidura no había en ese momento ni estrellas ni luna puesto que se encontraban en su tierno lecho de amor, – sino a las cortinas de encajes de la alcoba, nubes bajo el cielo de la cama, y la gran piel de oso negro en la que más de una vez ella se había tumbado, y el reloj de péndulo de porcelana de Saxe, tan pequeño y tan bonito, donde unas tórtolas se picoteaban y que tan a menudo les había dado unas horas de exquisita embriaguez.

Entonces Valentín, a causa de este juramento, se sintió completamente tranquilo y triunfalmente exultante. No solamente poseía, tan bella como las diosas, a la más ardiente de las mundanas, sino que ninguna amante, aquí abajo, no sería tan fiel como la suya. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ya podían merodear alrededor de ella los jóvenes prendados de su gracia, y enviarle flores, y enviarle versos y ofrecerle, en cofres de oro cincelado, collares de perlas que envidiarían el cuello de una reina, y esos brazaletes de rubís y zafiros, sueños luminosos de las cortesanas; podían incluso, en transportes sinceros o bien fingidos, arrojarse a sus pies, y quererla abrazar, y, con la cabeza levantada, acercar hasta su boca el impetuoso aliento de su codicia, – todo eso sería en vano. Sí, tal vez, obtuviesen algún menudillo favor, como estrechar una mano que se defiende mal, o morder de un bocado repentino los pequeños cabellos cerca de la oreja, o aún, – Valentín se resignaba a eso, – mantener, un minuto cautivo bajo sus dedos abiertos una de sus dos palomas que baten las alas en el nido de su blusa; tal vez, incluso, uno de ellos, más temerario que los demás, no habría sido rechazado antes de haber conquistado de rodillas el inexpresable encantamiento de un poco de piel, pálida como las rosas pálidas, entrevista bajo el vestido entre el galimatías levantado de las batistas y de los encajes semejantes a un agitado vuelo prisionero de mil mariposas blancas. ¡No importa! ¡ella había jurado detenerse a tiempo! Ella le sería fiel, un poco tarde tal vez, pero de un

modo imperturbable, puesto que lo había jurado; y Valentín, en líricos poemas, muy rítmicos y bien rimados, ensalzaba la constancia de su amiga y se lo agradecía a las divinidades protectoras de los amores humanos, a Venus con los ojos violeta bajo el oro rojo de su caballera, al mayor de los Eros cuyo arco es de hierro y a los Eros menores, sus hermanos, que tensan arcos de plata.

Aunque experimentó una sorpresa no menos grande que su desesperación, el día en el que supo, sin ningún género de dudas, que la más bella y más amada de las mujeres lo había engañado, – sí, lo que se llama engañado – por el amor del Señor de Marciac.

Y corrió a casa de la traidora, y le prodigó los más furiosos reproches.

¿Cómo se había entregado completamente a otro? ¡Así, sin remordimientos, sin recordar sus éxtasis infinitos, sin pensar que rompía el más bello de los lazos, ni que destrozaba el más tierno de los corazones! ¡Ah! ¡ladrona! ¡ingrata! ¡pérfida! Había traicionado el juramento que había tenido por testigos a las cortinas de la alcoba, a la piel de oso negro y al pequeño reloj de péndulo de Saxe...

A decir verdad, la inconstante reaccionó primero sin replicar ante los encolerizados improperios del amante ultrajado; pero, cuando éste le reprochó haber faltado a la promesa jurada, ella levantó la cabeza, con orgullo, como una persona a quién acusan injustamente.

–¡No, no, no diga eso! ¡No puede decir eso! Yo he mantenido mi palabra tan fielmente como era posible.

–¿Eh? – exclamó el amante.

– Por desgracia,– siguió ella – es posible, es cierto, yo he sido, respecto al Sr. de Marciac, mucho menos cruel de lo que debería haber sido. Si él proclama que yo no le de denegado la ocasión de poderse comparar al menor desgraciado de los humanos, desde luego no está mintiendo. Pero, no importa, señor, sabed que yo me he mantenido sumisa a la ley que vos me habéis dictado; pues, en el momento en el que, perdida y a punto de entregarme por completo al impulso del deseo, sentí mi corazón que me subía a los labios bajo un beso definitivo, sí, en ese momento, según vuestras instrucciones, ¡me detuve!

Valentín abría sus grandes ojos con mirada estúpida.

Ella continuó:

–Sí, detenida, no por mucho tiempo, pero me detuve al fin y al cabo. Hay que creer – añadió con el más loco de los estallidos de risa – que una debe ser siempre recompensada por una acción honesta, pues a esta meritoria detención, debí un aumento de encantamiento tal, que me parece que no hubiese conocido si hubiese faltado a mi juramento.

EL NOMBRE PERDIDO Y ENCONTRADO DE NUEVO

I

¡Cecilia! – gritó él.

Ella se giró, volviéndose rosa de placer; y aunque fuese en pleno día y en plena calle, a dos pasos de su propia casa, aunque pudo ser vista por su portero, por uno de sus sirvientes, incluso por su marido regresando más pronto que de costumbre, no dudó en poner sus dos manos, habiéndose quitado sus guantes con presteza, en las queridas manos tendidas hacia ella. Entonces se propagó, tanto en él como en ella, una deliciosa sacudida. A causa de esta unión de sus dedos húmedos por una repentina languidez, se podía intuir en el intercambio de sus miradas, en su actitud casi desfalleciente, el abandono y la delicia de antiguos abrazos; él tenía la impresión que se tocaban todo el cuerpo en ese roce de tan poca piel. En realidad tal era la alegría de haberse encontrado de nuevo, tras una separación demasiada larga, que apenas pudieron reprimir saltarse al cuello, allí, delante de todo el mundo. Antaño, durante medio año ¡se habían amado tanto! Había ocurrido a orillas del Marne, en una cabaña de madera y de ladrillos rosas, en un himeneo sonriente y encantador, como dos pájaros bajo una rama. Muchos mediodías los habían visto dormirse en brazos uno del otro, adorablemente lasos en la misma hamaca, y, porque tenían la costumbre de no cerrar la ventana durante las noches calurosas, experimentaban el transporte de mirar durante mucho tiempo el fulgor de las amorosas estrellas, boca con boca y sin vestidos ya caídos; la luna les proporcionaba unas camisas de luz. A fin de entregarse plenamente a él, Cecilia, que ese tiempo, no pasaba por una persona absolutamente irreprochable, había renunciado a otros coqueteos más atrayentes, habiendo huido de París; campesina en zuecos de niña, con la falda un poco levantada y ceñida entre las dos rodillas, le divertía regar los dragones y los jacintos del parterre; daba de comer a las gallinas en el patio y a los pichones del palomar, con un aire atareado de granjera muy competente; no comprendía que alguien se pudiese interesar por las frivolidades de la ciudad; los teatros, las modas, los bailes, las cenas, ¡qué aburrido! nada valía más que ser amada en la soledad y sencillez de los campos; su único placer era ser feliz. Luego, porque todo se acaba, se habían separado un día, en una disputa a principios de otoño; París los había recuperado en el tumulto donde uno se exilia; pero la dulzura de los recuerdos había sobrevivido a su bello amor; a menudo sus corazones estaban acosados por exquisitas reminiscencias, como si un

nido vacío tuviese espectros de canciones; y, ahora, después de cuatro años, su ternura volvía a renacer tan ardientemente como difícilmente se les hubiese podido persuadir de que había muerto. Cecilia no pensaba siquiera que estaba casada desde hacía dos años con el más bonachón y confiado de los hombres, confiado hasta el punto de haberla esposado tras un largo y respetuoso noviazgo sin alarmarse jamás de las amistades demasiado alegres que había visto merodear alrededor de ella. No, ella no pensaba que tenía obligaciones que cumplir, deberes de mujer seria, de burguesa honrada, que lleva una existencia regular permaneciendo en su domicilio, que se ocupa de su hogar, bostezando de vez en cuando por la noche, cerca del fuego, bordando bajo la tulipa de la lámpara. ¡No se preocupaba de su marido, del mismo modo que si hubiese estado viuda desde hacía dos o tres meses! y, cuando el amante de los viejos tiempos le dijo en voz baja:

–¡Oh! Cecilia, os amo, quiero volver a veros. Vivo en la calle de Aumale, 21. ¿Vendréis, verdad?

–Sí, sí,– respondió ella – completamente transportada por el amor resucitado. No dejaré de ir tan pronto pueda. Os escribiré esta misma noche. Os adoro. ¡Hasta pronto!

Luego, bajando su velo sobre el rubor de sus mejillas y la ternura de sus ojos, se alejó muy aprisa, dejándolo extasiado con ese consentimiento tan rápido.

II

¡Por supuesto que iría a su casa! lo más pronto posible, desde mañana mismo. Precisamente mañana, su marido debía estar ausente la mayor parte del día. Qué bellas horas tendría, – horas semejantes a las de antaño, – ¡junto a aquél que tanto amaba! Qué dulce sería verlo arrodillado ante ella, oírle hablar con esa voz tan tierna que hace que el corazón se derrita. Ella recordaba mil detalles de sus goces pasados; él tenía una manera, que sólo a él pertenecía, de extender su mano bajo la estrechez de las mangas, de desabrochar, con aire de pensar en otra cosa, los primeros botones de la blusa; y, cuando, antes de besarla, él acariciaba los pequeños pelillos de la nuca con un soplido, ¡ah! ¡era para volverse loca! En cuanto a arrepentirse de verse entregada tan rápidamente al amor renaciente, no dedicó ni un solo minuto a tal idea. Lo único de lo que se arrepentía, era de no haber fijado el día y la hora de la cita. ¿Para que le había prometido escribirle? ¿No habría podido hablarle? Al menos escribiría sin ninguna demora. Apenas entró en su casa, arrojó su sombrero y su abrigo sobre un mueble, se sentó ante el buró del zaguán, tomó una pluma y garabateó algunas líneas donde confesaba todo su cariño y todo su deseo. «Sí, sí, hasta mañana, amor mío.» A continuación deslizó el papel en el sobre y comenzó a escribir la dirección: «Señor...» Se interrumpió, permaneció inmóvil. Repetía en voz baja: «Señor... señor...» Pero allí se quedaba. ¡Ah! Dios mío, era algo inconcebible, ¡había olvidado el nombre!

III

No había mucho que decir: lo había olvidado, olvidado, ¡completamente! ¿Podía alguien imaginarse algo tan extraordinario? ¡No sabía como se llamaba al que tantas veces había nombrado en incomparables embriagadoras situaciones! Se acordaba de todo, a excepción de aquellas sílabas que sin embargo le habían sido tan dulces de pronunciar. Buscaba en su mente, evocaba con toda minuciosidad las delicias del pasado, esperaba que alguna hiciese surgir, de repente, merced a la analogía de otro recuerdo, ese nombre. Esfuerzos vanos, vanas esperanzas. Lo que resultaba un poco menos extraño en tan absurdo desfallecimiento de memoria, era que Cecilia, antaño,

había mostrado alguna misericordia a un gran número de jóvenes hombres; y difícilmente se podría encontrar a una persona capaz de recitar, sin ninguna omisión, toda la lista. Fue sin embargo con eso, a falta de otra cosa, como se dedicó a la búsqueda; enumeraba, – solamente el nombre de pila, lo demás vendría por añadidura, – los diversos amantes que no habían tenido que lamentarse de sus crueldades; de ese modo, tal vez consiguiese, entre la multitud... Comenzó. Veamos, ¿Evaristo? no, no, Evaristo había sido en provincias en la época de los primeros amores. ¿Gaspar? no. Gaspar era moreno, con barba, mientras que... ¡ay! ¡había estado a punto de encontrar el nombre! ¡seguramente lo tenía en la punta de la lengua! Nada más. Estaba rabiosa. Pero no se desanimó. ¿Feliciano? ¿Gontran? ¿Federico? ¿Horacio? ¿Arnaldo? ¿Máximo? ¿Rolando? ¿Estéfano? ¿Lambert? ¿Emmanuel? Lamentablemente acudían a su memoria todos los nombres salvo el de aquél que le había sido más querido que los demás. Daba patadas, se mordía las uñas; en otros momentos llevaba las manos a las sienes, se golpeaba la cabeza con sus pequeños puños cerrados. ¡Y esa aventura estaba siendo tan desastrosa que Cecilia no podría escribir a su bien amado! Sabía la dirección sin duda, pero la dirección no bastaba. «Señor... calle de Aumale, 21»; señas demasiado incompletas. En cuanto al recurso de dirigirse al domicilio indicado, de interrogar al portero, de conocer los nombres de todos los inquilinos, era algo tan radical que no se decidiría a ello nunca. Así, por grande que fuese su buena voluntad, no volvería a ver al adorado de antaño, ¡más adorado ahora! ¡No encontraría los queridos goces perdidos! Qué cosa abominable, se vería obligada a ser virtuosa. Cecilia se sentía tan disgustada que por poco se hubiese golpeado; y hemos de reconocer que hay pocas situaciones tan perfectamente desoladoras como aquella en la que se debatía la olvidadiza Cecilia.

IV

Pero nunca se debe desesperar por nada; El azar es clemente con las personas enamoradas.

Como Cecilia, en su cólera de gata, estaba a punto de arañarse el cuello y las mejillas –¡ah! ¡qué lástima hubiese sido! – su marido entró, estando próxima la hora de la cena. Todo apunta que esa irrupción no calmó la irritación de la joven esposa; la vista del apacible esposo, – ¡al que no engañaría nunca! – la exasperó más allá de todo límite; e incluso la invadió la idea de inmediato puesto que ella estaba de un humor de arañar a alguien...

Pero él, habiéndose sentado, dijo con un tono tranquilo, sin motivo aparente, por hablar de algo:

–A propósito, ¿sabes con quien me acabo de encontrar, hace un rato, subiendo por la calle?

–No – dijo ella.

– Al Señor René Lorderin. ¿Lo recuerdas? No ha cambiado nada. Lo he reconocido enseguida.

¡Cecilia le saltó al cuello antes de que hubiese acabado! ¡Ah! ¡el hombre digno! ¡Ah! ¡el excelente marido! Y lo acarició con tanta ternura, completamente aturdida por esta tan extraña buena suerte, que al día siguiente apenas pudo encontrar mejores besos para aquél que ella había amado tanto, a orillas del Marne, en la cabaña de madera y ladrillos rosas.

LA HORRIBLE LECCIÓN

Ese joven hombre, ese niño, – sí, en verdad, casi era un niño, – le había hablado muy bajo durante el vals. Murmullos más que palabras; menos que murmullos, soplidos entrecortados de silencios que piden perdón. Pero lo que él no había dicho, ella lo había entendido perfectamente. Ella se sentía, se sabía deseada, deseada perdidamente; y, turbada, halagada de serlo, experimentaba a su pesar, ese temor de amar que ya es el amor. Al mismo tiempo, presa de un vértigo que aumentaba con los giros del baile, hubiese querido caer ya; y, tal vez, abandonando su cabeza sobre el hombro tan próximos en mortecino desfallecimiento tal vez hubiese susurrado la confesión que no se retracta, si el vals no se hubiese detenido, como una golondrina golpeando un muro, en un repentino acorde de la orquesta

Se escapó del salón, ganó una salita vecina, donde quedó sola. Se sentó, pensó, bajando y levantando la cabeza, con una rodilla en sus manos juntas. El satén de su vestido roto por la brusquedad de la inmovilidad, brillaba en pequeños espejos angulosos; y sus largos pendientes, balanceándose con amatistas y topacios, mostraban por instantes el reverso dorado de las monturas.

Veamos, ¿qué haría? ¡amaría todavía! ¡todavía por desgracia! pues, después de todo ese tiempo de casada, había, dos veces, dos veces solamente, buscado en el amor el olvido de los aburrimientos de vivir. Se acordaba sin amargura de las ternuras de antaño. El primero de sus amantes, un muy joven hombre casi igual al niño que le hablaba muy bajo antes, había tenido por ella un culto ingenuo y ardiente a la vez, algo como la dilección de un seminarista apenas condenado por una imagen de la santa Virgen, que oculta por la noche en su cama. Tres años, tres años enteros de encantos y delicias. ¿No es un adorable sueño ser la madona – no de madera ni de mármol, sino de carne viva, – la madona adorada por un devoto peregrino que no cambia de capilla? Ella había realizado ese sueño durante tres años: luego esa felicidad había cesado, sin catastrofismos, poco a poco, casi con dulzura, por la única razón que es necesario que todo acabe. El segundo al que amó fue uno de esos perfectos hidalgos, – tipos formales, de los que protagonizan las comedias, – no jóvenes, muy expertos, muy corteses, discretos, un poco encanecidos por las sienes, con las manos largas y cuidadas. Esa había sido, por ambas partes, una amable pasión, reservada, delicada, sin sobresaltos, llevada con cortesía, que no compromete. Se dejaron como se habían juntado, saludándose. Así, más feliz que otras mujeres, no había sufrido por amor; no le quedaba

de las dos faltas de antaño – en realidad no eran dos faltas, puesto que no tenía remordimientos, – más que agradables recuerdos y la feliz certeza de haber dejado en el corazón de aquellos que ella había elegido una muy tierna y reconocida añoranza. Desde luego ellos pensaban en ella como ella pensaba en ellos, con un infinito afecto; el niño convertido en hombre y el hombre casi viejo en la actualidad, cuando la volvieron a encontrar en su memoria así como se respira entra las páginas de un libro el perfume de una flor marchita, debían languidecer en un querida ensoñación, lenta y larga como las melancólicas melodías de Chopin. ¡Y bien! puesto que los amores, tan dulces cuando viven, y que mueren tan dulcemente, se convierten, cuando son difuntos, en tan amables fantasmas; puesto que la adoración o la cortesía de los hombres atenúa tan deliciosamente el pudor de la falta reciente y el temor, más adelante, de haberla cometido, ¿por qué no podría amar ella una vez más? ¿Por qué no atreverse a volver a recuperar los gozos de antes, sin malos días siguientes? El ejemplo de las dichas pasadas la exhortaba a otras nuevas; sus recuerdos daban tiernos consejos a sus esperanzas.

Mientras pensaba de este modo, oyó dos voces que reconoció. Se hablaba en la habitación contigua, que era el fumadero. Ella se levantó con un temblor. ¿Que misteriosa voluntad había hecho encontrarse, allí, cerca de ella, esa noche precisamente, a los dos hombres que ella había amado? Se acercó a la puerta, se inclinó y escuchó:

– ¿No os parece cambiada?

–No. Apenas. Siempre está bonita.

–Sí, ¡oh!, sí, siempre bonita. Un poco delgada sin embargo.

–No me lo parece.

–Es que ella conservaba aún, desde vuestro tiempo, la esbeltez de la primera juventud. Pues vos me ha precedido cinco o seis años. Más tarde, ella se ha desarrollado, muy agradablemente. Tengo sobre vos la ventaja de que ella tenía mucho pecho cuando la conocí. ¡Ah!, querido, ese pecho...

Se produjeron unos cuchicheos que la curiosa oyente no pudo entender. La primera voz repitió:

–¿La amó usted realmente?

–¡Qué el diablo me lleve si me acuerdo! Yo salía del colegio, no había besado nunca en los labios más que a la criada de mi tía, que para colmo tenía bigote. Vos debéis pensar que quedé deslumbrado por la visión de Clementina.

–¡Vaya! para usted era «Clementina».

–Tenía dos nombres. Pero ella no quería que hablando de amor la llamase «Juana», porque su madre la llamaba así. Era sentimental, con algunos detalles ingenuos.

– Sin embargo yo la llamaba Juana, porque su marido la llamaba Clementina.

Prorrumpieron en carcajadas.

– En fin, ¿os gustaba?

–¡Ah! mucho. Pensad que, pillín como era entonces, era encantadora esa intriga con una mujer de mundo. ¿Sabéis donde la conocí? en un castillo de Normandía. Para verse, era necesario tomar un montón de precauciones. Me levantaba, por la noche, cuando todo el mundo dormía hacía una hora, caminaba descalzo a lo largo de un endiablado pasillo que no acababa nunca; empujaba una puerta entreabierta... Teníamos excitantes temores cuando la puerta hacía ruido al cerrarse.

– Sí, esos recuerdos son bonitos a esas edades.

–Muy bonitos. Sin embargo yo iba algunas veces a pasar una o dos horas a la ciudad vecina.

–¡Oh! ¡las putas de provincias!

–Os aseguro que allí las había muy hermosas.

– Asi variabais.

–Tal vez tenga usted razón. Y además, Clementina, aunque me amase con locura, tenía reservas excesivas. ¡Casi como una muchachita! Yo no entendía como su marido podía ser tan apacible y tan ignorante. No me bastaba recibir lecciones de una colegiala.

–¡Cómo! ¿en serio? Juana, en esa época...

– La persona más apática del mundo

– Me sorprende usted.

–Hasta tal punto que, cuando yo regresaba de la ciudad, donde me enseñaban todo lo que es posible saber, yo le hablaba de inimaginables sorpresas, y ella me miraba con aire espantado, muy sincero, diciendo: «¡Ah! Dios mío! ¡Ah! ¡Dios mío! ¿quién os ha dado tales ideas?»

– Y bien, seis años más tarde, felizmente había cambiado.

– Os envidio.

–¡Oh! no me envidiéis. En cuanto a mí, sabed que yo no la amaba del todo. ¿No os he contado porque la tomé? Yo estaba desde hacía seis meses con la pequeña Anatoline Meyer, la actriz de los Bouffes. ¡Me volvía loco pero me costaba un buen dinero! Un años más y estaría arruinado. Comprendí que era necesario acabar con una pasión que me habría reducido a la más completa de las miserias y me alegré mucho cuando conocí a Juana.

–¿Una diversión?

–Vos lo habéis dicho. Juana era muy bonita, un poco gorda, como Anatoline; no tenía amante, era admitida en las casas más respetables; era, tanto para mi satisfacción personal como para la de mi familia, que me veía con pena frecuentar a las actrices de los pequeños teatros, la mujer que me hacía falta. En una palabra, una relación de conveniencia.

– Sí, al principio. Pero, poco a poco...

–¡Eso es en lo que está usted equivocado! Esa diablesa de Anatoline no dejaba de rondarme por la cabeza. Había días donde, acostado al lado de Juana, en mi apartamento de soltero, me asaltaban ganas de levantarme y de huir, de correr a casa de la absurda locuela muchacha a la que tal vez habría encontrado dejándose desvestir por su peluquero. Me resistía a esas fantasías, pero sufría mucho, y estaba muy alicaído.

–Sin embargo Clementina, desde cierto punto de vista, vos acabáis de decirlo...

–¡Oh! ¡muy notable! ¡muy notable!

Bajaron la voz.

–¿Así, realmente?...

–Sí, sí, y veinte cosas más.

–¡Vamos! ¡Exageráis!

–No, os lo digo muy en serio. Más allá de todo lo concebible.

–¡Cómo! ¿Es qué?...

Ella no siguió escuchando. Se volvió, pálida como los muertos, secando con el dorso de la mano el sudor de su frente, sorbiendo, con los labios temblorosos, las lágrimas de cólera y de vergüenza. Luego entró en el baile, y encontrándose de frente con el niño que momentos antes le hablaba de amor durante el vals, le arrojó esta palabra al pasar, muy apresuradamente: «¡Jamás!»

LOS DOS PAÑUELOS

I

Esa mañana de verano, no pudiendo dormir a causa de la luz que atravesaba los cristales y las cortinas, – esa atontada de Roseta había olvidado cerrar las persianas, – la condesa Valentina decidió ir a pasearse por los bosques y los prados. Sería encantador una escapada entre las hojas húmedas, o por las altas hierbas donde brillan aquí y allá las gotas diamantinas del rocío. No tenía nada que decir contra los huéspedes del castillo que, sin excepción, viejos o jóvenes, le hacían la corte con la más halagadora insistencia, versificando para ella durante todo el día, a cada cual mejor. Pero por fin, una hora de soledad al aire libre, en el misterio soleado de los árboles, no disgustaría siquiera a una parisina; una puede tener ganas, cuando ya se ha oído todo lo que los hombres pueden decir, de escuchar los menudos trinos de los pajarillos. Saltó de la cama, no llamó a su doncella, se vistió en un abrir y cerrar de ojos, – la vestimenta más sencilla del mundo, sin corsé, una camisa de seda natural, ceñida a la cintura con una cadena de jade blanca, un sombrero de paja gris, estrecho, sin cintas, que parecía una pequeña barca invertida, – y bajó la escalera, con unos ligeros clic-clac de taconazos en los peldaños, en el silencio de la residencia dormida. En el exterior se estaba despertando la magia de las mañanas de julio. Sobre los senderos del jardín, sobre los rosales estremecidos del parterre, y, más allá, en la linde del bosque de acacias, el día temblaba tan pálida y la niebla tan luminosamente, que la claridad parecía hecha de bruma y la bruma de claridad; era como una cortina diáfana que pronto se levantaría; los mil ruidos todavía adormecidos, a derecha, a izquierda, tan cerca, más lejos, por todas partes, ramas donde los pájaros sacuden sus plumas con bellos trinos, ramitas que se rozan, desde los primeros vuelos de los abejorros o de las avispas, los guijarros en la arena, movidos por el viento, todo era como la sonoridad dispersa, armoniosamente diversa, de una orquesta invisible que se estuviese afinando para la overtura de un ballet de sílfides. La condesa Valentina se sentía a sus anchas en esa renovación de las cosas, renovada ella también; tenía la impresión de una eclosión de si misma en la eclosión de todo; allí había lágrimas de aurora sobre sus manos, sobre sus brazos desnudos hasta el codo, como sobre las matas de hierbas recién floridas; el placer que una rosa debe tener abriéndose, ella lo experimentaba; no se hubiese sorprendido en absoluto si una abeja,

que se hubiese equivocado, le intentase libar en un rincón de su boca la miel. Se puso a correr, porque un pájaro volaba. Atravesó el césped, mezclando con la diáfana niebla la transparencia de su falda, saltó el arroyo, penetró entre los grandes árboles; y, como habría creído ser, cerca del parterre, una flor, pensó que era un dríada en el bosque. Estaba sin aliento y radiante. La invadían recuerdos de idilios, con unos deseos de ser la ninfa o la pastora. ¿Es que ya no había jóvenes faunos acechando, emboscados detrás del follaje, prestos a saltar, con los pequeños pies descalzos que se apresuran hacia las fuentes, – ella hubiese quitado con gusto sus botines, por una concesión a la mitología – o jóvenes pastores tocando la flauta mientras las cabras rumiaban la amarga hierba? Pero lo que sobre todo le encantaba era el frescor de la brisa. Unos soplidos, venidos de no se sabe donde, le acariciaban la frente, los ojos, los labios, el cuello, imitando los besos furtivos de una boca un poco fría, levantando sus mangas, haciendo ondear su blusa, atreviéndose a deslizarse, como junto a un invisible arrodillamiento, bajo sus faldas levantadas, a lo largo de sus medias, más arriba que en las rodillas, hasta la liga, cuya cinta desatada y temblorosa la divertía con un cosquilleo. ¡Ah! el agradable escalofrío, de la cabeza a los pies, sobre toda la piel húmeda todavía de las tibiezas de la cama. Aspiraba el aire matinal, se ofrecía al viento, con un placer de velo que se abre; sonreía, reía, – estornudó.

II

Se puso seria. Pues el caso era grave. Seguramente se habría resfriado; y, para una persona que se enorgullecía con razón de una nariz delicada y menuda, un poco rosa hacia la punta, nunca roja, – tener la nariz roja, ¡cielo santo! – no hay nada más absurdo que estar resfriada. ¡Eso es lo que se consigue saliendo tan temprano! Habría sido tan fácil quedarse en la cama, prudentemente. Y la desgracia era inevitable: tendría un constipado que le duraría una semana; sentía, en las narices, un cosquilleo continuo, irritante, insoportable. Resfriada ella, resfriada, ¡como una mujer fea! Dando una patada a la hierba y a los musgos de donde el rocío se esparció al igual que un vuelo de diamantes, buscó en su bolsillo. Se duplicó su mala suerte. Se había vestido con tanta prisa, había salido tan rápido, que había olvidado coger un pañuelo. Ahora bien el pequeño picor, al extremo de la nariz, se hacia más intenso. No había nada que decir: tenía ganas de sonarse, de sonarse en ese mismo instante, y como había caminado muy rápido, luego corrido, debía estar a una buena legua al menos del armario de madera portuguesa donde tantas batistas perfumadas, bordadas con su escudo heráldico y tan blancas, estaban ordenadas una sobre otra como alas de palomas que se aman. ¡La fatalidad siempre nos conduce a los extremos más duros! Valentina pensó que su falda de muselina, bordada de valencianas... Pero, ¡levantar su falda, a sí misma, en pleno día, en el campo! No se decidiría a hacerlo nunca. Tal vez pasase alguien en el preciso momento en el que ella llevase a su nariz la tela ligera, y sería caso de morir de vergüenza, – sino de pudor – al ser sorprendida en la ridícula actitud de una mujer ¡que se levanta las faldas para sonarse! No, no, jamás. Más bien.. mas bien... ¿qué? ¿Qué medio emplear? ¿Cómo salir de ese atolladero? ¡Ay! ¡ay ¡ ese molesto picor siempre. Valentina arrancó una hoja. La hoja, demasiado delgada, demasiado lisa, se rompió, se hundió, rechazó con obstinación prestar el imprevisto servicio que se exigía de ella. Valentina cogió una flor; la flor, aplicada a las frágiles narices, no sirvió más que para redoblar el intolerable cosquilleo. ¡En verdad, algo extraordinario iba a pasar! Vencida por la irresistible necesidad, la condesa, esa parisina exquisita, acostumbrada a los más deliciosos refinamientos, iba a imitar a los brutales campesinos, a los negros salvajes, a quienes el uso de los pañuelos parecería la más inútil de las superficialidades: ya

levantaba hacia su rostro los dedos con las uñas rosas de su pequeña mano, cuando un ruido, muy cerca de ella, hizo que se volviera. Alguien, un campesino, sentado delante de la puerta baja de una choza forestal acababa de estornudar, y extraía de su bolsillo un pañuelo de algodón rojo, claro, aún plegado.

–¡Ah! señor – exclamó Valentina --¡Espere! Su pañuelo, os lo ruego, ¡prestádmelo! ¡Dádmelo, vendédmelo!; no importa el precio, ¡vendédmelo, os lo ruego!

III

Era un hombre muy joven, casi un niño, bajito, enclenque, con aire enfermizo, con unas manchas rojizas sobre toda la cara. Llevaba una blusa azul, harapienta, abierta en el pecho, que dejaba ver la delgadez del busto; sus pies estaban desnudos dentro de gruesos zapatos gastados, sin cordones. Un miserable muchacho, sin duda demasiado débil para ser empleado en los trabajos de la granja o de los campos, y que, por miedo a los leñadores ladrones, se encargaba de vigilar los árboles talados en montones iguales, que se agrupan en los claros. Desde el primer vistazo se sintió en presencia de un abandono, de una tristeza, de una minusvalía. Ese niño tenía aspecto de haber estado allí por un rechazo. Se adivinaba el exilio en su soledad. Tenía en sus ojos apagados como en una larga resignación, una vaga ensoñación, que ya no espera o que nunca ha esperado.

Levantó la cabeza, con el pañuelo en la mano y dijo con voz lenta:

–Yo os conozco bien. Vos sois la dama del castillo de allá abajo. Pasáis a menudo por la carretera o por los senderos a caballo, con unos caballeros. Desde que oigo los pasos de los caballos, me oculto detrás de los árboles; y os miro hasta que habéis desaparecido. Vos sois una hermosa amazona. Vos estáis muy bonita también con ese vestido esta mañana. Me habéis pedido mi pañuelo. ¿Por qué? ¿Es que no tenéis pañuelos siendo tan rica?

–¡Eh! sí – dijo ella – tengo. No os preocupéis. Dadme el vuestro enseguida.

Él respondió:

–Eso quiero. Pero ¿qué tendré a cambio?

–¡Todo lo que deseéis!

–¿Dinero?

–Dinero. Fijad vos mismo la cantidad; bastará que vengáis al castillos; se os entregará lo que pidáis.

Él la miró.

–Yo no necesito dinero – dijo.

–¡Pues bien! ¿Qué os hace falta? Hablad, ¡daos prisa por amor de Dios!

–Si queréis mi pañuelo, prometedme enviarme otro de vuestros pañuelos. Yo vivo en esta choza; aquí estaré todo el día y toda la noche.

Ella no tardó en darse cuenta de lo que tenía de singular esta petición, – ¡tanto el cosquilleo la exasperaba bajo las narices rosas!

–Sí, sí, de acuerdo. Roseta os traerá lo que vos queráis, hoy mismo.

–Gracias – dijo él.

Y le dio el pañuelo de algodón rojo donde, sin perder un minuto, ella cubrió su nariz con un pequeño ruido zumbante de avispa que se posa.

Valentina fue abandonada por el miedo. ¡El destino le ahorró el desastre de estar resfriada! Pero en la alegría de no tener la nariz roja, no dejó de olvidarse de su promesa. Eso le parecía curiosamente singular – tras reflexión – que un aldeano, ante una suma ofrecida, hubiese preferido una recompensa tan vana.

¡Bueno! sin duda había pensado hacer un regalo a alguna muchacha del pueblo vecino, del que estaba enamorado. En fin, no importa; un pañuelo de valencianas, bonito, perfumado, con la corona bordada, fue llevado por Roseta al joven muchacho del bosque; y la condesa no volvió a pensar más en eso. Una noche que ella se paseaba por el bosque, no sola, sino con la cabeza inclinada hacia el hombro de aquél al que amaba, percibió entre las ramas una pequeña claridad; se detuvo, reconoció la choza forestal. Curiosa, se aproximó; vio, por la puerta entreabierta al muchachito, sentado en la tierra, inclinado, manteniendo entre sus manos juntas algo ligero y blanco que besaba algunas veces, y del que, por instantes, enjugaba sus ojos llenos de lágrimas. Al ruido de los pasos sobre el musgo, él se sobresaltó, se levantó, ocultó muy rápido el pañuelo bajo su blusa, contra su carne; luego sopló su vela, salió de la choza, sin palabras, como no sabiendo que allí estaban personas, y se hundió en el bosque que era muy negro y muy melancólico.

LOS QUE YA NO SE AMAN

I

Entre todos los seres desdichados, no existe uno más desgraciado que ellos. Miradlos. Ella apenas tiene treinta años y él apenas treinta y cinco; jóvenes y bellos. El buen azar les ha concedido un poco de fortuna que saben emplear con distinción, el gusto por los libros, las pinturas, los muebles raros, sus casa es bonita, con delicados y confortables refinamientos; sus ventanas se abren a unos jardines. No habiendo hecho nunca daño a nadie, no tienen razón para tener malos sueños; cada mañana debían despertarse sonriendo a la luz que tamiza las cortinas de sus ventanas y bendecir al nuevo día, llenos de fe en los goces seguros, que de ordinario éste les aporta. En verdad nada les falta de lo que uno ansía. Son aquellos que hacen decir a los deprimidos, a los miserables, a todos los desheredados atormentados por la implacable insatisfacción: «¡Ciertamente la vida puede ser dulce!»

Sin embargo, tal como los veis, sufren espantosamente.

¿Por qué?

Porque ya no se aman.

II

Se adoraron. Conocieron la incomparable delicia de las almas unidas, de los corazones fundidos, esa languidez dulcemente desfalleciente de sentirse penetrados el uno en el otro en un intercambio de sus vidas. Relacionándose todo en ambos, no podían concebir que podrían haber hecho, si no se hubiesen encontrado, por las mañanas, los días, las noches y las estaciones floridas, que invitan a los paseos, como en las estaciones taciturnas, donde el fuego se despierta en la intimidad de la habitación. No era sangre lo que corría por sus venas, sino su amor. La tranquilidad deliciosa de su dicha, sin aprensiones, sin vanos deseos que les inquietasen, se parecía a esas lentas siestas de las cálidas tardes, en una hamaca bajo las ramas sin viento; y tomados de las manos, pasaban muchas horas mirándose a los ojos. Se habían conocido cuando eran niños, en la barriada de una ciudad de provincias; sus padres eran vecinos; al no haber más que una puerta de madera enrejada entre los dos jardines que nunca estaba cerrada, habían jugado y correteado por los senderos, tanto en los de él como en los de ella, o se

arrojaban flores, con risas disimuladas, por encima de los setos más altos que ellos. Es algo exquisito con lo que se extasían más tarde los recuerdos de los amantes, tales como haber estado juntos de pequeños en un lugar donde hay flores; la puerilidad de los idilios es el mejor comienzo de un poema de amor. Luego, al crecer, los separaron. Surgieron unas desavenencias entre sus familias y se les prohibió hablarse y verse. Como si alguna providencia se viese obligada a perfeccionar su felicidad, el obstáculo, esta incitación, había surgido en el mismo momento en el que su camaradería de infancia se convertía en ternura. Apenas habían comenzado a desearse cuando se desearon con furor a causa del alejamiento; se convirtió en pasión porque era producto de la desesperación. Triunfaron ante todas las resistencias, ignorando por completo pudores y prejuicios; se querían, se poseyeron; y su felicidad, revelada a pleno día, respondía: «¡Eh! bien, sí,» a las sospechas y a los reproches. Gozaron, durante muchos meses, durante algunos años, de los entusiasmos de los amores perseguidos; se apresuraban a amarse, como haciendo altos en su huida; cada uno de sus abrazos se redoblaba en su furia por temor a ser el último. Un drama siguió al idilio: en las alegrías unas lágrimas no importaban, ¡pero los corazones seguían latiendo con fuerza! Finalmente llegó la calma después de tantos transportes embriagadores, merced al perdón de las familias, gracias al olvido del mundo; fue como un torrente que se convirtiese en lago: menos violencia y más profundidad. Se amaron en paz, con la certeza de amarse siempre. Ya no tenían nada que temer, nada más que esperar. Su radiante porvenir era una sucesión de iguales dichas hasta la lejana muerte; a todas horas tenían en sus labios la imperturbable sonrisa de las satisfacciones infinitas.

¡Ya no se aman! no, en este momento ya no se aman. Pues hay una abominable ley que promulga que lo que es bello no es duradero; y los únicos árboles que siempre tienen hojas son aquellos que nunca tienen flores. ¿Hay algo más horrible que ser una rosa, ya que se marchitará, o ser un canto puesto que cesará? ¡Las cosas son así! Llega un momento en el que se desvían los labios de aquellos otros codiciados con locura tiempo atrás, con un comienzo de saciedad que acabará siendo desagrado; éstos no han cesado de expandirse, rojos y frescos, buscando todavía el beso de antaño, – el beso por el cual se hubiese dado la vida, – pero ya no desea, y se lamenta el minuto que se pierde. No hay delicia, por divina como sea, que no siga al cansancio; al día siguiente de todo lo que quema y brilla, solo quedan cenizas: el tedio. ¿Por qué razón los buenos poetas hacer morir tan rápido a sus quiméricos amantes tras la primera caricia, incluso antes de nuestro celoso éxtasis? No hay desenlaces felices en las tragedias de amor excepto en aquellos en los que se muere joven. Es necesario que Romeo muera y Julieta muera tras la noche de bodas; es necesario que Hernani y Doña Sol no se abracen más que expirando. El horror verdadero, el desesperado espanto, sería ver a Romeo bostezando en las rodillas de Julieta, o sería como Doña Sol rechaza con disgusto su boca de la de Hernani. Hombres, mujeres, poco importa ser mortales, – pues finalmente, algunos estertores y luego nada más, – pero la cosa execrable, lo que hace erizar los cabellos de cualquiera es que el mejor de nosotros puede morir antes que sí mismo, es decir que estamos casi todos destinados a ¡sobrevivir a los funerales de nuestro corazón! ¿Quien no aceptaría el destino de apagarse a sí mismo completamente sin haber visto desvanecerse lo que era el encanto mismo de la vida? ¡Aquellos cuya historia estoy contando viven desgraciadamente sentados sobre la tumba de su amor, o errando, con los ojos llenos de lágrimas contenidas en el cementerio de sus goces! ¿Cómo es posible que a tanta dicha haya sucedido tanto duelo y que en lugar de todo no haya nada? Siguen siendo lo que eran. No han cambiado ni envejecido; el mismo tono de voz, las mismas actitudes; se reconocen en el espejo. Pero algo se ha ido en ellos, algo que valía

más que ellos mismos; si se miran no sienten turbación; si se dan las manos no experimentan ningún escalofrío; la sola idea de una velada pasada juntos los consterna como una eternidad monótona de tedio; se hablarán, ¿qué se dirán ellos que, antes, siempre salían sus labios todas las tiernas y apasionadas palabra? Y consideraran, con un instinto de repulsa, la necesidad, – ¡ahora una necesidad! – del abrazo sin deseo antes del sueño, de ese abrazo cuya sola esperanza antes les traía a los ojos, a las bocas y a los corazones todas las fiebres. No consiguen creer, estando muerto el deseo, que éste haya existido; su presente anula su pasado; piensan que sus recuerdos los engañan; tal es su continua y desoladora indiferencia que, no amándose ya, ¡parece que no se han amado nunca!

Vivir uno al lado del otro con los corazones tan distantes, mirarse sin el deseo de verse, hablarse sin la alegría de oírse, tocarse como se toca a un mueble al pasar, dormir juntos sin que uno sueñe en el otro, despertarse juntos por el tedio de no estar solos, y en un cumplido por costumbre, obligarse, por cortesía o hábito, a la mentira de la mirada, de la palabra o del beso, ¡qué infernal refinamiento! Quisieran evadirse de este suplicio, sí, y saben que es posible. ¿Por qué no? ¿Acaso no son jóvenes y hermosos todavía? ¿No podría ella amar a otro hombre, ser amada, encontrar en un nuevo cariño las delicias violentas y los tranquilos éxtasis de antaño! ¿Y a él? ¿Qué le impide elegir otra amante entre tantas mujeres hermosas, cuya sonrisa levante su ánimo? ¿Qué hay más sencillo que alejarse cuando nada nos retiene? toda vez que por añadidura aquél que no recibe felicidad sabe bien que no puede darla. A pesar de la aparente unión, la separación es un hecho consumado; la cadena ya está rota, aunque los eslabones parezcan estar juntos todavía; no tendrían más que tirar, él de un lado, ella del otro, y se produciría la común liberación. ¡Vamos, tirad, liberaros! ¡Fuera del presidio! ¡Es fácil! ¡Ved como la tierra es grande y como el cielo es bello! ¿Acaso no quedan más primaveras, no quedan más rosas, no quedan más amores? ¡Pues bien! a pesar de esta instintiva necesidad de libertad que los corroe, a pesar incluso de la generosidad que aconseja a cada uno de ellos liberarse, permanecieron juntos siempre. No se atrevieron a ser libres. Y eso porque, como muchos hombres y mujeres que son capaces de arriesgar todo por la satisfacción de un deseo, o enfrentarse con los obstáculos exteriores, sin embargo no emprenden nada contra ellos mismos. Tienen un absurdo respeto por las resoluciones que han tomado. No quieren confesar que se han equivocado. Una leyenda se forja a su alrededor, la de sus largos amores, y, por una entupida vanidad, quieren permanecer dignos, como si la dicha, cuando no está hecha de la desgracia de los demás, no fuese el primer deber de todo ser vivo. Mirando la puerta tendrán furiosos deseos de abrirla o de derribarla, de huir, de desaparecer, No harán nada porque ellos han sido ellos los que han cerrado esa puerta tras de sí. Sufrir así y hacer sufrir, continuar sufriendo y haciendo sufrir, solamente para que no se diga –¿quién? la gente que pasa, – para que no se diga: «Fíjate, ¿sabes? parece que...» ¡Orgullo estúpido! No importa, esos reos conservarán su cadena, y no dejarán, – con todas las rabias y todos los disgusto, manteniendo su viejo amor acostado entre ellos como un cadáver cuya podredumbre los asquea – de fingir las voluptuosidad desde tanto tiempo no experimentadas, en tanto que finalmente llegue la hora en la que, aun cuando si ellos lo quisieran, fatigados, rotos, envejecidos, ¡serían incapaces de reconquistar la felicidad que se les había ofrecido!

Luego se odiarán. La irritante indiferencia dará lugar a un rencor sordo al principio, oculto, luego violento, que estalla. ¡Todo se habrá acabado! ¡No podrán amar más, ni ser amados! No es su voluntad lo que los mantendrá juntos, sino la imposibilidad, a partir de ese momento, de formar nuevos lazos. Condenados en el

tiempo puesto que su liberación dependía de ellos mismos, – convertidos en unos condenados a perpetuidad. Y por una lógica absurda, pero natural, se detestarán, ¡viendo uno en el otro la causa de su irremediable desdicha! – «Yo habría podido ser feliz sin él!» Será el himeneo perpetuo de dos lamentos, de dos cóleras. Vejez rencorosa, repugnante, con reproches que se mascullan. Lo único que les impedirá morderse que no tendrán dientes. Y, en verdad, uno se asombra, – pues los mismísimos Filemón y Baucis¹ hubiesen dejado de amarse mucho tiempo atrás, pues ningún amor dura, ya que la leyenda ha mentido esta vez– de que Baucis no hubiese vertido algún licor mortal en la escudilla de Filemón o Filemón en la de Baucis.

¹ Matrimonio de la mitología griega, conocidos por ser los únicos que permitieron entrar a su casa a los dioses Zeus y Hermes disfrazados de mortales. Cuando Zeus les ofreció un deseo, pidieron estar unidos para siempre. Tras su muerte, Zeus los convirtió en árboles que se inclinaban uno hacia el otro: Filemón en roble y Baucis en tilo. (N. del T.)

LA UÑA ROTA

Cierta mañana, hace de esto mucho tiempo ya, en una taberna cerca de Neckar, con la cabeza cubierta con un gorro sin visera de tres colores, los talones de sus botas sobre el vientre blanquecino de un galgo acostado recogido sobre sí mismo, un estudiante llamado Gottfried se aburría a más no poder ante una gran jarra de cerveza de donde desbordaba la espuma. Tenía dos razones para estar absolutamente abatido: sus compañeros de la universidad parecían haber olvidado que se habían citado para almorzar esa mañana en esa taberna, y que la sirvienta Otilia, de la cual estaba muy prendado, y a la que había querido besar hacía un rato detrás de la puerta, lo había rechazado con la más violenta de las bofetadas con las que se puede enrojecer una mejilla.

Se resignó pues a almorzar solo sin demasiado desconsuelo por ese lado; pero la crueldad de Otilia le inspiraba penosas reflexiones. Desde hacía tiempo codiciaba con la mayor decidida pasión a esta bella muchacha, gorda y blanca, de cabellos pelirrojos, labios rojos, y la blusa abombada encima de unos senos tan robustos que al tropezar con ellos en los descansillos de la escalera daba la impresión de tocar piedra; a través de la camisa pegada al cuerpo por el sudor, ella dejaba ver en el oriente de su pecho esa doble perla enorme un poco rosada que parece un cardenal. Desalentado por la bofetada, Gottfried se decía con amargura que jamás le estaría permitido a sus labios verificar la dureza realmente extraordinaria de lo que tanto lo excitaba; y era el enamorado más patético del mundo ante la gran jarra de cerveza espumosa, olvidando que tenía sed.

Un hombrecillo mayor entró en la sala, con aspecto limpio, de porte honrado, y ojos que pestañeaban bajo las gafas.

Se aproximó a Gottfried y lo saludó con gran cortesía.

–Señor, – dijo – puesto que está usted desocupado y que yo estoy ocioso, ¿no cree que podríamos jugar a las cartas para pasar el tiempo?

Gottfried respondió:

– Como guste usted, caballero.

E iba a llamar para pedir que le trajesen lo necesario para jugar, cuando el hombrecillo dijo:

–Es inútil molestar a las personas. Yo siempre llevo en el bolsillo algún juego de naipes; cuando estoy de viaje tengo por costumbre jugar partidas con jóvenes que voy conociendo.

Lugo, barajando las cartas, dijo:

– Pero no soy de esas personas desleales que se andan con hipocresías. Antes de comenzar debo advertirle una cosa.

–¿De qué se trata? ¡Hable!

–Yo soy el Diablo.

–¡Eso carece de importancia, mi querido señor! Juguemos.

En esos tiempos era tan frecuente ver al Diablo intervenir en los asuntos humanos que semejante encuentro no era motivo de sorpresa ni espanto para Gottfried.

–Escuche aún, – dijo el hombrecillo – no le he confesado todo. No solamente soy el mismísimo Mefistófeles, sino que además, juegue a lo que juegue, hago trampas descaradamente.

–Eso ya es más grave. Permítame hacerle notar que tal conducta debería repugnar a alguien realmente honesto.

–Me he tenido que resignar, muy a mi pesar, a esa costumbre. Pero el ejemplo de las trampas me ha sido dado por una persona de las más recomendables.

–¿Por quién? Dígamelo, por favor.

–Por la Virgen María.

–¿Es una broma?

–Nadie podría hablar más serio que yo. Usted no debe ignorar que el buen Dios tiene una balanza que utiliza para pesar el merito o el demerito de las almas que solicitan el favor de ser admitidas en el paraíso.

–Tengo alguna idea de haber oído hablar de eso.

–A un lado se ponen las faltas, al otro las buenas acciones del solicitante, el alma es elegida si es el platillo de las buenas acciones el que desciende, y condenada si es el platillo de las faltas el que se muestra más pesado.

–Nada más justo en verdad.

–Sin duda, nada más justo en teoría. Pero en la práctica, este procedimiento de estimación se presta a los más graves abusos; más de una vez he debido quejarme; sí, más de una vez, unos pecadores o pecadoras, que habrían debido pertenecerme, han sido recibidos en el cielo pisoteando todos mis derechos.

–¿Cómo es posible, señor?

–Del siguiente modo. La santa Virgen jamás deja de asistir a la prueba de la balanza; cuando el platillo de los pecados está manifiestamente más cargado que el otro, ella experimenta un dolor tal que se anega en lágrimas enseguida.

–A causa de la gran misericordia que hay en ella.

–Que sea misericordiosa es su problema; yo no tengo nada que ver con eso. Pero su piedad no está exenta de astucia. Con tanto llanto, ella se inclina en el platillo de las buenas acciones, y vierte allí tantas lágrimas, que éste aumenta de peso y desciende hasta que el alma se salva. El buen Dios, un poco anciano, no advierte ese fraude o finge no darse cuenta. En cuento a mi, me siento robado.

– Es cierto que se os engaña.

–De modo que no experimento ningún escrúpulo en hacer trampas en la tierra, puesto que también se hacen en el cielo. Queda usted advertido, joven.

– ¿Va realmente a jugar con toda la deslealtad de la que es capaz?

– Por supuesto.

–¡Adelante! ¡ No importa! – dijo Gottfried,– estoy tan aburrido que consiento en perder con tal de poder divertirme durante algunos instantes. Comience a dar cartas, se lo ruego.

–¡Ah! que prisa tiene. Todavía no hemos hablado de las apuestas.

- Es cierto.
- Le propongo lo siguiente: Si yo gano, me quedaré con su alma. ¿Está de acuerdo?
- Estoy conforme. Pero si la suerte me favorece, o si hago trampas mejor que usted, ¿qué beneficio obtendré?
- Ponga usted sus condiciones.
- ¡Bien! Si yo gano, poseeré a Otilia, la sirvienta de esta taberna.
- ¡Magnífico! me gusta ver a un joven arriesgando su alma contra una hermosa muchacha. Juguemos.
- ¡Qué prisa tiene usted ahora! En realidad los juegos de naipes no son los que me gustan.
- No deseo contrariarlo en nada, ¿prefiere los dados?
- Es usted un diestro tentador.
- ¿El dominó?
- No me gusta demasiado.
- ¿El cara o cruz?
- Me queda una moneda de plata en mi bolsillo. Pero si la arrojase al aire, no volvería a caer.
- ¿A los chinos?
- ¡Puff!
- ¿Al parchís?
- No hay tablero en este albergue.
- ¿Las damas? ¿el trompo? ¿el pincho? ¿el tres en raya? ¿el ajedrez? ¿las canicas?
- Demasiados juegos de los que no sé nada. No continúe, por favor. Al que pretendo desafiarlo es de mi invención. ¿Está de acuerdo en hacer la prueba?
- ¡Eh! ¡sin duda, sea cual sea! – dijo el Diablo. Siendo el príncipe del azar, estaba seguro de ganar.
- Estupendo.
- Y con voz alegre, Gottfried gritó:
- ¡Hola! ¡chica! ¡Otilia! aquí se te necesita. ¿Acaso no eres la sirvienta, y no debes venir cuando se te llama?

Otilia se presentó, muy gorda, con la piel de color de nieve bajo unos cabellos color de sol, con la boca roja, abierta como una gran rosa; y sus senos formando un redondeado voladizo bajo el lino de la camisa.

A esa vista, el hombrecillo no pudo impedir mostrar cierta admiración.

–He aquí desde luego una soberbia criatura; concibo que en la esperanza de poseerla en su fantasía arriesgue imprudentemente su salvación. Pero, dígame, ¿cuál es el juego que me propone?

–Nada más sencillo – dijo Gottfried – Extienda su dedo índice, señor, y aplíquelo sobre el pecho de Otilia, apóyelo con toda su fuerza, y si el dedo se hunde un ápice en la carne debilitada bajo la presión, ¡tanto peor para mi alma!, pierdo. Pero en caso contrario Otilia me amará, si...

El Diablo prorrumpió en carcajadas

–¡Bueno! – dijo –¿Tú añades fe a las metáforas de los poetas? ¿Crees que los senos son de piedra o de alabastro? Pobre muchacho, que me vas a decir a mí, a mí que he creado hermosísimas muchachas para tentar a los ermitaños, sobre la solidez de los pechos más firmes y de las más resistentes carnes. Vamos, acepto la apuesta, y vas a pertenecerme para siempre.

Se adelantó, extendió el índice, – un dedo nervioso, un poco velludo, con una uña puntiaguda, – y lo puso sobre el pecho de Otilia seguro de la victoria. Pero no, la carne no cedía; asombrado, se esforzó, presionó todavía más fuerte, con furia. En vano. Y, de repente, emitió un grito de derrota y de rabia pues ¡había roto su uña sobre el seno de la sirvienta! En cuanto a Gottfried, que ya no se aburría del todo, estaba radiante por haber ganado a Otilia y haber engañado al Diablo.

ABRIL CASADO

Abrí la ventana a causa de la bonita luz que reía en el balcón, pero, en la chimenea, el fuego, próximo a extinguirse, aún no estaba apagado del todo; y que encantador resultaba este fin de invierno iluminado por el inicio de la primavera, ese renacimiento de abril calentado por esa agonía de diciembre. El nuevo sol toma prestado del hogar el ardor que todavía le queda y en compensación le da la claridad de la que el otro adolece. Se mezcla en el aire, con los refinamientos de los perfumes dejados por las visitas mundanas, un puro frescor de hierba que comienza a pujar y de gavanzas que van a eclosionar. Me parece que un pájaro libre entra y emite su primer trino sobre la jaula de mis pájaros prisioneros; que una mariposa de las praderas revolotea sobre las flores artificiales de la jardinera. Es como un adorable himeneo, en un armonioso desacuerdo, de lo que fue precioso de un modo, con lo que va serlo de otro. Gracias a Dios no ha llegado la hora en la que el brutal verano exclama: «¡Ya me toca!» No, la primavera, poca segura de sí, dice al invierno: «¡Los dos juntos!» Ambos se complementan con sus diferencias; éste es muy viejo, ella más joven: hacen de ese antes y de este ahora, unidos, un momento exquisito, una alegría tanto o más deliciosa como breve será; y he pensado en dos enamorados que se hayan conocido antes de que el mundo fuese mundo, a los que hace tiempo que envidio, a los que he envidiado siempre; pues sus cariños, cuyo incomparable encanto he podido captar, son el Recuerdo y La Esperanza besándose en la boca.

Él aparentaba cincuenta años, pero es posible que fuese menos joven todavía. Cincuenta años al menos, con unas canas nacientes en los cabellos sobre las sienes y los pelos en una suave barba. La mirada se apagaba en un ensoñador desdén, como velado por la bruma donde se dispersasen las visiones de antaño; alrededor de los labios, cuya ironía parecía no creer en sus propias palabras, la sonrisa no era más que un educado hábito. Pero una gracia singular, la gracia de las melancolías y de las desilusiones, aparecía por completo en su mirada, su voz y su actitud; el duelo es un rasgo de elegancia.

Ella tenía dieciséis años, tal vez menos. Apenas recién nacida, no eclosionada, tenía la puerilidad turbadora del no-todavía. Mostraba, bajo sus cabellos de un rubio rosa y verde como el de todas las chiquillas, unos ojos tan transparentes que se les hubiese tomado por dos gotas de rocío, un poco azules, en el estrecho cáliz de los

párpados. ¡Y esos ojos no sabían nada del todo! Ella era la inocencia, la blancura, el frescor, no sonreía, siempre reía. Un poco delgada pero tan esbelta que hacia pensar en la rama verde de un joven rosal; nada femenino se alzaba todavía delante de su plano pecho cubierto por vestido; si llevaba corsé tendría que ser un opresivo sujetador.

De ese modo eran tan distintos. Al principio, en ese pueblo cerca del Océano a donde llegaron una mañana, se les creyó padre e hija, – un padre aun joven, una hija todavía niña; las viejas damas, que se sentaban bajo los toldos a la hora del baño, los observaban con rostro enternecido, mientras ella corría sobre los guijarros, con los cabellos al viento, yendo y viniendo, requerida alguna vez mediante una dulce regañina; no había nada más sorprendente que verla cansada finalmente, agarrándose al brazo de su paternal compañero que le rozaba los cabellos con un beso.

Pero corrió una insólita noticia.

En su chalet del valle, durante la noche, no ocupaban más que una habitación. ¡Qué abominable! Habían usurpado la consideración y el enternecimiento. ¿Un padre con su hija? no, no; una pareja de amantes. ¿No era horrible esa unión de una niña y un hombre tan «mayor»? Aun cuando pudiese admitirse que estuviesen casados, el escándalo no hubiese sido menor. Además, no se podía admitir. No sé yo que leyenda de seducción y de secuestro, se convirtió en público rumor, cuchicheado en las mesas de los hoteles, en los entreactos de los conciertos del casino; cuando aparecían, siempre juntos, se producía a su alrededor ese sordo rechazo que tan bien conocen todos los irregulares que pululan entre los burgueses. Se les odiaba porque se amaban; y se les rehuía, como con una especie de miedo de ser contagiados por esa lepra llamada amor.

Pero a ellos no parecía preocuparles esa repulsa ni esas enemistades. Hablaban en voz baja, caminando por la playa; sentados en algún rincón de la sala, el más oscuros, se hablaban en voz baja; yo los seguía, o me gustaba estar cerca de ellos, oyéndolos. Sus voces eran tan diferentes la una de la otra, como una risa de una queja, como una esperanza de un lamento; ambos, unidos, sonaban tan dulcemente que, sin poder discernir las palabras que pronunciaban, me sentía invadido de una deliciosa sensación, y cuando ésta me llegaba, – ¡ah! ¡de cuántos ardides me valía! – viendo crecer sus miradas, – una tan viva y la otra languideciendo, una que interroga y la otra que revela, una que concede, tanto desea, otra que desea, tanto debe conceder, – yo sorprendía el intercambio de dos inefables reconocimientos.

¡Querubín! cuídate de cortejar a Franchette. ¿Que podrías hacer con ella que no supiese ella hacer contigo? sois dos candores que acabarían por bostezar mirándose; presintiendo pero ignorando para que sirven las bocas. ¡Estáis prendado de la condesa! a buenas horas. Pues *Almaviva*² no es tonto, y tu tendrás que aprender en la calle, si allí se te acoge, lo que él enseña en la alcoba. Incluso cometes un error no ocupándote de *Marceline*. ¿Acaso es fea por ser vieja? ¿Que sabes tú? Lee a *Brantôme*³. Además ella tiene para tí el inapreciable mérito de las antiguas experiencias; saliendo de su casa, tendrás con que iluminar a Franchette, incluso tal vez con que asombrar a Rosine. Lo que es absurdo, muchachito, es ir al bosque a recoger violetas o fresas con las chiquillas. El mirlo, volando de un árbol a otro, se burla de los enamorados que caminan por los senderos, con los ojos bajos, y que no se atreven a dejar de mantener sus dedos ocupados en otros menesteres porque sus manos, libres no sabrían en que emplearse. El

² Todo este pasaje se refiere a los personajes del “Las bodas de Figaro” , ópera bufa en cuatro actos compuesta por Wolfgang Amadeus Mozart sobre un libreto de Lorenzo da Ponte, basado en la pieza de Pierre Augustin Caron de Beaumarchais, *Le mariage de Figaro*. (N. del T.)

³ Pierre de Brantôme (1540-1614) clasificado como un autor "ligero" por su novela "*Las damas galantes*", es autor de artículos, de novelas de viajes, de crónicas de guerra y de biografías. En casi todos sus escritos destaca un rasgo común: su amor por las mujeres. (N. del T.)

amor, como todos los artes incluso los más divinos, se aprende; es estúpido ir a la escuela pretendiendo ser enseñado por colegialas. Hay tantas mujeres, institutrices amables cuya ciencia adquirida ilumina el deseo de divulgarla, están dispuestas a no rechazar caritativas lecciones; muchos divanes son como una especie de tardimas donde la profesora se acuesta sin negar por ello los progresos del alumno. Y vos también, jóvenes muchachas, vosotras sobre todo, - primaveras, rosas de los bosques, margaritas, – vosotras tan frescas y tan puras, vosotras que todo ignorais y que todo deseais saber, cuidaos de pedir consejos a inocentes semejantes a vosotras; los primitos no sirven de nada a las primitas; si ellos os gustan, sed bonitas, y no os contentéis con vuestros reflejos en los espejos. Ignorad a las personas que preconizan, para el amor o el himeneo, la proximidad de las edades. ¡Esas personas se equivocan! Es junto a los que amaron antaño, como conoceréis en su plenitud la alegría nueva de amar; junto a aquellos únicos que recuerdan, esperad la realización de vuestras esperanzas. Pensad que la erudición tiene su recompensa; que todo el encanto del beso no está en la juventud de los labios. Además un corazón que se reanime por una sola, vale más que un corazón demasiado joven que se ilumine por todas. Si consentís, – renunciando a los vanos idilios – a no temer a nuestros cabellos encanecidos sobre las sienes y a nuestros labios donde la sonrisa se entristece, pronto tendréis en la mirada un reconocimiento infinito, al igual que la niña que hablaba en voz baja, sobre la playa o en los rincones oscuros, a su radiante amante. Y será encantador ese himeneo de dos edades, tan encantador como la entrada, por la ventana abierta, de la inocente primavera con sus naturales frescores, en la habitación aun llena de artificiosas delicias, en la habitación donde no ha muerto todavía el último fuego del invierno.

PUNTOS DE VISTA

–Abracémonos – dijo Colette.

–¡Sí, me gusta!– dijo Lila.

–No. Seamos serias. Abracémonos con seriedad. No es motivo de risa, querida.

Vengo a despedirme.

–¡Cómo! ¿Te vas?

–Me voy.

–¿Sin mí?

–El país al que voy no te gustaría – dijo Colette con tono de superioridad, un tanto desdeñosa.

– ¿Pero de qué país se trata? ¿Está cerca? ¿Está lejos?

– Muy lejos de ti, muy cerca de mi.

–Creo que me estás tomando el pelo.

–Jamás estuve menos dispuesta a bromear. No se trata de una de esas regiones, ciudad, aldea, montaña, playa, donde descienden a la vez todos lo que suben al mismo tren, sino de una región inmaterial cuya proximidad varía según que las almas peregrinas estén más o menos dispuestas a ir allí; en cuanto a mí, siento que casi he llegado.

Lila no comprendía nada y abría como platos sus pequeños ojos y su pequeña boca; entonces Colette, que miraba el techo al igual que una santa contemplaría el cielo, dijo:

– ¡Parto para el país de los eternos amores y de las inviolables fidelidades!

La otra comenzó a reír a mandíbula batiente.

–¡Magnífico! ¡Ya te entiendo! No es la primera vez que emprendes semejante viaje. ¡Pero regresas enseguida!

–¡Lila!

–¡Bueno! no te ofendas. No tengo porque sospechar de la sinceridad de tus intenciones. Sé muy bien que en el momento de cada partida, estás realmente decidida a un exilio sin retorno. A pesar de mil experiencias...

–¡Mil! ¡Qué dices!

–Digamos quinientas. A pesar de tus recuerdos que cuentan tantos olvidos como otros tantos amores, de tantos rápidos desenlaces a tantas fervientes pasiones, a pesar de tus cajones llenos de todos las dulces notas que nunca vuelves a leer, y de todas las

fotografías, en las cuales no reconocerías rostros que durante una noche te fueron tan queridos, a pesar de todo eso sigues siendo la persona más ingenua e inocente que existe; desde que alguien te gusta, piensas que jamás dejará de gustarte; en el momento que amas, estás convencida de que amarás por siempre; y, de cada una de tus fantasías esperas una interminable novela. Luego, la novela se acaba, en algunos besos, como un cuento.

–Esta vez,– dijo Colette, – me he entregado para no volver atrás.

–No olvides que Ludovic y Tristán nos esperan, dentro de ocho horas. En Trouville.

–Me esperarán en vano. Es posible que antaño haya tenido el corazón frívolo; no podría negártelo a ti, que demasiado a menudo fuiste mi cómplice...

–¿Demasiado a menudo? ¡ah! ¡ingrata!

–No podría ocultarte las numerosas debilidades a las que me he abandonado y la brusquedad de mis inconstancias. Pero si con frecuencia fui culpable de infidelidad, la culpa no se me debe ser imputada sólo a mí: ¡no había encontrado realmente al hombre digno de una amor perenne! Mientras que ahora... ¡ah! querida, ¡si conocieses al que quiero! tiene todas las cualidades, las tiene, ¡y muchas más todavía!

– Que mañana serán otros tantos defectos. Es algo extraordinario, Colette mía, pero completamente innegable que cuando se deja de amar, – y eso ocurrirá, más tarde o más temprano,– las cosas que disgusta. Algunas mujeres, – las llamadas mujeres virtuosas – se obstinan en no reconocer este cambio de opinión de su corazón; ellas se obligan a no detestar, aunque él sea ruido, a aquél que eligieron porque era rubio; obedientes al deber, todavía besan, con una embriaguez muy bien fingida, unos ojos azules antaño adorados, cuyo soso color finalmente las asquea; y tal vez, por la continuidad de la mentira, llegan a recrear la ilusión primera. Pero a nosotras, que la costumbre de los rápidos placeres, nos disuade de caer en el aburrimiento, no perdemos el tiempo en esas hipocresías; nosotras evitamos, desde el momento en que ya no es agradable, permanecer donde estuvimos; y debes saber bien, Colette mía, que antes de tres días – ¡serás tú quién esperará a Ludovic y a Tristán! – debes saber que antes de tres días, deplorarás en tu amante las cualidades con las que hoy se extasía tu nuevo capricho. El corazón carente de imaginación ama y luego se vuelve indiferente, o lleno de odio, por las mismas razones.

Colette dijo:

–Tu chocheas. Jamás odiaré, ni seré indiferente – ¡lo que sería peor! – respecto al que adoro. Si sólo lo amase porque es guapo podría cansarme de su rostro pálido de ojos marrones, llegar ¿qué sé yo? a reprocharle que es un petimetre, a encontrarle algún parecido con los primeros jóvenes de los dramas románticos; si sólo lo amase porque es cariñoso, podría, agobiada por sus ternuras, enojarme con sus suspiros y sus elegías de rodillas; y si sólo lo amase porque canta mejor que nadie, con una voz de barítono – los tenores ya han acabado para mí – los romances de las óperas italianas, podría, prendada de pronto de la música alemana, despreciar sus gorgoritos y sus toques de órgano de violonchelo jadeante. Pero, gracias a Dios, el encanto que me ha vencido por encima de todo es demasiado adorable, demasiado especial, demasiado diferente, para ser alguna vez envilecido o vulgarizado, incluso por el largo uso. ¡Ah! si supieras, querida!

Lila se había acercado, curiosa.

– Figúrate – dijo Colette tomándole las manos – que a un extremo de la boca, a la izquierda, encima del bigote, tiene una marca marrón muy visible, no demasiado grande, donde vibran tres pelillos, sedosos, cortos, tan ligeros; y es imposible imaginar algo más picante, más invitador, más turbador que esa pequeña marca marrón encima del bigote: a causa de esos tres pelos, tan ligeros sobre ese lunar marrón, me he vuelto

loca; y sí, sí, Colette mía, ¡permaneceré durante mucho tiempo, sino por siempre, en el país de los eternos amores y de las inviolables fidelidades!

Tres días después, en Trouville, Lila se sentía muy preocupada. Pues Colette no había llegado todavía. ¿Era posible? ¿Amaba realmente a ese desconocido porque tenía una marca cerca de los labios? ¿lo conservaría para siempre? ¿Le sería fiel, tan infiel como había sido a tantos otros? Lila se sentía cada vez más desolada. No tenía interés por nada, ni incluso en el deslumbramiento de los hombres y en la cólera de las mujeres, cuando salía de su caseta, en su traje de baño de franela blanca, transparente, con sombras aquí y allá; ni incluso en la coquetería de detenerse, regresando del baño, inclinada, con el traje de baño empapado, para poner su pie desnudo en la esterilla tumbada. Estando Colette ausente, Lila no era más que la mitad de sí misma; y tal era su amistad con la desaparecida, que recibió sin placer, en dos o tres ocasiones, unas visitas nocturnas que, en otras circunstancias, no habrían dejado de resultarle muy agradables; ¡Colette no estaba allí, en la habitación vecina! Lila parecía una viajera que no quisiera cantar en un valle sin eco. Poco le faltó para abandonar Trouville sin esperar a Tristán ni a Ludovic. Pero una mañana, saliendo del hotel, vio a Colette que descendía de un coche cargado de baúles y maletas. «¡Querida! – ¡Mi amor! » Y se dieron mil besos bajos los velos levantados. «Por fin aquí estas!» ¡Como te ha conservado tanto tiempo, el tunante!

–¡Ah! Lila, no me hables de él.

–¿Cómo? ¿Ya no lo amas?

–Di más bien que lo detesto.

Lila sonrió.

–Sin embargo era guapo. El rostro pálido con ojos marrones.

–Si, sí, bastante guapo. No digo que no. Aunque ... en fin, eso lo habría pasado por alto.

–Era cariñoso.

–Le hubiese perdonado suspirar todo el día. Lila, ¡me recitaba versos! No importa. No los escuchaba.

–Cantaba mejor que nadie, con voz de barítono...

–¡Oh! ¡de barítono!...

– Los romances de las operas italianas.

–¡Gorgoritos! ¡toques de órgano! sin embargo yo admitía todo eso. Lo amaba.

–Y bien, entonces, ¿por qué has regresado del hermoso país de los eternos amores?

–Por desgracia, figúrate, Lila mía – Dijo Colette tomándola de las manos – figúrate que tiene, en un extremo de la boca, a la izquierda, encima del bigote...

–Lo sé, una marca marrón, muy picante, muy invitadora, muy turbadora, absolutamente arrebatadora.

–¡Aggg! ¡bien sí, una marca! pero es una verruga, querida, – en los primeros momentos, se ven mal las cosas, – ¡una abominable verruga, enorme, con pelos, para pavor de las miradas y espanto de los labios!

LOS MEJORES AMORES

I

–Cuando yo era la amante del Señor de Marciac... – dijo Elena de Courtisols.

La Señora de Lurcy-Sevi alzó los brazos hacia el techo.

–¡Ah! Dios mío – exclamó – ¿vos habéis sido la amante del Señor de Marciac?

–Sin duda.

–¿Y lo confesáis?

–¿Por qué no debería hacerlo a vos que sois mi más querida y fiel amiga?

–¿Como es posible que no hubiese sabido nada de ello en nuestro mundillo tan curioso y charlatán, en el que las sospechas proliferan de tal modo que llegan a preceder a los hechos? La mayoría de las murmuraciones son proféticas.

–Es que me escondo muy bien. Pero he sido su amante, sí, os lo aseguro.

–Me asombráis. ¿Cuándo ha ocurrido eso?

–Dejad que me acuerde. El corazón se confunde entre tantos recuerdos. Pienso que fue un poco antes de haber roto con el vizconde de Argelès y casi inmediatamente después de haber sido abandonada por el Señor de Rosavène.

–¡Santo Dios! Habéis tenido tres amantes, vos que se os considera entre las más irreprochables mundanas, cuya persistente ingenuidad, semejante a la de las pequeñas novicias apenas espabiladas, es proverbial, vos que enrojecéis hasta en el blanco de los ojos cada vez que alguien interpreta al piano algún romance un poco tierno.

La Señora de Courtisols se echó a reír.

–Eso demuestra – dijo – que no hay que fiarse de las apariencias. ¡Tres amantes! Estaré muy frustrada si no tengo más.

– Realmente caigo de las nubes.

– ¿Queréis que os cuente toda mi historia?

– Por desgracia me temo que será un poco larga.

– No acabaría nunca si me demorase con algunas complacencias en cada uno de mis amores, si insistiese en los prolegómenos, en las primeras citas, en las amistosas o dramáticas rupturas. Pero, tranquilizaos, trataré de resumir. Haré una simple enumeración. Habré contado todo en menos de una horita.

–¡Elena! ¡Elena! ¿estáis loca o es que os habéis propuesto hacerme perder la razón?

II

– Antes de mi matrimonio comenzó la desenfadada enamorada...

– ¡Pobre Señor de Courtisols!

– ¡Bueno, bueno! no lo compadezcáis y dejadme contar. Antes de mi matrimonio, en el convento, yo era la más inocente de las chiquillas que se pueda imaginar. Si alguien me hubiese preguntado por qué los pájaros hacían su nido entre las enredaderas, a lo largo del muro del jardín, y por qué las mariposas del parterre revoloteaban de dos en dos, yo habría quedado muda al no saber que responder, y si hubiese tenido la curiosidad de saberlo, habría ido a informarme de ello a la madre superiora. En realidad no me ocupaba más que de mis muñecas, – tenéis que recordar que tenía muchas – vistiéndolas, desnudándolas, poniéndoles nombres, imaginando comedias y dramas donde les hacía interpretar papeles, poniéndolas cada noche en mi cama, besándolas en la frente, la una junto a la otra, antes de cerrar los ojos; a la preferida, que no era siempre la misma, la acostaba sobre mi pecho, entre mis senos no más grandes por aquel entonces que esas florecillas redondas llamadas sauquillos. Tenía aspecto de encontrarse muy bien allí.

– Y yo que pensaba que vuestra inocencia se había mantenido, casi tan cándida, a pesar del matrimonio, de tanto como habéis conservado esa vaga inconsciencia en la ensoñación de vuestros ojos, y esa sensibilidad infantil en el pudor siempre asustadizo de vuestras actitudes.

– ¡Pues bien! os habéis equivocado pensando de ese modo.

– ¡Elena! ¿qué pretendéis confesándome que...?

– No podríais dejar hablar a las personas sin interrumpir? Os aseguro que supe muy pocas cosas durante la luna de miel, en la que el Sr. de Courtisols, aunque no tuviese más que cincuenta años, se mostró completamente paternal. Pero cometió la imprudencia de presentarme a uno de sus sobrinos, el Sr. Georges Béryl, que es oficial de marina, y, al verlo dos o tres veces, sentí mi corazón dar un vuelco.

– ¡Ay! – exclamó la Señora de Lurcy-Sevi.

– Trataba en vano de no pensar en él; imaginaba la dicha que experimentaría teniéndolo junto a mí, al estrecharlo contra mi corazón, al besar los bonitos bigotes morenos que se rizaban sobre sus labios tan rojos.

– ¡Elena!

– Finalmente reconocí que me sería imposible resistir a una inclinación que cada día se hacía más intensa, y, a fe mía...

– ¡No sigáis, por el amor de Dios!

– Pero amé poco tiempo al Sr. Georges Béryl.

– ¿Se fue tal vez en algún viaje?

– Sí, quizás, no lo recuerdo. Me había vuelto medio loca por un tener extranjero que cantaba unos romances españoles en las veladas de la Señora de Ruremonde.

– ¡Un artista! alguien que no era de vuestro mundo.

– ¿Y que queréis que le haga? Nunca he sabido resistirme a mí misma...

– ¡Ni a los demás!

– Esa no fue más que un cariño frívolo, un capricho. Me aferré no obstante de un modo más serio al Sr. de Caldelis...

– ¡Qué está casado!

– ...Y al vizconde Tristán, que está soltero. Compenso así uno con otro. Además, de vez en cuando, regresaba junto al tenor español los días en los que me sentía musical.

– ¿Erais capaz de tales traiciones?

–Consentía en ello. Incluso añadiré que lo hacía no sin una especie de placer. Luego tuve algunas fantasías. El Sr. de Asprière me gusto mucho a causa de su porte cabalgando, el vizconde Cyrille, por fatuo que sea, porque se viste de maravilla, y el marqués de Sudre porque es excelente dirigiendo el cotillón. Incluyo en todo eso al Sr. de Marciac, al vizconde de Argeles y al Sr. de Rosavene. Podéis estar segura de que no tienen nada que envidiar a los otros; y recuerdo también haber tenido la más tierna misericordia por un poeta poco célebre, cuyo nombre no recuerdo, que escribía sonetos en mi álbum, y por un jockey muy famoso, al que mi marido había hecho venir de Inglaterra.

–¡Estoy confusa! y, entre tantos culpables abandonos...

–¡Vos no estáis al corriente!

–... Entre tantas irreparables faltas, ni un amor verdadero, profundo, donde el furor de la pasión pueda ser admitida como una excusa.

– Os equivocáis, he amado a alguien con ferocidad. ¿Recordáis a Guy de Mirande, ese joven agregado de embajada que era un asiduo de mi casa el año pasado?

–Sí. Ha dejado París, está en Oriente, creo.

Elena de Courtisols tomó un aspecto serio, casi solemne.

–No ha abandonado París.

–¿Ha vuelto?

–¡Lo he matado!

–¿Qué? ¿Cómo? Lo habéis...

–Matado. De tres disparos de revolver que le han destrozado el cráneo. ¡Porque me había engañado! ¡porque había preferido a una indigna criatura a mí que lo amaba con todo mi corazón! Veis pues que soy muy capaz, como cualquier otra, de sentir una pasión profunda, furiosa, trágica.

La Señora de Lurcy-Sevi, pálida de espanto, había retrocedido. Tras un prolongado silencio, dijo:

–¡Desdichada, desdichada amiga! Espero al menos que ese fatal desenlace, que esa fúnebre aventura os haya colmado el alma de lamentos y taciturnos pensamientos. Habéis debido hacer un acto de contrición, reconocer todo lo que vuestra conducta había tenido de reprobable. Estoy segura que ahora ya no os abandonáis más a tantos culpables transportes; y el terrible final de ese amor os ha inspirado el horror de todos los amores.

La bonita asesina abrió sus grandes ojos asombrada.

–¡En absoluto! – exclamó con una radiante sonrisa dibujada en su cara. – ¡Un hombre ha muerto, pero quedan muchísimos vivos! Esta enojosa historia no me ha impedido experimentar alguna inclinación por el Sr. Silvère Bertin, el pintor, por el Sr. Ramón Oliveira, – ¿lo conocéis? es un viajero – por el Sr. Cyprien de Berq...

–¡Basta! No quiero escuchar nada más. Sois una criatura espantosa. Y, sabedlo, no tardaréis en ser castigada por vuestros execrables pecados. Si no conocéis el remordimiento, conoceréis el deshonor, el desprecio. Esos hombres a los que os habéis entregado no se callarán siempre...

–Sí, sí, claro que se callarán.

–¡No lo esperaréis! Han sido vuestros amantes, dirán que vos los habéis amado.

– Ellos no lo dirán jamás.

–¿Por qué?

–¡Porque no saben nada! – exclamó Elena de Courtisols con su bella risa de rosa abierta.

III

Continuó hablando en voz baja:

–En el convento, donde tenía tantas muñecas, no leía novelas a escondidas, pero leía a los poetas, todos los poetas. Ellos me enseñaron que ninguna realidad humana vale la quimera de la ensoñación, que ningún amor es comparable a los amores imaginarios. ¿Para que enredarse en la vida si con el pensamiento pueden vivirse existencias más bellas que la propia existencia, con alegrías y dolores despojados de las mezquindades de la realidad? ¡Ah! querida, no existen, sobre ningunos labios, tan deliciosos besos como los besos esperados.

–¡Magnífico! ¡Creo que ya os entiendo! ¿Todos esos culpables placeres, cuya historia me habéis contado no han sido más que sueños?

–Sí, sueños... un poco más que sueños sin embargo.

–¿Un poco más?...

–Para que el sueño pueda hacerse completamente dueño del alma, es necesario que haya en él algo de verdad; siendo completamente imaginario no sería lo suficiente humano para ocupar al hombre, – o a la mujer.

–No os comprendo.

–Enseguida me comprenderéis.

La Señora de Courtisols llamó y dijo a una doncella que apareció enseguida:

– Tráigame la caja, ya sabe, la caja grande. Si es demasiado pesada, diga a Dominique que la ayude.

Un instante después un sirviente y la doncella depositaban sobre la alfombra de la sala una caja enorme, forrada de seda con remaches dorados, parecida a esos arcones donde se guardan los juguetes de los niños.

–¿Y bien? – preguntó la señora de Lurcy-Sevi.

– Levantad la tapa y mirad.

La caja estaba llena hasta el borde de un número indefinido de muñecos, no demasiado grandes, vestidos como irreprochables caballeros, a los que sin duda un fabricante genial, basándose en retratos o informaciones precisas, había obtenido el parecido casi vivo del Sr. de Rosavène, del Sr. de Marciac, del vizconde de Argelès, ¡y de todos los demás! Había allí una figurita en casaca de jockey, y una cuya cabeza estaba rota como por unos disparos de revolver.

–¡Bien! ¡bien! – dijo la Señora de Lurcy-Sevi, – ¡todo queda claro! ¿Cuando os sentís atraída por la vista de algún joven, encargáis discretamente que se haga su réplica, y, a esa imagen, como con vuestras muñecas de antaño, le atribuíis todos los papeles que imaginan vuestros deseos, las tenéis a vuestro lado cuando estáis sola. Apuesto que, como antes, la preferida – no siempre la misma – se duerme sobre vuestro pecho, entre vuestros senos más desarrollados ahora que los sauquillos?

Elena de Courtisols hizo una señal que quería decir: «Dios mío, sí, es cierto, lo habéis adivinado.»

–¡Oh! ¡Qué bonita idea! – exclamó la Señora de Lurcy-Sevi, frotándose las manos como una niña que se divierte. ¿Sabéis lo que podríais hacer? Deberíais prestarme de vez en cuando algunos de esos muñecos.

–¡Oh! no. Eso es imposible.

–¿Por qué?

Elena de Courtisols respondió seriamente:

– Porque soy celosa.

LOS TRES ENCUENTROS

– No existe el recuerdo amargo – le dije – Todo lo que ha sucedido parece dulce, incluso la traición y las desesperaciones. Cada aventura de antaño, por lamentable que nos haya parecido, sonrío en la memoria; es como un difunto del que sólo se recuerdan las virtudes. El viudo, a quién se le hablase del año en el que su esposa lo engañó, tal vez respondiese con un suspiro: «¡Ah! ¡Eran buenos tiempos!» Y eso porque para el hombre que ha vivido mucho y ya no siente demasiado el gusto de vivir, basta que la reminiscencia, sea cual sea, lo retrotraiga a los días de las primeras actividades y de cuando en él bullía la sangre con abundancia, para que su corazón lata con fuerza; no pudiendo llorar más, se recrea en las viejas lágrimas; en el daño sufrido ama la facultad, por desgracia perdida, de sufrir; y su indiferencia por el mañana la reconcilia con el pasado.

–¡De acuerdo!– dijo Valentín– Lo admito. El recuerdo es la esperanza a contracorriente, pero no es menos cierto que yo llevo en mí un muy antiguo dolor, tan vivo y tan desgarrador como en los momentos de las primeras punzadas; y no por ser lejano se ha vuelto menos cruel; y viejo como me siento, siempre soy joven para soportarlo. ¡Ah! ¡qué alguien me diga por qué camino desierto pasará esta noche el Azar, el astuto y feroz Azar, a fin de emboscarme y saltarle al cuello para estrangularlo! Pues tres veces, – me ha oído bien, sí, tres veces, – he tenido al lado, al alcance casi de mis labios, la más perfecta de las dichas, y tres veces me ha sido arrebatada por el todopoderoso Capricho que se burla de los hombres.

No tenía más de dieciocho años cuando llegué a París por primera vez. Esa noche se celebraba un festejo público. Alejado de mi pequeña ciudad gris, donde las lámparas se apagan pronto, en el esplendor de las calles iluminadas, experimenté el deslumbramiento de un topo que, saliendo de tierra, veía quemarse el bosque. Tras haber caminado durante mucho tiempo – pensé que había sido un minuto, – fui empujado por una avalancha de gente dentro de una enorme sala dorada y decorada, iluminada completamente con gas; unos hombres y unas mujeres, ellos cubiertos con sombrero, ellas con los cabellos al aire, bebían en un tumulto de carcajadas y palabras insultantes gritadas en alta voz. Tenía la sensación de estar en un palacio que debía ser un antro. Debía ser uno de esos grandes cafés demasiado suntuosos de los bulevares lejanos, donde hormiguea el populacho de las miserias y de los vicios. me senté, un poco espantado, en una mesa todavía vacía, en un rincón, no lejos de las mesas de billar

donde los jugadores casi se tumbaban, en mangas de camisa; y miraba a mi alrededor. ¡Debí emitir un grito! Allí, muy cerca, sentada entre otras personas, sobre las rodillas de una especie de gigante vestido con una enorme blusa blanca, una mujer reía mirándome, tan blanca, tan ardientemente rubia, tan luminosa, que todo me pareció oscuro, excepto ella; y mi deslumbramiento no era debido, estoy seguro de ello, a la inocencia de mis ojos prendados hasta entonces de las delgadas señoritas domingueras, vestidas de oscuro, sobre el Paseo. No, ella era hermosa, realmente, de una belleza explosiva, con la pesada mata de sus cabellos pelirrojos, que le ocultaban la frente y le caían por la espalda, con sus ojos de un amarillo dorado, donde se iluminaba una falsa embriaguez, con su boca sangrante con unos dientes un poco grandes, de un blanco brutal, y su poderoso cuello sin arrugas parecido a una columna de mármol, y en su vestido destacando el hinchazón duro de su pecho, presionando la tela. ¡Jamás espléndida visión carnal fue ofrecida a la codicia humana! Yo la miraba arrobado, olvidando el lugar, la hora, la muchedumbre, tal vez extendiendo hacia ella las manos. Tengo el recuerdo de que de vez en cuando se producían a mi alrededor estallidos de risa; yo no prestaba atención, tanto como estaba hechizado por ella, jadeante hacia ella. De pronto tuve una alegría inmensa. Ella me había hecho una señal, sí, desde luego, una señal con la cabeza, con un alzamiento de hombros, como diciendo: «Ya sé que estás ahí. Pero aquí tengo que estar con estas personas que me aburren y me irritan. Espera. Cuando se hayan ido nos veremos.» Yo habría esperado toda la noche y todo el día siguiente, y más tiempo aún. Sin duda, a pesar de mi embriaguez no me hacía ninguna ilusión sobre esa admirable criatura: una muchacha, nada más, dispuesta a entregarse al primer recién llegado por oficio o por placer, puesto que bebía en esa sala en compañía, dejándose acariciar, abrazar, tocarse por todas partes. ¡Pero que importaba! ¡era tan bella, tan prodigiosamente bella! Sin embargo, el café se vaciaba poco a poco; ¡qué no hubiese dado para que se fuesen como los demás los hombres que estaban con ella! No se movían. Comenzaba a impacientarme. Tenía ganas de levantarme, de gritar: «Salid de aquí, dejádmela a mí», ella me aconsejaba que no actuara, que esperase. «Sí, enseguida estaré sola.» Finalmente ya no quedó nadie en la sala donde se comenzaba a apagar el gas, excepto yo, ella y los que la abrazaban. Era imposible que el desenlace no estuviese próximo. En efecto llegó, pero no tal como yo lo había esperado. Aprovechando un momento en el que los camareros estaban ocupados haciendo sus cuentas ante la barra, el hombre de la blusa blanca se levantó, se precipitó sobre mí, me tomó por las solapas, y, frágil como yo era, me arrojó sobre una de las mesas de billar, donde sus compañeros acudieron, levantando y bajando el puño, golpeándome como se golpea en una forja, moliéndome a palos abominablemente, ¡mientras podía oír las carcajadas de la hermosa muchacha! Luego huyeron, dejándome allí, roto, medio muerto; los camareros, que no se habían dado prisa en intervenir, me llevaron en un coche; y yo lloraba cálidas lágrimas penando en ella.

II

Dos o tres días después, – cuando pude hacer uso de mis piernas – me dediqué a buscarla. Me fue imposible volverla a encontrar. En el café, ni el dueño, ni los camareros la conocían; era una de esas mujeres que entran y salen y a las que no se las ve más. ¡No me crearás o te echarás a reír! Como quieras. Cuando estuve seguro que, a menos que se produjera una inverosímil casualidad, no encontraría jamás a aquella que tan cerca había estado de poseer, me sentí invadido de una tristeza mortal, semejante a la desesperación que causa el abandono de la más querida amante; de tal modo la belleza de la desaparecida permanecía en mis ojos, en mi corazón, en mis sentidos, ¡que

estaba seguro de haber perdido la ocasión de la más incomparable embriaguez! A decir verdad, ese temor no tardó en atenuarse; por fin se desvaneció, fue algo olvidado; y, dos o tres años más tarde, una noche en la que cenaba con unas amables mujeres y unos buenos compañeros en no sé que restaurante de moda, ya hacía mucho tiempo que había dejado de pensar en esa antigua desventura. De repente, entre una algarabía de risas, se abrió una puerta, – una gran puerta blanca y dorada, cerrada de ordinario, que hacía de separación entre nuestro reservado y el contiguo – y en el resquicio de los dos batientes, vi su cabeza al pasar, sí tan blanca, tan ardientemente rubia, ¡tan luminosa! Ya no era la miserable criatura de los bulevares de la periferia; no, completamente vestida con pesadas sedas, con diamantes en las orejas y un collar de perlas sobre su amplio pecho escotado. ¡No importa! la reconocía, era ella. Loco de alegría me levanté raudo. Pero ella ya había cerrado la puerta y oí el ruido de un cerrojo que se activaba. ¿Qué hacer? Ella cenaba en alegre compañía: una cabezas de hombres se habían dejado ver detrás de la suya; hundir los batientes no hubiese producido más que un escándalo vano. Sin embargo mi deseo renovado no admitía demora. Me asaltó una idea. ¿Ahora era de aquellas que se venden caro? Lo más sencillo era pagarle bien. Una cantidad generosa ofrecida de inmediato allanaría las dificultades. Extraje de mi bolsillo dos o tres billetes de banco; escribí sobre uno de ellos algunas palabras con un lápiz y encargué al camarero que deslizara discretamente mi nota a la hermosa dama rubia del collar de perlas que se encontraba en el reservado contiguo; y me puse a cenar tranquilamente. Nada en el mundo podría impedir en esta ocasión la realización de mi mayor anhelo. Aquí no habría gentes groseras para tomarme del brazo y molerme a palos. Una vez abierta mi carta, la deseada no dejaría de responder, según mis esperanzas; y si no la obtenía esa noche, al menos sería recibido en su casa al día siguiente. De este modo mi gozo estaba asegurado, sí, asegurado y tan cercano. Pensaba, con los ojos medio cerrados, en los labios húmedos, en las pesadas matas de cabellos pelirrojos que mis boca besaría! El camarero regresó, con aspecto contrariado. «¡Bien!, le dije, ¿la respuesta? – He aquí vuestra carta, caballero. Esta dama la ha abierto y me la ha devuelto, con los billetes de banco. –¿Sin una palabra? – Ha dicho riendo que estaba aquí para divertirse con unos amigos, que este no era el momento para negocios.» Entonces comprendí que no había que guardar por más tiempo las apariencias. Aun a riesgo de provocar un escándalo, me arrojé sobre la puerta. «¡Eh! caballero, dijo el camarero, esa dama se ha ido. – ¡Se ha ido!, exclamé. – Sí, señor, hace breves momentos. – Pero al menos usted sabrá su nombre, su dirección? ¿Sabe quién es? – No, señor, es la primera vez que veo a esa dama.» El camarero hizo bien en salir, pues lo habría estrangulado. Caí sobre mi silla abatido, con los brazos colgando, y las personas que estaban conmigo habrían creído que estaba loco si no les hubiese parecido más sencillo pensar que estaba borracho.

III

La desesperación que me provocó este nuevo desengaño fue más tenaz que la de antaño. Habiendo sido en vano, como la primera vez, todas mis investigaciones, no logré dominar mi dolor y mi rabia. Esa mujer a la que yo sólo quería era de todos, de los fulleros de los bajos fondos y de los elegantes trasnochadores, ¡de todos, excepto mía! Sin duda las preocupaciones cotidianas, los trabajos, los placeres de la vida me desviaban frecuentemente del amargo pensamiento, pero en las horas de soledad, cuando la mente busca un sueño al que aferrarse, regresaba la violenta cólera de la presa escapada; e, incluso, más de una vez, besando los brazos o los cabellos de una amiga, tenía el furioso deseo de morder esos brazos, de arrancar esos cabellos ¡porque no eran

los de la Otra! Transcurrieron varios años y yo continuaba pensando, muy a mi pesar, en la magnífica criatura, dos veces encontrada, dos veces desaparecida; repitiendo con melancolía: «No la volveré a ver más, no lo volveré a ver más.» Me equivocaba, ¡la he vuelto a ver! Hace dos meses aproximadamente, cuando regresaba a mi casa, en una noche húmeda, pegado a las paredes y con las solapas del abrigo levantadas, una paseante me tocó el brazo, diciendo una palabras en voz baja. Una callejera, del lodo hecha mujer. La aparté irritado con un movimiento del codo. Pero allí estaba, de pie, bajo la luz de una farola, y ¡vi que era ella! Sí, ella, con un vestido harapiento, con un sombrero de donde colgaba una pluma roja, – ¡pero siempre joven, siempre bella y resplandeciente en la claridad! Encontrarla de ese modo era una cruel suerte. Pero ni siquiera pensaba en eso. La veía, la tenía, podía tomarla – puesto que ella se ofrecía, – y el exceso de mi alegría ocultaba la insensatas: que la adoraba desde hacía mucho tiempo; que ella era más gloriosa que las reinas y las diosas; «¿Os acordáis de mí? recordáis el café, durante la noche festiva, y la puerta del reservado, que abristeis?» Yo añadía muchas otras cosas, con gestos de avaro fuera de sí que ha reconquistado su tesoro; y, tomándola por la cintura, «¡ah!, ven, ven!» exclamé. Pero ella me rechazó dulcemente. Tenía en los ojos un no sé qué de melancolía, como un aire de tener piedad. «No, dijo, no quiero. – ¡No quieres!» –No, no con vos. Es verdad que os he reconocido. Vos me amáis hace mucho tiempo. Eso me gusta. Os lo agradezco. Iros. » Yo agarraba mi cabeza entre las manos creyendo que me volvía loco. Ella continuó: «De los demás me burlo de ellos y de lo que puede ocurrirles. Vos sois diferente. Adiós. – ¡No! no te irás, dirás por qué me rechazas. Vamos, habla, por qué? – ¡Eh!, dijo ella, porque... » Acabó su frase con voz muy baja, y se alejó a los largo de las paredes, mientras que, sin seguirla, ¡yo escupía mi rabia en un espantoso juramento!

EL OTRO

I

¿Con cuál de los dos se casaría? Ambos jóvenes y encantadores, los dos la amaban igualmente; y su abuela, dulce anciana a la que enternecían los enamorados y que compadecía las penas ingenuas, le permitía elegir. Elegir, precisamente eso era lo difícil. Gérard tenía un aspecto orgulloso y audaz, con su bigote negro rematado en dos finas puntas, pero también había tanta dulzura ensoñadora en los ojos azules de Georges; uno la turbaba, pero con el otro estaba arrebatada. Una mañana en la que Gérard le había cogido la mano –¡pues era muy atrevido!– ella había sentido toda su sangre fluir al corazón, y, perezosa, había huido; una noche que Georges se había arrodillado ante ella, un poco lejos, con las manos juntas como para orar, ella había conocido la delicia de una infinita misericordia, y, como una santa invocada, se había inclinado un poco para prestarle atención. Tan inocente como era, – tendría diecisiete años el día de Pascua – no discernía bien todo lo que experimentaba su espíritu, y su corazón, siempre interrogado, tanto respondía Gérard como respondía Georges. Se valió de un medio para salir de su incertidumbre: detrás de la casa de las afueras, donde vivía con su abuela, había en el fondo del jardín, un cardo florido que rebosaba, y sobre el cardo venían a posarse con aleteos delicados, – no juntos, pues son dos especies enemigas, – un gorrión y un pardillo que tenían sus nidos en el muro: si al llegar al final del sendero, veía al gorrión picotear las flores, se casaría con Gérard, pero se casaría con Georges si era el pardillo al que veía; cuando se acercó de puntillas, el gorrión y el pardillo peleaban a picotazos y con las alas entre las espinosas hojas. Ella no dejó de interrogar a las margaritas, no preguntándoles: «¿Me ama?» sino: «¿A quién amo yo?» Y las flores maliciosas respondían: «apasionadamente» tanto a Gérard como a Georges.

No podía sin embargo ser la esposa de sus dos enamorados, y, algunas veces daba patadas de rabia, despechada. Finalmente, tras un año de dudas, comenzaron a iluminarse sus verdaderos sentimientos gracias a un sueño que tuvo. Un sueño extraordinario. El lugar donde se encontraba no era ni el paraíso ni el infierno, pero tenía una parte del infierno con todas sus espantosas sombras, y parte del paraíso con todos sus luminosos goces; ella, en medio, entre la claridad y la sombra, completamente sola, estaba asustada. Y hete aquí que en el umbral de las tinieblas apareció un ángel muy negro, triste y temible, con lágrimas en sus ojos ardientes de fiebre, y, en su pecho

abierto, desgarrando con sus propias garras su corazón. Se volvió hacia ella y le dijo con una voz que ordenaba al mismo tiempo que ella suplicaba: «¡Ven! ¡ven! ¡Se mía! ¡Te oprimiré contra mi pecho que quema y que sangra, y te transportaré, estremecida, entre mis suplicios y mis llamas!» Presa de vértigo ella ya iba a obedecer inclinando ya la cabeza y tendiendo los brazos, cuando un ángel muy blanco, con hermosas alas, salió del paraíso; sus ojos eran brillantes y puros como dos cielos llenos de estrellas, y a través de su diáfana carne podía verse su corazón que se iluminaba suavemente como una apacible lamparilla en un jarrón de alabastro. «¡Ven! ¡ven! ¡Se mía!, le dijo, ¡te oprimiré contra mi pecho de nieve intacta que refresca, y tendrás como yo alas y te conduciré, extasiada, hacia mis claridades y mis delicias!» Cuando se despertó, se alegró mucho, pues comprendió lo que significaba el sueño. El ángel negro era Gérard, evidentemente, y Georges era el ángel blanco. Ahora se explicaba porque temblaba, como en la proximidad de una desgracia, cuando oía los pasos de Gerard subiendo la escalera, por qué ante él experimentaba una confusa emoción donde el placer era pavor; ahora se explicaba la calma feliz y tierna de la que se sentía completamente bañada cuando Georges la miraba. ¡Bien! estaba decidido, ella no se casaría con el tentador malvado que quería arrastrarla a las torturas extrañas de no sabía qué amor; ella sería la esposa del dulce y buen consejero cuya palabra mece y serena. «¡Quiero casarme con Georges, abuela!» Y Gérard fue despedido casi brutalmente.

Si hay algo tan encantador que iguala en la tierra las delicias del paraíso, son los noviazgos en primavera. Las flores se asombran de nacer, tímidas como los corazones. Esta doble floración, vacilante todavía, se completa y se consume. El amor ingenuo hace pareja con la inocente naturaleza. Las jóvenes rosas a medio eclosionar, son pequeñas almas medio abiertas, y las jóvenes almas son pequeñas rosas. Pronto será el himeneo, y el verano. – ¡el completo esparcimiento!

En el jardín de la casa de las afueras, el novio y la novia se unían al encantamiento de las hojas reverdecidas y de los pájaros recién llegados. Se amaban con una exquisita y deliciosa ternura. Horas enteras tomados de las manos, mirándose a los ojos, permanecían sentados en el banco, inmóviles, sin hablarse. Pero les parecía que sus corazones, se deslizaban desde sus pechos hasta la punta de sus dedos, tocándose y fundiéndose allí. Algunas veces hablaban vagas palabras, que no tenían sentido preciso, o que referían cosas vanas, incluso sin pensar mucho en ellas: qué buen tiempo hacía hoy, tal vez llovería esta noche, qué la abuela no había recibido su periódico esta mañana y había regañado a la sirvienta; que el señor cura había pronunciado un sermón muy hermoso el domingo pasado. De su amor, de su inminente boda, ni una palabra. Pero el sonido de sus voces temblorosas siempre decía: «Te amo» y «Te adoro» ¡siempre! hasta el momento en el que, al llegar la noche, la abuela gritaba desde la ventana: «Vamos, ¡regresa pequeña!» La enamorada obedecía con un suspiro, lentamente; pero cuando Georges ya había partido, se escabullía más de una vez durante la velada para ir a mirar, por una rendija de la puerta, la calle por donde él se había ido y por donde regresaría al día siguiente.

II

Desde que estuvieron casados, él la llevó de viaje. Ella vio los países del sol donde los olivos están siempre verdes, como una eterna esperanza, y las rosas siempre en floración, como una eterna alegría. Él le habló de amor, ella, desfalleciente, él, triunfante, a lo largo de la mar azul que murmura y va a morir en la arena. Le mostró las bellas ciudades de mármol, y en los museos decía: «¡Esas Venus son menos hermosas que tú, y esas vírgenes menos puras que tú!» Permanecerían durante mucho tiempo en

Venecia, que a ella le gustaba mucho, en recuerdo de los romances. Por la noche bajaban la cortina de las góndolas, bajo la curiosa luna, y el gondolero cantando a media voz en el silencio de los canales no oía los besos. Su casa se miraba en el agua sombría del canal; ambos, en la ventana, por la noche, miraban en el agua el reflejo tembloroso de las estrellas, y Georges decía: «¿Esos son los astros o tus ojos?» Siempre más tierno, siempre más dulce, él la mecía en la caricia de su amor. ¡Ah! el sueño no había mentido, y Georges realmente la había transportado a las celestes delicias.

III

Cuando regresaron, la abuela emitió un grito al verla, pues la recién casada estaba pálida como los muertos, sus labios estaban blancos y los ojos hundidos en sus orbitas con una mirada perdida que espantaba. «¿Estás enferma? ¿Sufres? ¿Qué te sucede?» Ella sufría, en efecto, de una lenta y cruel enfermedad que había apagado su juventud, como un viento soplando una llama. ¿Qué enfermedad? No se sabía. Una debilidad extraña, un irremediable mal. Y nunca se quejaba. Una boca que no quiere hablar, los brazos que cuelgan, todos el ser que se desvanece y que tiene necesidad de estar solo, con aspecto de decir: «¡Dejadme!» Loco de dolor, Georges le suplicaba que volviese en sí. Ella sonreía tristemente, haciendo señas de que no. Se volvía cada vez más débil; finalmente debió guardar cama. Casi moribunda, parecía estar dormida con los ojos abiertos, igual que los cadáveres recientes. «¡O cruel niña que nos matas, habla!, ¿qué tienes, qué desesperación te ha cogido y te posee?» Levantó lentamente sus brazos, tan pesados ya, como bajo el presentimiento de las paladas de tierra, y con la frente en las manos, sollozante, dijo con voz casi inaudible: «¡Ah! abuela, abuela, ¡era el otro a quien amaba!»

EL JARDÍN DE LAS JÓVENES ALMAS

I

Cuando las jovencitas duermen en sus pequeñas habitaciones blancas y azules, bajo las muselinas de las cortinas que tanto se asemejan a alas de ángeles custodios, sus almas no permanecen en sus cuerpos adormecidos, sino que se evaden, no sin cierta pena por abandonar tan bonitas prisiones. ¿Y a dónde van cada noche? A un jardín en el cielo, a orillas del río de luces al que nosotros denominamos Vía Láctea; un sendero conduce allí, un sendero de estrellas que sube, tuerce y vuelve a subir a mano derecha del Paraíso. Que ese jardín es la mayor perfección de las delicias, es algo de lo que no cabe la menor duda; pero presenta una particularidad: que se aparece de un modo distinto a cada una de las almas que se pasean por él. Una ve céspedes de esmeraldas, donde se puede bailar con elegantes jóvenes bajo unas ramas de gladiolos altos que penden y son luminosos como farolas. Otra admiran, desplegadas sobre la hierba o colgadas de los rosales, unas prendas tan hermosas que ningún costurero habría podido superarlas, unos sombreros que jamás inventarían los más sutiles modistas; unas manos invisibles, ligeras como un roce de alas, la visten y la peinan; y el agua estancada de un pequeño lago se convierte en un halagador espejo. Para ésta, en todas las ramas del jardín se posan ruiseñores que cantan romances, mirlos que silban canciones. Para aquella, florecen jacintos incluso apetecibles para comer, tulipanes llenos de confituras, flores de lis que tocadas con la punta de la lengua, se tiene la sensación de degustar un vino rosado más dulce que miel. Pero la mayoría, desde el mismo momento en que han iniciado la ascensión por el sendero de estrellas, que sube, tuerce y vuelve a subir a mano derecha del Paraíso, creen entrar en la infinitud de los amores puros y se sienten transformadas en millares de gavanzas donde se posa, para no levantar el vuelo jamás, la mariposa del beso nupcial. Pues la corte de las jóvenes almas está formado de la realización de sus propios deseos; realizaciones no turbadoras ni decepcionantes, por desgracia, como las de la tierra, sino perfectas y fecundas en incomparable estados de embriaguez, ¡porque pertenecen al cielo! También no es sin pesar como las prisioneras, evadidas del jardín de las delicias un poco antes del amanecer, se lamentan; pues dudan en regresar a los cuerpos dormidos y efectúan el descenso llorando mientras las estrellas del sendero se apagan. Y de todas esas lágrimas de las almas es con lo que se forma el rocío de la mañana.

II

Ahora bien, había, hace no sé cuanto tiempo en un país cuyo nombre no se me ha dicho, un joven y apuesto príncipe que era desgraciado como nadie pese a ser el primogénito de un rey muy rico y poderoso. Nada podía mitigar su tristeza; ni las sonrisas de las damas de la Corte, ni los placeres de la caza, ni la gloria de matar muchos enemigos en las batallas. No hablaba demasiado, siempre permanecía en su habitación, o bien se iba a pasear solo por los campos o por el bosque y allí suspiraba profundamente como alguien que ya no tuviese esperanzas.

Una vez, encontrándose llorando, sentado en un claro sobre el tronco de un árbol, con la cabeza entre las manos y hallando algún consuelo en las lágrimas, una leñadora que recogía leña seca a algunos pasos de allí se acercó y le preguntó por qué se lamentaba de esa manera. Era una mujer excelente, piadosa aunque anciana, y cuya experiencia respecto de la ingratitud no la había disuadido de ser bondadosa.

– Desgraciadamente, mi buena anciana, – respondió el joven – ¿para qué decir lo que motiva mi sufrimiento? No lo quiero compartir, ya que sólo una persona podría poner remedio a mi mal.

– No importa. Contadme vuestra historia. Por muy ignorante que os parezca, he aprendido muchas cosas, habiendo vivido mucho tiempo; conozco las hierbas que curan las enfermedades del cuerpo y también los bálsamos para las heridas de las almas.

Hablaba con tanta dulzura que él se enterneció y no pudo sustraerse a confesar el motivo de su pena.

Resulta que amaba con locura a la hija de un pobre aldeano, que había encontrado en el camino seis meses atrás, una mañana en la que ella venía de lavar la ropa en la fuente; pero por mucho príncipe que fuese, ella no quiso aceptarlo como amigo ni incluso admitirlo por esposo. En vano le suplicó; ella permaneció inexorable. En vano el rey, temiendo ver a su hijo hundirse en la melancolía, había hecho venir a la corte a la cruel criatura y le había rogado – casi una mendiga– convertirse en su nuera; una proposición tan honorable no la había afectado. Y, ahora, toda esperanza de ablandarla se había perdido. Sin duda, ciertas noches, durante el crepúsculo, cuando el príncipe le manifestaba su cariño, ella parecía perder su indiferencia acostumbrada; pero a la mañana siguiente, si la volvía a ver, ella se mostraba más fría y más insensible que nunca. El desdichado amante no le quedaba más remedio que dejarse morir de dolor poco a poco, como en realidad estaba ocurriendo.

La vieja leñadora, después de ese relato, reflexionó.

– ¿Decís que por la noche sucede a menudo que os deja entrever alguna dulzura?

– Sí, buena anciana.

– ¿Pero por las mañanas os rechaza sin misericordia?

– Así es, anciana.

La vieja pensó un rato más. Luego emitió una risilla donde castañearon sus viejos dientes con un ruido de castañuelas resquebrajadas, y preguntó sin dejar de reír:

– ¿Hay en la Corte de vuestro padre músicos que tocan el laúd y el rabel?

– Por supuesto. Pero a partir de ahora ya no me producen ningún placer ni las canciones ni los bailes.

– ¿No poseéis vos también, siendo cazador como todo los de vuestra alcurnia, unas jaurías bulliciosas que hacen un gran ruido cuando vuestros criados las azuzan?

– Tengo muchos perros, en efecto. Pero la caza no tiene ya nada que pueda divertirme.

–En fin, ¿no es vuestra costumbre, si estáis ocioso, atacar a las naciones vecinas de vuestro reino y saquear, en gran tumulto, pueblos y las ciudades?

– Antaño me complacía en las campañas de guerra; pero ahora ya no tengo afición por las batallas.

La leñadora continuaba riendo.

–¡Príncipe! – exclamó– todo irá bien, y yo me comprometo a que seréis amado si no os contraría seguir los consejos de una pobre anciana que recoge leña seca en el bosque.

III

La noche de ese día, acostada sobre un pobre jergón de paja en un rincón de su cabaña, la hija del aldeano que no quería ser princesa esperaba que el sueño la invadiese cerrando los párpados. Sabía que su alma se escaparía de su cuerpo dormido para ir al jardín de los sueños, ¡a orillas de la Vía Láctea! Era a causa de las goces con los que cada noche se extasiaba, por lo que no experimentaba más que desdén y desprecio por las alegrías y glorias de este mundo. Algunas veces, tiempo después de despertar, teniendo menos presente en el corazón la perfecta embriaguez nocturna, – pues las jóvenes muchachas olvidan pronto, – le acuciaba la idea de que podría resignarse a las felicidades terrenas. Idea rápidamente desvanecida. El hijo del rey no le disgustaba, y la posibilidad de ser reina algún día no tenía nada que le fuese insoportable; pero allá en lo alto, en la realización de sus quimeras, era la esposa de un príncipe más apuesto que todos los príncipes, y reina de un reino tan magnífico que jamás lo hubiese cambiado por el de Golconde o el de Sirinagor.

Esa noche pues ella esperaba el sueño, esa liberación de las almas – cuando el ojo se cierra y el cielo se abre, – ya sus párpados se dejaban caer pesadamente bajo el beso de la oscuridad, cuando ante su puerta ¡sonó una furiosa música de rabeles y laúdes! Todos los lugareños, echando pestes contra ese ruido que turbaba su descanso, se acercaron a las ventanas con intención evidente de echar de allí a las personas que les daban tal serenata; pero reconocieron a los músicos reales y no tuvieron más remedio que aguantar. Y como el armonioso recital duró toda la noche, el alma de la joven muchacha no partió para el celeste jardín. Al día siguiente por la noche, fue peor todavía: doscientos perros aullaron del crepúsculo al amanecer, despiadadamente golpeados por los criados de caza; y cuando llegó la noche del día siguiente, un ejército de hombres armados, con gritos y toques de clarines, libró batalla en la llanura vecina contra un ejército del que se oían los ruidosos golpes en las corazas y los cascos. Enumerar todos los medios que el príncipe usó, siguiendo los consejos de la leñadora, para impedir que su amiga se quedase dormida, llevaría demasiado tiempo. Os bastará saber que cuatro semanas pasaron sin que la muchacha pudiese cerrar los ojos por las noches. Es cierto que dormitaba después de que el amanecer se levantase o durante el calor del mediodía; pero su alma, porque las estrellas del sendero, en pleno día no lucían, no podía encontrar la ruta del querido jardín; y poco a poco fue perdiendo el divino recuerdo. De modo que una vez, cuando el sol descendía en el horizonte, ella no rechazó al príncipe, que, habiéndola tomado por la mano, la codujo, encantada y sin resistencia al bosque misterioso donde el día se apagaba...

IV

Bajo los grandes árboles sombríos, una noche de castos noviazgos tuvo lugar. Se habían sentado en las altas hierbas, y se hablaban entre susurros, con un rumor de nidos.

Nada sería más dulce que amarse. Ellos se lo repetían a todas horas y las horas transcurrían deliciosas. Finalmente la bien amada se calló para escuchar mejor al bien amado sin duda; y él, manteniéndola abrazada contra su corazón, radiante por el perfume que ella tenía en los labios y en los cabellos, no dejaba de murmurar las más tiernas frases, manifestándole la felicidad de la que pronto disfrutarían cuando estuviesen casados, cuando ya nada pudiese separarlos y cuando sus existencias se fundiesen en una sola felicidad como dos gotas de rocío, que tocándose no forman más que una única perla. Él continuaba hablando, dulcemente prendado, cuando la aurora tiñó de rosa la cima de las ramas removidas... ¡de pronto emitió un grito! Su amiga estaba pálida en sus brazos como una muerta; y en efecto era una muerta. El imprudente la había dejado dormirse; el alma de la niña, habiendo vuelto a encontrar el sendero de estrellas, a mano derecha del Paraíso, habría regresado al celeste jardín; y, por temor a que se le impidiese regresar, se había quedado allí para siempre.

MARTINA Y SU ÁNGEL

I

En aquél tiempo y en aquél país había una niña de quince años llamada Martina que estaba a punto de entregar su alma. Se había puesto enferma de repente y ahora iba a morir. Sus padres, unos pobres campesinos que no poseían nada más que una vieja choza en medio de un campo estéril, sentían una cruel aflicción, pues amaban con ternura a la hermosa moribunda. La madre sobre todo se desesperaba; en primer lugar porque era madre, y luego, porque, al encontrarse la choza tan lejos del pueblo, temía que el señor cura no llegaría antes del óbito de Martina. Siendo muy devota, lloraba pensando que su hija dejaría este mundo sin ser confesada y sin haber recibido la absolución.

–Por lo que a eso respecta, señora, no debe usted preocuparse – dijo una voz tan dulce que los padres, a pesar de su dolor, fueron presa de una encantadora sensación auditiva.

Al mismo tiempo vieron detrás de la cama de la agonizante, elevarse una forma blanca, un tanto inmaterial, con dos alas.

La voz continuó:

– Soy el ángel de la guarda de Martina y creo que un ángel bien puede sustituir a un sacerdote sin ningún desmerecimiento. Iros allá, hacia aquel rincón, y no volváis la cabeza. Vuestra hija me contará sus pecados y como es completamente inocente, la confesión será cosa de un momento.

II

No sucede muy a menudo que una muchacha se confiesa a un ángel; pero sí sucedió en aquella época y en aquél país. Martina enseguida acabó de confesar sus menudos pecadillos, y ya el divino mensajero iba a bendecirla, una vez perdonada, no con las manos sino con las alas, cuando ella se acordó de una gran falta que había cometido la semana anterior. Envidiosa de un pañuelo de cuello de seda rosa, tan bonito, que le había mostrado una vecina, ella lo había hurtado para engalanarse con él. Doble crimen: coquetería y latrocinio. El ángel se quedó perplejo.

–No sé – dijo – si debo absolverte de semejante pecado. ¿Dónde está ese pañuelo?

–Bajo la almohada, ángel mío.

–Habrá que restituirlo.

–¡Oh! de buena gana. Pero enferma como estoy yo no puedo, no podría dar un paso, ni siquiera bajar de mi cama, y la casa de la vecina está al otro lado del bosquecillo.

–Eso no es problema – dijo el ángel de la guarda que tenía respuestas para todo. – Hagamos un cambio por un instante: dame tu enfermedad a cambio de mi buena salud y yo quedaré en la cama en tu lugar, mientras tanto tú irás a devolver el pañuelo. Tus padres no se darán cuenta de nada; ocultaré mis alas bajo la sábana.

–Como digáis – dijo Martina.

–Pero sobre todo, ¡no pierdas tiempo en el camino! Imagina que ocurriría si llegase la hora destinada a tu muerte antes de tu regreso: tendría que morir yo en tu lugar; lo que sería muy indecoroso toda vez que soy inmortal.

–¡No os preocupéis, ángel mío! Yo no os expondría a tan grande desgracia. Algunos minutos bastarán para que vaya y regrese.

Y sintiéndose tan dispuesta como uno puede estarlo, saltó de la cama y se vistió apresuradamente, en silencio, para no atraer la atención de sus padres; cuando éstos se volvieron vieron sobre la almohada una dulce rostro pálido, con cabellos rubios; sin duda era el ángel que ocultaba sus alas bajo la sábana.

III

Corriendo a través de las ramas y saltando por las cunetas, Martina hacía el recado con diligencia. Aunque fuese noche cerrada ella conocía demasiado bien la ruta por la que no había el menor riesgo a que se extraviase. Llegó sin demora a la casa de la vecina, entró sin llamar y deslizó en un baúl el pañuelo de seda rosa, – por fortuna no había nadie en la vivienda, – y regresó sobre sus pasos. A decir verdad, caminaba un poco menos rápido que antes. ¿Acaso dudaba en entregar a su ángel la salud que éste le había prestado? No del todo. Ella le estaba muy agradecida por lo que él había hecho para asegurar la salud eterna de una pobre chiquilla, y se sentía resuelta a cumplir su promesa. No, claro que no, ¡no lo dejaría morir en su lugar! Si no corría tanto era debido a la fatiga. Luego, un ruiseñor cantó en las ramas nocturnas completamente iluminadas de plata por la luna, ¿y qué cosa más dulce que ese canto por la noche? Por desgracia ella lo oía por última vez. Al mismo tiempo la invadió una gran tristeza al pensar que mañana estarían en el cielo la luna y las estrellas y que ella no las vería. Era horroroso, ese lecho, tan cercano, donde ella se dormiría para siempre. ¡Pero se sacudió esos cobardes lamentos! Se apresuró y ya percibía en las sombras la vieja choza en medio del campo, cuando una música de violín sonó en la lejanía. Se bailaba, allá a lo lejos, en el patio de una granja. Ella se detuvo. Escuchaba, turbada, radiante. Se decía que estaba muy cerca de esa granja; nada más que un vals,– un pequeño vals no dura mucho; sin duda no había nada peor que hacer esperar al ángel que sufría por ella, pero, en fin, tal vez la hora en la que debería morir no estuviese tan próxima como parecía...

IV

Después de un vals, fue otro vals y otro más... Antes de cada uno, «el último, pensaba Martina, luego mi iré a morir. » La música volvía a comenzar; la niña no tenía fuerza de voluntad para irse. Los remordimientos bailaban con ella. Sin embargo, cuando sonó la medianoche, reunió todo su valor. ¡No se quedaría un minuto más! ¡retomarí su lugar en el lecho mortuario! Cuando salía del baile, se encontró de frente

con un joven tan apuesto que ella jamás se había imaginado que pudiese existir algo semejante. Y no era un aldeano, ni uno de esos hidalgos de los castillos vecinos, sino el mismísimo rey que, regresando esa noche de una cacería en la que se había extraviado con algunos cortesanos, había hecho un alto ante la granja para ver como se divertían las gentes del campo. Ante el aspecto de Martina, él quedó obnubilado, – nunca había admirado en su Corte una princesa tan bella como esa chiquilla campesina, – y se volvió completamente pálido mientras ella se volvía completamente rosa. Tras un silencio en el que acabaron de prendarse uno del otro hasta un punto inimaginable, el rey no dudó en exclamar que su corazón había sido conquistado para siempre, que no tendría más mujer que a esa exquisita pastora. Ordenó que se acercase una carroza donde ella tomaría lugar para ir a la Corte. Por desgracia, Martina, deliciosamente emocionada, no pudo impedir subir al real vehículo; al mismo tiempo tenía el corazón encogido pensando en el ángel de la guarda que se moría en la choza, que tal vez ya había muerto.

V

Fue reina, tuvo maravillosos palacios, y las alegrías de las fiestas y la gloria de ser la más ilustre con el orgullo de ser la más bella. Pero lo que sobre todo lo que le encantaba, no eran los halagos de las chambelanes y embajadores, no era caminar sobre alfombras de seda y oro ni llevar vestidos estampados con todas las rosas y diamantes, no, era el amor siempre intenso, siempre creciente, que ardía por el rey en su pecho, que ardía en el pecho del rey por ella. Ambos experimentaban el uno por el otro semejante cariño. No existía en todo el amplio mundo nadie más que ellos. Los asuntos de Estado eran la menor de sus preocupaciones; no tenían otro deseo que se les permitiese adorarse en paz; y, bajo su reinado, no se hizo la guerra, de tal modo se ocupaban en hacer el amor. En medio de tal felicidad, ¿pensaba Martina en el celeste mensajero que había tomado su lugar por caridad pura? Rara vez. Su dicha no daba lugar a esa pena. Alguna vez, un remordimiento la asaltaba por no haber cumplido su promesa, pero pronto se deshacía de él diciéndose que Martina, en la choza, tal vez no estuviese tan enferma como parecía, y que al ángel había debido sanar. Además no se preocupaba demasiado de ese pasado tan oscuro, tan lejano, y no podía tener tristezas puesto que dormía bien todas las noches con la cabeza apoyada en el hombro de su regio esposo. Pero sucedió algo terrible: un día el rey desapareció para no aparecer más, y nadie pudo saber lo que le había sucedido.

VI

Desde que se encontró sola, desde que fue desdichada, Martina se acordó del ángel que la había esperado en vano. Cuando uno se lamenta, es proclive a tener piedad. Se reprochó amargamente haber condenado al tránsito al misericordioso inmortal, pues sin duda había dejado de existir hacía mucho tiempo, y, un día, habiéndose vestido con un traje de mendiga, con un vestido parecido al que llevase antaño, se encaminó hacia la choza en medio del campo. ¿Esperaba que todavía estaría a tiempo de retomar su lugar en el fatal lecho? ¡Oh! no, ella sabía muy bien que había cometido una falta irreparable; pero quería volver a ver, cual peregrina arrepentida, el lugar donde había sufrido aquél que se expuso por ella. La choza ya no eran más que escombros en la estéril llanura. Pidiendo información a los vecinos, que no la reconocieron, Martina supo que los habitantes de aquellas ruinas habían abandonado el país, tiempo atrás, tras la muerte de una querida hija; y no se sabía que camino habían tomado. En cuanto a la niña, estaba enterrada en el pequeño cementerio, en la ladera de la colina. Así que era cierto, el celeste sustituto había muerto a la hora en la que ella habría debido morir y había sido sepultado. Por lo menos iría a rezar sobre la tumba del ángel. Entró en el cementerio, se arrodilló ante una cruz baja donde se leía el nombre de Martina entre las altas hierbas floridas. ¡Que desgarros sufría su corazón! ¡Qué culpable se consideraba! ¡Con cuántas lágrimas imploraba la divina clemencia! Pero una voz le dijo, una voz tan dulce que, a pesar de su dolor, fue presa de una encantadora sensación auditiva:

–No estés triste, Martina; las cosas no han tomado tan mal cariz como te imaginas.

Al mismo tiempo veía, detrás de la cruz, elevarse una forma blanca, un tanto inmaterial, con unas alas.

La voz continuó:

– Soy tu ángel de la guarda, y todo está bien puesto que estás aquí. Apresúrate a tumbarte bajo esta piedra, y llevaré tu alma al paraíso, a fin de esposarte allí.

–¡Por desgracia, mi buen ángel, cuanto habéis debido sufrir por mi culpa muriendo, y cuanto habéis debido aburriros solo en esta tumba!

–¡Bueno! – dijo – yo dudé de que regresases enseguida y en consecuencia tomé mis precauciones. Una vana forma, bajo la sábana y sobre la almohada, engañó a tus padres; yo te seguí a través de las ramas; y, durante el tiempo en el que habría debido dormir en tu lugar en la tumba, bajo las altas hierbas floridas...

–¡Oh! ¿Durante ese tiempo, en qué lugar estuvisteis, ángel mío?

– Estuve en nuestro palacio real, mi reina, donde me amaste casi tanto como pronto me amarás en el Paraíso.

LA QUEMADURA

Es cierto que hoy las cosas, en este orden de ideas, no pasan como pasaban antaño; y cuando nos enamoramos de una mujer no es porque el dios Eros, emboscado tras una mata de rosales, nos ha lanzado una de sus flechas hermosamente emplumadas.

Tanto como el mundo dure – como dice la canción – continuaremos dejándonos engatusar por la belleza de las vírgenes, incluso sin intención de noviazgo, y por la belleza de las esposas, sean o no las nuestras; continuaremos ofreciéndoles, como regalos que se merecen, nuestras esperanzas y nuestras desesperaciones, nuestras miserias y nuestros goces, y la sonrisa de nuestros corazones destrozados. ¡Vosotras sois las eternas vencedoras de los sentidos y de las almas, cabelleras rubias o morenas, color del día o de la noche, pupilas oscuras o claras, labios que son la envidia de las rosas, y vuestras pequeñas manos y vuestros inefables pechos! Que sean aldeanas o reinas, que se cubran con harapos o se vistan de satén, que se bañen en el charco cerca de los cañaverales o en bañeras de cristal rosado cincelado, el hombre no reconoce más delicioso sueño que el de besar los pies desnudos que salen de los zuecos llenos de paja o de las zapatillas emperladas; no existe ninguna visión que valga más que la de una pierna gruesa y lisa salpicando gotitas entre las altas hierbas o sobre las alfombras hechas de toisones relucientes. Los poetas cantando sus poemas, no sueñan en la aclamación gloriosa de las multitudes, sino en la belleza húmeda de una niña que no le dirá que no; cuando los conquistadores franquean las fronteras es con la esperanza de encontrar, allá a lo lejos, más allá de montes y ríos, la ignota belleza que su pasión anhela. El hombre no tiene un pensamiento, ni un gesto, ni una acción que no tenga por finalidad la unión de dos corazones y el himeneo de dos bocas. Si es sublime, es porque ama, Si es infame, es porque ama. El genio de Dante tiene una causa que se llama Beatriz; la ignominia del cajero que roba y toma el tren de Bruselas o el buscador de fortunas que estrangula a una vieja, tiene por causa a Anatoline Mayer, la actriz de las Fantasías Parisinas, o Nini Bat-au-Pieu, de la Boule Noire. Ilustres, despreciados, jóvenes, viejos, ricos, pobres, no importa, somos la presa reconocida de las miradas y de los besos, ¡y no somos dignos de vivir, ¡oh, bien amados!, si no somos capaces de morir por vosotras! Pero debemos reconocer que el Arquero vencedor ya no acecha a los mortales; el amante más prendado ya no siente en él penetrar la flecha lanzada por un arco de oro, ni lleva en el corazón una herida invisible. Los dioses, a pesar de los poetas, están muertos. No quedan incluso ya las ruinas del templo en la isla de Cítère que se

llama Cerigo. Si descubris – lo que es imposible – un altar del dios Amor en algún antiguo bosque de mirtos y depositáis allí como ofrendas nidos de tórtolas, ramos de violetas y pasteles de miel y néctar, no será esa una razón para que vuestra amiga deje de ser cruel con vos, y no por ello deje de dar más citas bajo los árboles de Meudon a vuestro execrable rival. La inclemencia de las divinidades tiene por excusa la sordera de los muertos. Se proyecta una estación de ferrocarril al pie del monte Olimpo.

Sin embargo, no os creáis que el cazador Eros, por muy difunto que sea, no influya en absoluto en la derrota perpetua de nuestros corazones; todavía padecemos su crueldad póstuma; y al respecto os contaré en prosa una historia que he soñado en verso.

Ocurrió poco después del fatal día en el que una voz que procedía de las orillas anunció el fin de los dioses en el pavoroso mundo. Antes de partir para el exilio, Cipris vagaba por ultima vez por los bosques de Amatonte, con la cabeza inclinada, el peinado deshecho y las perlas de sus lágrimas mezclándose con el oro de sus cabellos. Así que era cierto: debería abandonar la residencia florida, cerca de las murmurantes olas. Ya no volvería a oír más los epitalamios que susurran por las noches, en el silencio perfumado, los nidos de las palomas y los besos de los amantes. La hiedra ocultaría el mármol de su templo con las puertas cerradas; los lagartos y las culebras se calentarían al sol sobre sus estatuas rotas, y en las avenidas de altos rosales no se verían más las lentas procesiones de las vírgenes cantando los himeneos. Los hombres, mirando el mar, no se acordarían ya de la mañana radiante en la que Anadiómena salió de las olas, más bella que una aurora tomando posesión de la tierra posando su talón desnudo en la arena. Ya no abrazará al salvaje Ares, sangriento por las batallas, invulnerable a cualquier otra herida que no sea la provocada por los pequeños dientes que besan y muerden. Ya no tendrá más el delicioso dolor de acariciar a Adonis tumbado en las hierbas rojas, y que llora, cual asesino arrepentido, al Jabali. ¡Estaba hecha de delicias y de glorias y ahora sería igual a las mujeres que le imploraron; y, tal vez, sería reducida un día, si alguna otra diosa surgiese de las ruinas de los templos, a hacerle votos y ofrendas.

Cuando se alejaba de la tierra en la que triunfó, vio a su hijo, el dios Amor, que dormía en un claro al pie de un árbol donde cantaban los pájaros, tenía cerca de él su arco de oro, y en la aljaba sus flechas. Cipris se sintió presa de una gran cólera.

–¡Ah!– dijo – si los dioses son expulsados de los bosques sagrados y de los Olimpos, si los mortales dejan de honrar a aquellos que los encantaron, es a ti, cruel niño, a quien hay que culpar. Has abusado de un modo terrible del poder que el destino te ha otorgado. Has sido cruel con la raza humana, cuya dicha era tu obligación. No te has limitado a unir las bocas, a entrelazar los brazos, a confundir los alientos; tu maldad en ninguna época no se ha contentado con las vírgenes sorprendidas en el desorden del sueño o con las ninfas con un pie en el agua tomadas y arrastradas por el furor de los faunos en celo. Has sido feroz e implacable. Por tu culpa mucha gente se ha degollado, las esposas, elevando el hacha, han precipitado el primer sueño en el lecho conyugal de los esposos hipócritamente atendidos; has vuelto locas a las hijas de los reyes por los toros monstruosos que pacen en las gargantas de los montes, vírgenes, en horribles himeneos, han compartido la cama de sus padres, y las madres, turbadas por tu celosa rabia, han degollado a sus hijas. A causa de tus estratagemas y de tus barbaridades, la tierra se ha convertido en un inmensa lecho de desenfreno, más rojo y más odioso que un campo de batalla, y hay sangre en todos los besos. Tanto, que al fin los hombres se han cansado de los crímenes que tu furor aconsejaba y se han horrorizado de sí mismos y de ti, Eros, y puesto que tú eras dios, han acabado por odiar a los dioses. Todos llevamos con nosotros la condena de tus despropósitos. Tu eres el criminal, nosotros las víctimas. Y en expiación de tus afrentas conoceremos la humillación del exilio en las

terrestres estancias, y yo ensuciare en el lodo de los caminos los flecos de mi vestido de oro, que tanto brillaba entre las estrellas!

Ella hablaba, iracunda, mientras él dormía bajo el canto de los pájaros.

Ella añadió:

– Al menos, no nos habrás perjudicado impunemente. Hurtaré tus flechas y tu arco, en lo que residía tu horroroso poder y del que tan orgulloso estabas, y los esconderé tan bien que nadie, ni hombre ni dios, lo encontrará jamás.

Ella se inclinó para tomar el arco y las flechas. Apenas pudo reprimir un grito. Había sentido en sus ojos, en sus labios, en la punta de sus senos desnudos, una quemadura, que se hacía cada vez más intensa. Era a causa de la llama que emanaba de las armas de Eros. A pesar de este sufrimiento no renunció a su proyecto. Tomó la aljaba repleta de flechas, tomó el arco y corrió hacia la orilla del mar.

– ¡Desapareced – gritó – ingenios formidables, por quienes perecieron tantos hombres, por quienes mueren los dioses!

Y los arrojó al mar profundo y rugiente donde se hundieron muy rápido al ser de hierro y oro. Ella triunfaba en su venganza. ¡Pero sentía en sus pezones, en sus labios, en sus ojos, en sus dedos que los había tocado, que se habían acercado a las fatales armas, una quemadura cada vez más ardiente, furiosa, inextinguible!

Ahora bien, a pesar del inmediato exilio, Cipris era diosa todavía, por haberlo sido. Toda la feminidad celeste y terrestre vivía en ella, como todos los rayos están en el sol; no podía ocurrirle nada, que al mismo tiempo, no le ocurriese a todas las mujeres. La quemadura que padecía las alcanzaba también a las demás en los dedos, en los ojos, en los labios, en los pezones. En vano las vírgenes, las esposas y las cortesanas intentaron apagar, en el frescor del agua y bajo el efecto de ungüentos perfumados, la invisible herida del fuego que ardía en las armas divinas. La quemadura persistía implacablemente y la fueron transmitiendo, de generación en generación, a sus hijas. Es por ello, – aunque Eros haya muerto hace mucho tiempo, – por lo que tenemos, débiles mortales, el corazón incendiado por las miradas de las jóvenes mujeres, por la rosa roja de sus boca y por las rosas rosadas de sus senos, y porque, con tan solo el roce de la punta de sus ligeros dedos, vagamos, día y noche, plenos de alegrías y de desdichas, ¡en busca de todos los goces y de todos los furores del amor!

LO MÁS URGENTE

Un bollo en la leche – un bollo de un centavo en un casi nada de leche – no se podía considerar un desayuno realmente copioso. Gerardine se contentó con tan poco. Tras comer las últimas migas y lamer el fondo de la taza con una lengua rosada, se sintió tan satisfecha como hubiese podido estarlo; menos todavía hubiese bastado a su apetito de pajarillo. ¡Bendita sobriedad! pues habría sido radicalmente imposible ofrecer a Gerardine una comida más sustanciosa. Desde que había abandonado el taller, de un modo definitivo, para pasar con su enamorado los siete domingos de la semana, el poco dinero que tenía se había esfumado por completo; cierto es que poseía una hucha en forma de tonel, pero lo que allí metía era el agua en la que se hundía el tallo de una rosa. El apartamento se componía de una sola habitación muy austeramente amueblada. Tal vez alguna vez había tenido cortinas en la ventana, un reloj de péndulo sobre la repisa de la chimenea y una cómoda frente a una cama baja muy estrecha; pero todo lo que se pudo vender había sido vendido; levantando la colcha de la cama, habrían visto ustedes un solitario colchón, sin sábanas; eso sí, había un espejo colgado de la pared, ya que una se resigna no sin mucha dificultad a no mirarse cuando a los dieciocho años se es muy bonita. El vestuario de Gerardine era destacable por la misma ausencia de lujo. Un albornoz de tela de mala calidad estampada de flores que podía pasar por un vestido a causa del cinturón estrechando la cintura, una cinta anudada cerca de la oreja entre el caos de los cabellos rizados, unos botines que, a falta de botones, hacían las veces de zapatillas, y nada más; los brazos, blancos y suaves, menudos, salían de unas mangas que no se remataban con encajes o batista. ¿Ni una camisa? No, por supuesto, ni una camisa. ¡Pobre criatura!, pensarán ustedes. Guarden su piedad para aquellas que no son jóvenes y que no son amadas. Gerardine no envidiaba nada a nadie, puesto que tenía esos frescos labios rosados donde la alegría del beso se duplica con la felicidad que proporcionan; habría sonreído siempre si no hubiese dormido alguna vez; incluso durmiendo sonreía a causa de las delicias que una boca, en la caricias de la noche, le había dejado sobre la suya. Yo no afirmo que Gerardine, si su amante se los hubiese podido dar, hubiese rechazado con estoicismo vestidos de seis mil francos que diseñan los costureros más renombrados; le habría resultado agradable, – teniendo además unos diamantes por ojos – llevar otros en las orejas; pero, puesto que amaba a Evaristo, un estudiante tan pobre como ella, no ocupaba su mente en tales sueños, encantada por más dulces realidades. Tan solo una cosa la molestaba: el colchón sin sábanas. Una no se

adapta con facilidad a acostarse sobre una tela rugosa cuando se tiene la piel delicada, lo que era el caso de Gerardine. Sin duda alguna, ante el sueño, verse envuelta por los queridos abrazos la preservaba a medias de las molestias posibles; y no siempre era sobre el colchón en el que ella se extendía radiante. Pero cuando ella había ahorrado, Evaristo no lo hacía; y realmente hubiese sido deseable que ninguna desagradable arruga turbase la deslizante placidez de los abandonos. Ustedes sonrían no sin algún desdén, diciéndose: «¡Bueno! ¡qué historia anticuada! ¿Es que todavía existen esas parejas de estudiante y obrerilla? ¿Apostamos que a través de la ventana sin cortinas, donde se cuelga a veces la falda de Frétilon, se ve florecer, bajo el tejadillo de la buhardilla, el jardín de Jenny la obrera? » Sí, lectoras demasiado refinadas, allí se ve florecer ese jardín cerca del cielo que trata en vano de deshonar el odioso Romance; y la risueña miseria de los veinte años amorosos, – a despecho de los espíritus morosos que niegan lo que ellos no experimentan, – se perpetúa a través de los tiempos, eterno como el regreso de las cigüeñas y el renacer floreciente de las primaveras.

Mientras Gerardine, de pie sobre una silla, con los brazos levantados fuera de las mangas colgantes, colocaba la taza vacía sobre una alta estantería, Evaristo entró muy alegre, y, con un jovial estallido de risa, dijo:

–¡No me saltes al cuello! ¡espera! primero tienes que adivinar lo que te traigo!

No saltarle al cuello era una penosa condición, pero ella se resignó. Era muy obediente, incluso durante el día.

–¿Y cómo quieres que lo sepa?

–¡Inténtalo!

–¿Yo que sé?... ¿Un ramo de flores?

–¡Bah! eso sería un regalo demasiado banal. Continúa intentándolo.

–¿Es algo que has encontrado?

–¡Encontrado!

–¡Hombre! tenías diez centavos cuando has salido.

–No importa. Es algo que he comprado. No ocurre todos los días que uno compra sin dinero.

–¿Te han hecho un préstamo?

–No se trata de eso. Se trata de adivinar lo que tengo aquí, bajo mi chaqueta.

–Nunca podré...

–¡Eh! bien – dijo el triunfante Evaristo, te traigo... un vestido. Me daba pena verte siempre con tu albornoz de algodón a flores. Se me ha metido en la cabeza que serías la mejor vestida, ya que eres la más bonita, y he encontrado a un vendedor que ha aceptado mi palabra y tú tendrás un vestido.

–¡Un vestido! – repitió Gerardine, obnubilada.

–¡Sí!

–¿De muselina?

–¡Mejor que eso!

–¿De Orleáns?

–¡Mejor que eso!

–¡Oh! ¿de terciopelo?

–¡Mejor que eso!

–¿De qué entonces? ¿de oro?

–¡De satén, de satén rojo!

Al mismo tiempo, con la chaqueta desabotonada, él mostró, desenvolviéndolo, un retal de satén rojo que relució a la luz que en pleno día entraba por la ventana, como una torrencial capa de rubís.

–¡Que hermoso!– exclamó Gerardine frotando las manos. –¡Qué bonito y que bien me sentará! En dos días el vestido estará hecho; lo estrenaré el domingo, en el Luxemburgo. ¡Ah! ¿y ahora ya puedo abrazarte?

Y el beso fue muy largo. Pero pocos besos le siguieron. Evaristo había prometido ir a ver a su tía en Champigny, anciana mujer, no rica, que les enviaba frutas alguna vez y debía mantener esa promesa. Desde que su amante hubo marchado: «Vamos allá, manos a la obra», se dijo Gerardine; luego con unas grandes tijeras en la mano, – unas tijeras pedidas prestadas a la portera cuyo marido era sastre – comenzó a cortar el satén, el magnífico satén rojo...

Al día siguiente, un poco después de la llegada de la noche, Evaristo regresaba del campo. Entró en la habitación que la lámpara ya iluminaba. Cosa singular, Gerardine no estaba vestida, o, al menos, no tenía el bello vestido nuevo. El albornoz de tela desgastada, con pequeñas flores, como de costumbre. Esto lo apenó. Ella no se había dado prisa en engalanarse con el regalo que él le había hecho. Se las prometía muy felices paseándola, espléndida, bajo las miradas atónitas de sus camaradas. Sin duda llegaba un poco tarde, pero el reluciente satén habría tenido más brillo sobre todo bajo la luz del gas a lo largo del bulevar Saint-Michel. Él estaba irritado y adoptó un aire frío, diciendo con tono indiferente:

–¡Ah! ¿todavía no estás lista? Vamos, date prisa.

Ella respondió sonriendo, un poco embarazada:

–¿Te hacía mucha ilusión verme puesto ese vestido?

–Claro, sin duda – dijo él.

–¡Ah! es que...– repuso ella.

–Es que...

–Es que no habría tenido tiempo de hacerlo en dos días, y he pensado que tú no me querrías si...

Él la miraba muy asombrado. Ella prorrumpió en carcajadas.

–¡Ah! fíjate, mira,– dijo ella,– ¡esto es lo que he hecho con tu regalo!

Con un solo movimiento levantó la colcha de la pequeña cama y las sabanas relucieron bajo la claridad de la lámpara, las sábanas de satén rojo, donde, con el albornoz rápidamente en caído, ella quedó completamente desnuda y blanca, más desnuda y blanca si cabe, a causa de la lisa tela roja, que tan suave será a la piel.

LOS AGUINALDOS DEVUELTOS

I

Era la víspera del día de Año Nuevo. Completamente alegres aún por ese buen vino de Tavel consejero de locuras que ellas habían bebido en el cabaret, – pues habían tenido el capricho de cenar en un reservado, juntas y solas, sin camareros, – Elena de Courtisols y la baronesa de Linège charlaban al fondo de una platea del pequeño teatro durante el segundo entreacto de la Revue. Como puede comprobarse se trataba de una escapada. Para que ésta fuese más completa, las dos mundanas huidas de los salones, donde se aburrían, ¿procuraron llevar las vestimentas correctas, casi grises, de matices suaves que recomienda el decoro? ¡en absoluto! vestidos vivos cuyos color divierten, con los brazos al desnudo saliendo de la estrecha manga que se detiene en el codo y un desorden de rizos rojos bajo el sombrero demasiado pequeño de donde parecía que iba a levantar el vuelo un pájaro de múltiples colores. Lo que las divertiría mucho hubiese sido que se las tomase por unas coquetas. La impertinencia de los anteojos las complacía al tratarse de una novedad. Nada más encantador que comprometerse apenas, cuando eso no compromete a nada, cuando se esta segura de regresar a tiempo a una mojigatería que en ese momento no se recuerda. Las gatas blancas conocen ese juego de adelantar la pata hacia el ruiseñor y retirarla muy rápido. De modo que las dos amigas estaban muy satisfechas con esa vaga emoción en el corazón, que refina el placer mediante el sentimiento de una poquita imprudencia; y había en su charla en voz baja, que se mezclaba con estallidos de risas, sin etiqueta, todo el encantador desorden de un salón donde se hacen confidencias.

–¿Los aguinaldos? – dijo la señora de Courtisols. ¡Ah!, sí, bolsos, cajas, copas de esmalte, joyeros, ramos de flores, y todas las figuritas de porcelana del mundo sobre las mesas, los sofás y también encima del piano. El año pasado, el salón estaba tan repleto que tuve que disponer de mi habitación a fin de ubicar los regalos, e incluso tuve que poner algunos bajo la almohada.

–¿Para acercarlos al altar?

–¡Vaya una idea loca! En el momento de dormirme, sentí algo duro que me rasgaba la piel.

–¡Oh! a mi, una simple arruga en la batista me produce un auténtico suplicio.

–Era una jarrita de plata cincelada. Me quedó la marca en la espalda durante ocho días, una marca un poco azulada y rosa.

–¿Que dijo el Sr. de Courtisols?

–¿De la marca?

–Sí.

– ¡Eh, querida! ¿Acaso se permite a los maridos mirar ahí? Además – añadió la bella charlatana mostrando sus dientes alineados – estoy segura que él hubiese preguntado por la jarrita.

–¿Quién te la había regalado?

–El Sr. de Marciac o el vizconde de Argelès, no lo sé exactamente.

Ambas no pudieron impedir echarse a reír, muy juntas una de la otra; sus bocas parecían dos rosas que se peleaban.

–Por añadidura, – continuó la señora de Courtisols,– los aguinaldos no me gustan demasiado. ¿No hay algo de humillante en recibir tantos regalos? Nunca podré admitir que se acepte sin devolver. Yo me he impuesto la regla, de la que no me desví en ningún caso, de dar siempre el equivalente de lo que he recibido.

– ¡Bueno! ¡Qué me dices!

–¡Es un principio! y hay principios a los que estoy especialmente aferrada.

–No lo dudo. Pero por lo que respecta a los aguinaldos debes verte a menudo muy comprometida. Si uno de tus pretendientes te envía una caja de confituras o de bombones tú no puedes ofrecerle a cambio bombones o confituras. Por cierto, ¿has devuelto la jarrita?

–¡Sí que eres curiosas! Además, no me comprendes del todo. He dicho: el equivalente, no he dicho: la misma cosa. Así pues, supongamos que el Sr. de Argelès me regala un cofre de cristal, lleno de violetas caramelizadas.

– Si, supongámoslo.

– El azúcar de esas violetas divierte a los labios con un fresco y delicado olor alterándolos dulcemente.

–¿Y que?

–Pues al día siguiente, yo tiendo al Sr. de Argelès una de mis pequeñas manos sin guantes, él la besa y nos despedimos.

–Comienzo a captar tu idea. Pero cuando recibes uno de esos maravillosos ramos de magnolias y de rosas de Irán, que esparcen por el salón todos los cálidos aromas de los invernaderos.

–Me inclino un poco complacientemente escotada, en una conversación durante un baile, hacia aquél que me ha enviado el ramo, ¡y te aseguro que me vuelve a deber los perfumes!

–Excelente. Sin embargo hay cosas que no deben ser resueltas tan fácilmente. No siempre se nos regalan caramelos o flores; y no me explico cómo puedes arreglártelas cuando te obsequian con un brazalete, pendientes o un collar de perlas por ejemplo.

–¡En ese último caso, nada más sencillo! A base de coqueterías y flirteos fingidos, doblego bajo mi capricho al pobre hombre que me ha querido echar un lazo de perlas al cuello, y el yugo que él lleva vale el equivalente del collar que me ha regalado.

–¡Ah! tienes respuesta para todo. Pero, dime, ¿esta regla singular a la que obedeces, no presenta ninguna excepción? Y, llegado el caso, ¿estarías resuelta a entregar?...

–Sí, pase lo que pase, y se me ofrezca lo que se me ofrezca – respondió con firmeza la señora de Courtisols – he hecho al respecto un gran juramento.

No acabó.

–¡Ah! ¡Dios mío! – gritó, estrechándose en el fondo de la platea; – allí, en las butacas de orquesta, muy cerca del palco, ¿no es el Sr. de Valensole? ¿Crees que nos ha escuchado?

II

Pero de la fútil conversación que acabo de contar, sería demasiado impertinente concluir que la señora de Courtisols fuese una persona poco seria, proclive a culpables concesiones. ¡Nada más lejos de la realidad! Se la consideraba entre las mundanas más estimadas, las más dedicadas a sus obligaciones; se había resistido de un modo absolutamente digno de elogio a las pretensiones de muchos sutiles y apasionados amantes; un poco atrevidos en sus intenciones, ella mantenía una conducta irreprochable; nadie ignoraba que, desde hacía cuatro largos meses, rechazaba todos los días al desesperado Sr. de Valensole, aunque él tuviese, como se dice, todo lo que hay que tener para gustar, e incluso le ofreciese oportunidades casi seguras de discreción y de misterio estando casado. Que ella no hubiese sido nunca afectada por las atenciones de este elegante caballero era algo que sería temerario afirmar; Conmovida o no, ella sabía mantener una fría actitud, y no una mirada demasiado languideciente, ni una sonrisa furtiva había denunciado lo que pasaba por su mente, admitiendo que en realidad algo pasase. Sin embargo, al día siguiente de la alegre escapada, ella no dejaba de estar un poco inquieta, cuando una criada le anunció al Sr. de Valensole; tal vez era posible que él hubiese prestado oídos a las locuras que ella había dicho a su amiga en la platea.

Apenas entró, el visitante se mostró completamente extraordinario. Se mostró tan violento en palabras y gestos que era algo que no se podría pensar del hombre moderado y cortés que era de ordinario; sin duda su paciencia había llegado al límite y no podía contener por más tiempo el exceso de su amor.

–¡Señora!–exclamó cayendo de rodillas – ¡solamente de vos procede mi desesperación, y de quien puede proceder la alegría! Sois la más cruel de las mujeres, al mismo tiempo que la más exquisita; odio vuestra barbarie tan intensamente como adoro vuestro encanto. pero, detestada y querida al mismo tiempo, ya no puedo soportar las angustias de las que soy víctima inocente. Es necesario que me asesinéis del todo o que vuestra clemencia me aconseje vivir. ¡Destrozadme, señora, o amadme! No saldré de aquí más que decidido a morir o a vivir de felicidad.

Y ese furioso amante no se limitaba a tan vehemente discurso. Con la cabeza en el alboroz de la señora de Courtisols, mordiendo los flecos de los encajes, besando al vuelo los dedos asustados, la estrechaba contra él con un abrazo brutal, mientras que su mano derecha, con una pasión no exenta de habilidad, hacia saltar uno a uno los botones de la ligera blusa. ¡De modo que la joven mujer profirió un grito de espanto! Sí, verdaderamente la desnudez de un poco de piel, entre el hombro y la parte superior del brazo, relucía, liso y rosado, en la claridad del salón.

Pero, tras un momento de turbación, – bien legítimo como se convendrá. – la señora de Courtisols volvió a ser dueña de sí misma. Sorprendida de entrada por ese brusco comportamiento, inquieta tal vez no estar tan colérica como debiese estarlo, no tardó en darse cuenta de la situación, en adoptar la actitud que convenía. ¿Por quién la tomaba ese impertinente? Hay que reconocer que si lo hubiese dejado seguir un instante más, él la hubiese desnudado enseguida, ¡en pleno día! Se levantó, roja de ira, – después de haberlo estado de pudor, –y, severa, al igual que una emperatriz ofendida:

–¡Salga, caballero! – dijo extendiendo un brazo.

Pero la manga recogida que dejaba el brazo al aire mitigaba un poco la dignidad del gesto.

Sin embargo él bajó la frente ante esa orden; y, al igual que un hombre a partir de ahora sin esperanzas, humilde, arrepentido, resignado, alcanzó la puerta con el aire de un condenado que camina hacia el cadalso.

La cruel mujer había detenido su impulso: él se sometía y no le quedaba más remedio que morir.

–¡Adiós! – murmuró.

E iba a salir cuando se dio la vuelta:

–Al menos, señora, permitiréis que antes de abandonaros para siempre, concluya el banal deber mundano que servía de pretexto a mi visita. ¡He aquí mi aguinaldo de fin de año!

Al mismo tiempo extraía de su bolsillo una adorable figurita de ninfa de marfil, preciosa, débil, completamente desnuda, y se la ofreció con cierta sorna.

–¡Ah! –exclamó Elena de Courtisols – habéis escuchado lo que dije en la platea.

Él continuaba ofreciendo la desnuda figurita. La señora de Courtisols miraba, pensaba, vacilaba, no sabía que decisión tomar; luego, de repente, con una risa loca, dijo:

– ¡Bueno, que diablos! – dijo ella – ¡no me desdigo!

EL ASESINO

Es cierto, me dijo el melancólico y enclenque anciano, con la cabeza balanceándose y guiñando unos ojos que lagrimeaban, es cierto, a uno debe parecerle extraño que yo me encuentre tan triste con aspecto de no interesarme en nada. Tengo todo lo que es necesario para ser feliz a mi edad: unas pequeñas rentas, una bonita casa en las afueras de ladrillos rosas, y, detrás de la casa, un jardín donde podría cultivar flores. Me quedan viejos amigos que no les gustaría más que cualquier otra cosa venir a cenar conmigo una vez a la semana; en los postres, vaciaríamos una botella de vino de Anjou, y estaríamos alegres como un estribillo de esas canciones que ya no se cantan en la actualidad. Sería una buena vida, muy tranquila, muy dulce, regular, a pequeños y contados pasos sin temor a llegar demasiado rápido. ¡Ah! señor, no está hecho para mí, la paz, el buen humor, donde se arrincona el egoísmo de los demás viejos. Yo me preocupo poco de las rosas de mi huerto; me destrozaría el corazón ver gente reír a mi mesa y hace dos años que duermo mal en mi cama de plumas.

– Si, lo he sabido – lo dije yo – usted ha experimentado un gran pesar hace dos años cuando su esposa murió.

Él se fundió en lágrimas.

– No sabe usted todo.

Y añadió entre sollozos:

– Usted sabe que mi esposa ha muerto, pero ignora que ¡yo la he matado!

Yo di un paso hacia atrás. Él no lo vio o fingió no ver ese movimiento de repulsa.

– ¡Por desgracia no soy solamente un viudo, soy también un asesino!

Y me contó su historia.

«Aunque ambos teníamos nuestros años, Benedicta y yo nos amábamos tan tiernamente que incluso podría provocar hilaridad. Los jóvenes de hoy en día no comprenderían este cariño prolongado que no alterarían ni las arrugas ni las canas. El haber envejecido juntos hacía que no pensásemos en la vejez; el lento transcurrir de nuestra decadencia se nos había escapado precisamente a causa de nuestra atención común; de igual modo que no se percibe el crecimiento de una hierba que no se deja de mirar. Y la simultaneidad de nuestros envejecimientos no nos permitía observarlos, ella el mío y yo el suyo; las telas de los muebles antiguos no parecen pasados de moda en una habitación donde llega la noche. Nosotros nos amábamos, pareja sexagenaria, con

los ardores y las chiquilladas de los dieciséis años de antaño: nuestro largo himeneo era una prolongación de nuestro noviazgo; jamás habíamos podido acostumbrarnos a tutearnos ante el mundo. Si llegaba a la pequeña ciudad uno de esos vendedores parisinos que muestran unas telas y vestidos de moda, yo no dejaba nunca de ir hacer alguna compra para Benedicta; cuando regresaba a casa, con las manos cargadas con un paquete, los vecinos decían: «Aquí llega el Sr. Jacquélet que trae un regalo de bodas a su esposa.» Y sí, un regalo de bodas. Y era alguna pañoleta azul o rosa, porque el rosa y el azul liban bien con sus cabellos rubios, que ya eran blancos. Como siempre habíamos conservado, de nuestra juventud campesina, la costumbre de madrugar, se nos encontraba cada día, antes de la misa de las siete, por los pequeños caminos alrededor de los parques de los castillos, o a lo largo del río, bajo los sauces; nos tomábamos de la mano, un poco lejos uno del otro, con ese movimiento de brazos que tienen los prometidos, y que parecen esbozar los acercamientos futuros; Benedicta se escapaba algunas veces, con aires saltarines, haciendo surgir nuestros reumatismos, para recoger margaritas que deshojaba para saber si yo la amaría siempre. ¡Ah! el siempre de antaño nos era un buen garante del siempre de mañana. Sin embargo, la opinión de una flor, como apoyo, no nos parecía inútil. Así de ridículos éramos, pero felices. Pero entonces, yo no me di cuenta de todo lo que había de pueril y de loco en nuestras anticuadas alegrías; El Sr. y la Sra. Denis hacían el rol de «Pablo y Virginia»; tenían buenas razones para sonreír y señalarnos con el dedo. Nosotros lo permitíamos. Estábamos demasiado contentos para ocuparnos de otra cosa. Y algo ocurrió cuando yo sentía colmada mi felicidad.

«Benedicta enfermó.» El médico me confesó que era grave. Me dijo el nombre de la enfermedad, que no quiero recordar. Mi sorpresa fue igual a mi desesperación. ¡Una enfermedad mortal! Estaba tan satisfecho de la vida que jamás había pensado en la muerte. Además, éramos demasiado jóvenes. Pero hete aquí que un cruel azar me devolvía a la realidad, me obligaba a pensar en el dolor, en la vejez, en las separaciones, en el cementerio. ¡Qué! ¿Podía suceder? ¿ella se moría mientras yo seguía viviendo? Tendría días de soledad en esta habitación donde la había conducido, completamente sonrosada bajo el velo de los bodas, de las noches de soledad en esta alcoba donde comenzó un sueño del que me despertaba por primera vez; y esa cama, que había sido nupcial, sería mortuoria? No quería creer en la posibilidad de un desastre tal; no creía en ello; era con sonrisas sinceras como yo afrontaba la convalecencia próxima de mi querida esposa, un poco pálida, – ella había estado así, me parecía, cuando era joven, durante no sé que fiebres, – mi querida esposa sentada en un gran sofá, cerca de la ventana entreabierta, por donde entraba el sol que tanto placer le daba. Pero ocurrió algo espantoso. El mal de Benedicta se complicó con agudos dolores intolerables. Verla retorcerse convulsamente, oír sus estertores como bajo una mano que la estrangulaba, era más de lo que podía soportar. El médico había encargado una poción que, tomada cada hora a cucharadas, calmaba los dolores; era una droga peligrosa, mortal para quien la hubiese bebido en grandes dosis, un veneno auténtico; estaba especificado en el prospecto que era necesario usarla con gran precaución. Yo temblaba con todo mi cuerpo cuando, persuadido por las suplicas de Benedicta, llevaba a su boca la cuchara llena, que ella sorbía golosamente en su deseo de paz y de sueño. Y la enfermedad se agravaba más cada día. Su esposa «está en un estado terminal», me dijo el médico, una noche que yo lo acompañaba hasta la puerta. Corrí al telégrafo y envié un despacho a un doctor de París, a un médico ilustre, cuyo nombre me había venido a la memoria. Cuando regrese a casa, Benedicta estaba moribunda.

«¡Fueron dos días espantosos y dos espantosas noches! Benedicta en la cama, – ¡Oh!, en esa cama, – gemía y aullaba, con las uñas rasgando en el lugar del pecho donde

la desgarraba el buitre del mal interior; y se arrancaba la carne. ¡Yo le tomaba los brazos! ¡Besaba sus uñas sangrantes! Pensé que sólo una madre que ha visto morir al último de sus hijos puede hacerse una idea de las angustias que yo padecí durante esos abominables momentos. Era presa de tales angustias, que el deseo, completamente natural, de estar en su lugar, de sufrir esa agonía en su lugar, no podía incluso venirme; pues viéndome sufrir tanto como ella sufría, hubiese padecido cien veces más, ¡Oh, cien veces, más la pobre! A cada instante yo enviaba a buscar al médico a la ciudad; él decía: «Es inútil que vaya. No hay ninguna esperanza. Todo ha acabado.» A mi último mensaje, respondió: «Déjeme tranquilo. No tengo nada que hacer. La señora Jacquelet está muerta.» Así que ya no me quedaba ninguna ilusión. Era cierto. Era cierto. Benedicta iba a morir. Morir, en dos horas, o en una hora, antes de que el reloj hubiese sonado; y, desgarrado, torturado, impotente, miraba a mi esposa corroerse y brincar sobre la cama que crujía. De repente se levantó, se incorporó, y me dijo, azorada: «¡Me duele! ¡Me duele! Ya no puedo soportar más este dolor... Tengo trozos de carbón encendido en el corazón y en el pecho... Quiero morir, me duele mucho... Esto me muerde y me devora... ¡Oh! te lo ruego, puesto que voy a morir, puesto que estoy muerta, dame...¡Ah!..dame, dame...» Ella indicaba con la mirada, la mano y todo el cuerpo que se inclinaba, la pequeña botella sobre la mesilla de noche, la botellita que contenía el licor mortal que a menudo la había calmado. Se lo pregunto ¿Qué habría hecho usted? ¿Que habría hecho usted en mi lugar? Ella sufría demasiado, en fin. Yo no podía verla sufrir por más tiempo. Tomé el frasco, temblando, y lo aproximé a la boca moribunda, que lo tomó furiosamente, y que bebió, bebió hasta vaciarlo completamente. Luego Benedicta cayó sobre la almohada, tras un brusco estertor, y yo mantuve mucho tiempo sus mano todavía tibia entre las mías y que se fue enfriando poco a poco. Al día siguiente, por la noche, mientras velaba a la difunta, un coche se detuvo ante la casa. «Señor, dijo la sirvienta; es el médico de París, a quien usted ha enviado un telegrama.» Entró. Observó el cadáver con mucha atención, volviéndolo, girándolo, palpándolo. Luego se informó del tratamiento que se había hecho seguir a la enferma. La sirvienta señaló el frasco vacío sobre la mesilla de noche. Él tomó la botellita, la llevó a su nariz y preguntó: «¿Entera, de una sola vez?» Yo me estremecí. Estaba de pie. Un espantoso pensamiento me atravesaba la mente. «Sí, toda entera. Benedicta lo exigió» murmuraba yo bajando la cabeza. Él dijo: «¿Quién es el imbécil que le ha hecho beber esto?» Y añadió: «Había una operación que hacer, muy fácil. Si se hubiese esperado yo habría salvado a esta mujer.»

JEANNE EN FLOR

I

Era tan bonita y tan joven, tenía en el rostro unos matices tan tiernamente sonrosados y emanaban de ella unos aromas tan frescos y delicados, parecidos a los que tendría la nieve perfumada, que cuando se la rozaba, incluso en pleno invierno, en la calle o sobre la carretera, uno tenía la impresión de pasar al lado de un mes de abril.

Sin embargo Jeanne tenía el aire soñador, casi melancólico, una mañana que se paseaba por el lindero del bosque, donde el sol dora los musgos entre los ligeros tallos que producen unas sombras temblorosas. Entristecida al verla apenada, una pequeña hada, vestida de satén lila, con la cabeza no más grande que una perla, cubierta con un gorro cónico de plata, salió de debajo de una hoja y dijo con la voz de un grillo que hubiese aprendido a hablar:

– ¡Eh! Jeanne, chiquilla, ¿por qué estás tan pensativa? Yo te he dado todo lo que las muchachas envidian; cabellos color de maíz, ojos color de la malva, unas mejillas que hacen pensar en leche donde se habría diluido una fresa, y el caminar ligero de un pajarillo que camina, y la alegría finalmente de escuchar a los hombres jóvenes, desde que tú estás presente, murmurar extasiándose: «¡Ah! lo que daría por ser su esposo!» En verdad no puedo explicarme el origen de tus preocupaciones.

Sin responder, Jeanne suspiró.

– ¿Tal vez sucede – dijo la buena hadita – que vestida de paño marrón, hayas visto en las tiendas de la ciudad unos terciopelos y telas con las que estarías contenta de estar engalanada; y quisieras cambiar los zuecos un poco duros para tus pies desnudos por unos zapatos de satén adornados con grandes hebillas doradas?

Jeanne suspiró otra vez.

– ¿Estás cansada de comer con tu pan moreno las moras de los matorrales que tiñen de negro los labios; tu fantasía te ha impelido a degustar la fina pastelería hecha de crema y de miel que se sirve a los postres en las mesas de los ricos?

– ¡Ah! ¡qué ambiciosa eres, hija mía! ¿En lugar de tener por padre y madre a un leñador que recogen las gavillas en los bosques, te gustaría ser la hija de un poderoso monarca, cumplimentada de la mañana a la noche por veinte damas de honor y bailando con el príncipe de Visapour o el emperador de Golconde, en salones con paredes incrustadas de piedras preciosas?

–Entonces Jeanne, enardeciéndose, dijo:

–No, madrina. Pero jamás he podido ver una flor, – las flores son tan bonitas, – sin sentirme celosa, y quisiera ser una violeta del bosque.

La hadita no era una persona que le gustase contrariar a nadie; pensaba que, cuando se ama a las personas lo mejor es complacerlas enseguida sin objetar nada a los deseos que éstas formulen.

–¡Que tu deseo sea realizado! – dijo.

Y Jeanne fue una violeta en los musgos dorados por el sol, bajo los ligeros tallos que forman las sombras temblorosas.

II

Era tan suavemente olorosa que incluso buscando mucho no hubiese sido posible encontrar una violeta semejante. Ella se ocultaba lo mejor que podía al pie de un árbol, entre dos fresales, pero no podía impedir que su perfume se esparciese por el aire, y todo el día tenía a su alrededor disputas de mariposas y abejas apasionadas.

Sin embargo no parecía satisfecha; se inclinaba, languideciente, sobre su frágil ramita; las gotas de rocío de las que estaba mojada por la mañana tenían aspecto de pequeñas lágrimas. Entristecida por verla apenada, el hada de vestido de satén lila salió detrás de una brizna de hierba y dijo con su voz de grillo charlatán:

–¡Eh! violeta, hija mía, ¿por qué estás apenada? ¿No tienes lo que querías? ¿Acaso no eres más encantadora que todas tus hermanas del bosque? En verdad no puedo explicarme de donde proceden tus preocupaciones.

La violeta suspiró como suspiran las flores.

–¿Será quizás – dijo la buena hada – que te acomodes mal a permanecer acurrucada en la oscuridad siempre; y te gustaría expandirte libremente al esplendor del sol?

La violeta suspiró una vez más.

–¿Estás harta del cortejo que forman las mariposas y las abejas; tu fantasía te ha hecho querer ser rozada por los enamorados de rodillas, que, bajo el pretexto de buscar flores, entrelazan sus dedos bajo los musgos?

La violeta no dejaba de suspirar.

–¡Ah! ¡qué ambiciosa eres, hija mía! ¿En lugar de vegetar al pie de un árbol donde el zueco de un campesino podría aplastarte, te gustaría que se te admirase entre el estadillo y alegría de una fiesta, en una de esos magníficos jarrones chinos donde están pintados genios con barba dorada y emperatrices en cuclillas con vestidos de gasa y satén escarlata?

Entonces la violeta, atreviéndose, dijo:

–No, madrina. Pero ahora me parece que la violeta es una flor un poco triste con su color oscuro y su perfume, en definitiva deja mucho que desear. Recuerdo haber cogido en un parterre un jacinto fresco abierto cuyo color era el más bonito que pueda imaginarse; me gustaría ser un jacinto de los jardines.

–No veo inconveniente – dijo el hada.

Y Jeanne fue un jacinto en el soleado parterre, entre unos arriates de boj.

III

Pero siguió sin estar satisfecha. Tras ser jacinto, quiso ser una peonía; el color de los jacintos pronto le desagradó. Tras ser peonía quiso ser un lis; encontraba a las

peonías demasiado rojas. Siendo lis quiso ser una rosa; juzgaba a los lis demasiado blancos. ¡Y no se mostró contenta incluso cuando fue una rosa!

–¡Eh! rosa, hija mía – dijo el hada de gorrito plateado, ¿qué es lo que te entristece? ¿No han sido cumplidos siempre tus deseos? ¿No eres tan fresca, tan deliciosamente olorosa como todas tus hermanas del parterre? En verdad no me puedo explicar lo que te provoca tanta inquietud.

Tras haber suspirado, Jeanne respondió:

– Me gustaría ser una flor tan exquisita como no exista jamás una igual, una flor más adorable que las violetas, los jacintos, las peonías, los lis y que las propias rosas, – ¡una flor más bonita que todas las flores!

–¡Bueno! ¡lo hubieses dicho antes! – replicó la buena hada riendo.

¿Y entonces qué ocurrió? Aconteció que, bajo un pase de varita mágica, Jeanne se convirtió en sí misma, – Jeanne, tan bonita y tan joven, tenía en el rostro unos matices tan tiernamente sonrosados y provenían de ella unos aromas tan frescos y delicados, parecidos a los que tendría la nieve perfumada, que cuando uno se cruzaba con ella, incluso en pleno invierno, en la calle o en el camino, se tenía la impresión de pasar al lado de un mes de abril. Habiéndose mirado en el arroyo cercano, no tuvo más remedio que reconocer que había cometido un error queriéndose transformar; ¡y no deseó otra cosa que ser tomada!

EL AGUA QUE RÍE

I

En aquella época en Alemania no se hablaba de otra cosa que de una ondina que tenía una malísima reputación. En realidad la merecía, siendo como era la causa de la muerte de un gran número de hombres jóvenes. Cantaba unas melodías tan dulces, decía unas palabras tan cálidas, tendía unos brazos tan blancos, tan prometedores de deliciosas caricias entre los cañaverales, que ningún mortal podía resistírsele; incluso los más ariscos no tardaban en seguirla enloquecidos de deseo a las profundidades del lago de donde ya no regresaban; y por la noche, entre los rumores del agua y el rozamiento de las lianas, su cruel risa burlona. De ahí la desesperación entre los habitantes de los pueblos vecinos; madres que lloraban a sus hijos, novias que lloraban a sus novios; todo el mundo maldecía a la despiadada seductora. Pero el que más la detestaba era un cazador de lobos llamado Gerbert. Feroz como los animales a los que le gustaba matar, recreándose en la matanza, mostrando con orgullo sus brazos rojos que hundía hasta el codo con delicia en el cuerpo de las bestias con el vientre abierto, no experimentaba ningún tipo de sentimiento de ternura ni hacia el hombre ni a la mujer que lo habían engendrado, ni hacia sus hermanas, pobres chiquillas que se atemorizaban ante él; jamás imitó a aquellos que se levantan al amanecer para depositar un ramo de flores en el alfeizar de una ventana en la que, al despertar, una niña conmovida sonreiría al verlas. Sin embargo había querido, con una amistad apasionada a uno de sus compañeros de caza, audaz y fuerte como él, y ese compañero, ese amigo fraterno, había sido arrastrado por la ondina hacia las profundas aguas, lo había tomado para no devolverlo. A partir de ese momento Gerbert se vio invadido por un terrible deseo de venganza; uno se estremecía cuando éste hablaba de los suplicios que infligiría a la embaucadora; la tomaría por los cabellos, la arrastraría por las piedras y las zarzas, la extendería desnuda encima de una roca; allí, con dientes y uñas, la desgarraría, se regocijaría con sus gritos y la sangre que fluyese, y, por último, elevando y besando su hacha, – una hacha enorme, viva como un rayo y brutal como el impacto de un trueno – descuartizaría su cuerpo en más de veinte trozos sanguinolentos. La ondina, sabedora de los proyectos de su enemigo, – pues los genios tienen medios de informarse ajenos a las demás personas – no dejaba de sentir alguna preocupación; ahora tenía mucho cuidado de no nadar demasiado cerca de las orillas donde Gerbert merodeaba últimamente tan

frecuentemente como le permitía su oficio de cazador; con él no había intentado utilizar el poder de sus dulces canciones, de sus tiernas palabras, de sus brazos acariciadores, pálidos a la luz de la luna o sonrosados al alba. Incluso, desde que lo percibía, horrible, desenfrenado, acechándola, se apresuraba a hundirse en el misterioso abismo a donde nadie podía seguirla sin morir. Allí se sentía tranquila y se burlaba de la cólera de Gerbert al que miraba a través del cristalino líquido. Se producía sin embargo en un punto concreto del lago un leve estremecimiento; era la respiración de la ondina que salía a la superficie en forma burbujas de aire, viniendo a mostrar su risa en la superficie del agua.

II

Una noche, muy lejos de la orilla, ella nadaba, con sus cabellos flotando tras ella semejantes a algas doradas, sobre la nieve de sus hombros y sobre el lago azulado. Era a comienzos del invierno cuando el agua enfriaba ya; pero las ondinas no temen el abrazo demasiado fresco; son como los peces que no diferencian julio de diciembre. Nadaba en la fluida caricia, lentamente, deliciosamente, envuelta de besos que se deslizaban por su piel. Tal era su feliz languidez, tal era su olvido de todo en la soledad y el silencio que, poco a poco, se quedó dormida. ¿Por qué no? ¿Qué podía temer a esa distancia de las orillas? y sus ojos se habían cerrado como se cerrarían unas flores marinas. Apenas moviéndose, era una forma blanca, tenue, en las sombras. De repente se despertó sintiendo un abrazo más rudo que le hacía daño. Quiso desprenderse, huir. Imposible. Una fuerza la atenazaba, la constreñía por completo; solamente uno de sus brazos y su cabeza no estaban aprisionados; el resto de su cuerpo estaba inmovilizado como en una funda. Durante su sueño, tal vez demasiado largo, había ocurrido algo completamente imprevisto! El frío se había vuelto bruscamente tan intenso que el lago se había congelado; la ondina estaba prisionera en el hielo.

Pueden pensar en los esfuerzos que hizo, por desgracia en vano, para evadirse de esta estrecha jaula; pero no e podrían ustedes imaginar su miedo. No podría regresar antes de la primavera al encantador hábitat de sus hermanas, en el fondo del lago; aún consiguiendo romper la fría envoltura, no le quedaría más remedio que vagar por la tierra hasta el regreso de los cálidos soles; ¿qué haría sola, desnuda, sobre la dura superficie del lago, o entre los árboles despojados y atormentados por el frío viento? Llamar en su auxilio, pedir que se rompiese el hielo encima de ella, en torno a ella, que se cavase un agujero por el cual pudiese hundirse y huir, fue un pensamiento que duró un instante. ¿Quién la oiría en la solitaria noche? Además si viniese alguien, tal vez fuese ese temible Gerbert con su enorme hacha en la mano. ¡Ah!, estaba perdida. Lloraba casi tantas lágrimas como había hecho derramar, y, cuando sollozaba, su cabeza al sacudirse le producía un gran daño porque sus largos cabellos, semejantes a algas, estaban presos en el hielo.

III

Vio a su lado una forma humana que permanecía de pie y levantaba algo oscuro y brillante. Por muy oscura que fuese la noche, reconoció, adivinó a Gerbert con su hacha. «¡Bien! ¡tanto mejor!, dijo. Moriré enseguida, sufriré menos tiempo. Vamos, véngate, véngate sin demora. Es cierto, he atraído a tu compañero de caza mediante mis más irresistibles canciones; él se inclinó hacia el agua y lo tomé en mis brazos; y no creo que a cambio de su vida le haya dado la gran felicidad que le ofrecía. No, miento cuando prometo a los hombres una eternidad de amor en el maravilloso palacio de estalactitas

diamantinas. Apenas han tocado mis labios y sentido bajo su pecho el frescor de mis senos, ellos son envueltos por el agua traidora que los arrastra, los asfixia y los mata; ¡no me da tiempo a devolverles sus besos! Vamos, véngate. El más terrible suplicio me será más dulce que el horror de estar prisionera en esta vaina de hielo o de vivir exiliada entre los hombres. ¿Qué te detiene? ¿A qué esperas? ¿Por qué no me golpeas de una vez? » Gerbert respondió: «Mi venganza no sería completa si no te viese sufrir; espero a que la luna salga de detrás de esa nube.» Ella volvió la frente y pudo comprobar como la claridad iba a surgir pronto; no tardaría en morir. Cerró los ojos, resignada.

IV

Pero a veces sentía en todo su cuerpo, a través del hielo quebrado, una sensación violenta, brutal, que la oprimía, y unos besos, sí, unos besos, – ¡ella esperaba mordeduras! – que le acariciaban la frente, los ojos, la boca. Al mismo tiempo, unas palabras furiosas y tiernas se producían a su alrededor como un vuelo de pájaros que se posasen todos sobre una sola rama. ¡Ah! Gerbert había cometido un error queriendo esperar a que la luna hubiese emergido de las nubes para llevar a cabo su venganza. Había visto el rostro expandido como una gran rosa blanca, y los largos cabellos dorados, y los rojos labios abiertos; había visto, bajo la transparencia del hielo, los menudos y frescos senos, las níveas caderas, la longitud de sus piernas; y ahora, prendado, encantado y vencido, la furia de su esfuerzo hacia la adorable seductora se manifestaba tan ardientemente que el hielo, alrededor de ellos, bajo ellos, se desmoronó con un crujido de cristal. Se hundieron en el agua fría, hacia las misteriosas profundidades del lago; él descendió con ella en el agua traidora que envuelve, que ahoga. Cuando hubieron desaparecido, en un punto concreto del lago, entre los témpanos dispersos, se produjo un ligero movimiento; era la respiración de la ondina que salía a la superficie en forma burbujas de aire, viniendo a mostrar su risa en la superficie del agua.

NOEMIA

I

Cuando Noemia tuvo cinco años la hicieron partir sola en tren, no sin antes haberla encomendado a las ancianas que viajaban en el vagón de las damas, hacia la lejana y pequeña ciudad de provincias en la que vivía su abuela, una viuda más o menos pobre, de más de sesenta años. La chiquilla estaría mejor allí que en París donde los apartamentos son estrechos, donde el aire no es saludable para los niños. Además comería todos los días, no importaba si bien o mal, pero al menos comería; más adelante se la haría regresar, cuando vinieran mejores tiempos. El padre y la madre de Noemia eran una de esas parejas parisinas bien puestas, a veces elegantes, que los infortunios han desviado de los cauces regulares, sin medios de existencia, con oficios eventuales según se presentase la ocasión, que han olvidado de donde proceden, y, sin saber a donde van, actúan y se vuelcan, con la esperanza siempre decepcionada y siempre renovada de que lo conseguirán. ¿Cuándo? Mañana. Mañana, desde luego, podrán descansar de los grandes esfuerzos en los que su actividad se dispersa, de no deber más ni a Dios ni al diablo, de no estremecerse a los sonidos del timbre, y ser igual a los burgueses, ahorrar, cenar a la hora en la que todo el mundo cena y dormir en paz. Llega mañana, al igual que los días anteriores; no pierden el valor, manteniendo el aliento por la necesidad, no teniendo tiempo para desesperarse. De la mañana a la noche el hombre corre a un lado, la mujer del otro, ¿buscando qué? Lo ignoran, – lo que encuentren; si se encuentran durante esa persecución encarnizada a lo desconocido se preguntan con una mirada a la que responden con un alzamiento de hombros y continúan la búsqueda; regresan tarde, – cuando regresan, – no se esperan para cenar de pie, en la esquina de la mesa sin mantel, algo que ha sobrado en un plato; luego vuelven a salir, él en traje negro, ella en vestido de noche, –esas vestimentas mundanas, jamás las empeñan en el Monte de Piedad, como un obrero no vendería sus herramientas, – pues tal vez los espere la ocasión en los salones de algún teatro o en uno de esos salones no clasificados donde se mezclan señoritas pobres, feas, con la nariz de judío, profesoras en el Conservatorio, hombres serios, condecorados con extrañas cintas, afiliados a las agencias matrimoniales, y esas mujeres de letras que escriben las reseñas de moda en los periódicos de anuncios. Además hablan alto, ríen, tienen espíritu, son jóvenes, están alertas y alegres, – ¡y espantosamente tristes, los miserables! A veces suele acontecer el

nacimiento de un hijo. Entonces, se asombran. No están casados, – bien que un matrimonio anterior del amante o de la amante se haya opuesto a su unión legítima, bien que no hayan dispuesto todavía de todo el dinero necesario para la ceremonia nupcial, o bien porque se desprecian el uno al otro y que hubiesen querido conservar, en su infierno común, una posibilidad de evasión de la que nunca hicieron uso, – no casados, fuera de las costumbres comunes, sintiéndose excepcionales, este nacimiento, cosa normal, les parece absurda, contradictoria a su propia anormalidad. Diferentes de casi todos los demás en el orden social, les hubiese parecido lógico serlo también en el orden natural. Enseguida se contrarían. ¿Que hacer con ese hijo en su vida turbada y vacilante? Se abre una posibilidad: llevarla al campo. Pero, un día, después de muchos meses impagados, la campesina trae de vuelta a la criatura, enfermiza, delgada, con costras en los labios, lloroso, chillón; ellos lo miran agitando sus brazos y retorciendo su lengua en la mesa del comedor. Suceden días espantosos. Cuando tienen una criada, – en las raras semanas de suerte, – se sacan de encima el problema como pueden; la pequeña criatura, alimentada con biberón, queda de la mañana a la noche en una alta silla de la cocina, al lado del horno, más o menos vigilada; pero no pueden pagar por más tiempo los compromisos contraídos, a los criados que se van muy rápido. ¿Qué será del niño mientras los padres persiguen la inalcanzable oportunidad? La portera, mal retribuida, no siempre consiente en tomarlo a su cuidado. Incluso cuando ha crecido, incluso cuando comienza a caminar y a hablar, ellos, siempre ausentes, llevan consigo, entre sus inquietudes y preocupaciones, entre sus alegrías también, el reproche, el remordimiento de su aislamiento tras ellos; y las noches en las que se retrasan fuera del domicilio, el niño, mal acostado en la sala de baño, entre faldones sobre cuatro sillas alineadas, se despierta y grita despiadadamente, como esos pequeños perros de compañía de coquetas noctámbulas, que, dejados solos en el salón, ladran y lloran hasta el amanecer.

II

La abuela, envarada y seca, de aspecto duro,– sugiriendo la idea de un alto poste plantado en tierra donde se enrosca el verde lúpulo, y que queda de pie después de que desaparecen las flores y las hojas – acogió sin placer a la pequeña Noemia. No hubiese sido capaz de experimentar ternura por esta hija de su hija, casi olvidada, la que no había visto hacía diez años, que había marchado, antaño, con no importa quien, un parisino que pasó por la ciudad regresando de los Pirineos. Advertida con algunos días de adelanto de esta llegada, ella no hubiese dejado de responder que pretendía vivir sola; pero, por prudencia, no lo había escrito más que pocas horas antes de la partida de la niña; su repulsa hubiese quedado sin efecto; y, ahora, Noemia estaba allí, esperando no sabía bien qué, sobre el andén de la pequeña estación. «Vamos, ven» dijo la anciana dama tomándola de la mano. Atravesaron una gran plaza, caminaron una avenida solitaria bajo grandes plátanos. No hablaban; la abuela, con la cabeza erguida, caminando a grandes zancadas, muy firme, la pequeña trotando. Noemia, con cinco años y el alma todavía adormecida, no se daba cuenta de lo que ocurría; incluso no lloraba; se dejaba hacer con la pasividad de un animal con correa. El asombro del viaje, la sacudida de la novedad confundía lo poco que tenía de pensamiento; apenas se acordaba, en ese momento, de su padre, de su madre y de todo su corto pasado; salía de algo olvidado, para entrar en algo desconocido. ¿Tenía miedo? No, a causa de la inconsciencia. Solamente tenía frío aunque hiciese sol. En cuanto a la anciana, estaba completamente decidida a no modificar en ningún modo sus costumbres. Se le imponía la presencia de esta nieta; de acuerdo, lo aceptaba, no pudiendo hacer otra cosa; pero

continuaría viviendo como había vivido desde la muerte de su marido, sola, indiferente a todos y a todo, sentada hasta el anochecer, sin leer ni coser, frente a una amplia ventana, con las manos en las rodillas, no preocupándose de otra cosa que la prolongación de sus días, haciendo transcurrir su vida en la inmovilidad.

III

Noemia no era más que otra cosa, apenas viva, en la casa de su abuela. Al no tener idea de que pudiese ser de otro modo, ella asumía sin resistencia la disciplina de callarse, de caminar en silencio, de levantarse a la misma hora, de las comidas a las mismas horas, de acostarse cayendo la noche. Pues, nunca, incluso e invierno, se encendía una lámpara. Si acudía a sus labios alguna palabra, o esa necesidad de reír que en los niños es, como en la flores, la imposibilidad de no eclosionar, sentía clavarse una mirada sobre ella, y no hablaba, no reía. Cualquier tipo de paseo estaba prohibido; ni siquiera una salida el domingo a la hora de la misa; pues la anciana consideraba que para la salud bastaba con renovar el aire manteniendo las ventanas abiertas, dos veces al día, durante un cuarto de hora, y además no era devota; estaba aferrada a la vida pero no perezosa para la muerte, no deseaba otra cosa que el reposo en el que el ser se conserva por la lentitud de las funciones vitales, oía transcurrir su vida, en la aquiescencia de las gotas tras las gotas, con el instinto sin duda de retardar la caída contándolas. En ese silencio, Noemia quizás pudiese haber olvidado el lenguaje si alguna vez no lograra escaparse de la sala, corriendo hacia la cocina donde arrojaba en un instante, como un chorro de agua, largo tiempo comprimido, una retahíla de palabras muy rápidas, con una sirvienta, no menos vieja que la otra, y poco habladora, pero que al menos no rehusaba escuchar. Esas explosiones de frases y de risas, junto a los hornos, o sobre la escalera mientras la criada hacía ir y venir la escoba sobre los escalones, eran las únicas alegrías de la niña. Pero pronto dejó de experimentar placer en ello; el ejemplo de no poder abrir la boca se le hizo un hábito. A menudo la puerta estaba entreabierta sin que aprovecharse para huir, y a menudo con cierta satisfacción iba a tomar lugar, después de las comidas, enfrente a su abuela, situada ante la amplia ventana. De súbito se sobresaltaba porque había escuchado, a través del cristal, al algarabía de un tropel de niños que se perseguían en la calle, pero el deseo de mezclarse en esos juegos no se atrevía a despertarse en ella, a causa de la evidente imposibilidad de ser satisfecho; había llegado a pensar, cuando raramente pensaba, que era una criatura de una especie particular, a quien está prohibido lo que está permitido a los demás, que debía ser así, puesto que así era, y permanecía sentada hasta el anochecer, sin leer ni coser, bajo la mirada fija de la abuela.

IV

¡Cumplió dieciséis años! ni bonita, ni delgada, con pecas sonrosadas sobre su pálida piel demasiado lisa, así como la de los reclusos. Y nada se iluminaba ni vibraba ni se esparcía por ella. Era como un botón que se hubiese mojado en algún líquido corrosivo, y que, quemado, desecado, no podría brillar. Ni una sola vez siguió la mirada de algún joven que pasase; la costumbre de estar sola, siempre sola, impidió nacer en ella el instinto de lo dulce que sería ser dos. Su inocencia, ignorando todo, incluso el deseo de aprender, estaba hecha de la incomprensión inveterada de todo. Tenía la tranquilidad de lo que no es; no esperaba nada de la vida, no imaginaba que pudiese esperar nada, sino la continuación de ese silencio, de esa paz, de ese aburrimiento, ¡de esa muerte! Un día, su abuela, que ese día no se había levantado, la conminó para que

subiese a la habitación del primer piso. Noemia quedó muy sorprendida. Cerca de la cama donde la vieja parecía dormir, pálida, con el cuerpo muy largo y muy tieso, se encontraban dos visitantes: uno era el médico, como lo supo más tarde; el otro al que conocía por haberlo visto dos o tres veces en la casa, muy mayor, ajado, con un rudo bigote canoso, con aspecto de un viejo militar. La vieja abrió los ojos. «Noemia, dijo, me voy, me muero. Nada se sabe de tus padres. Quedarías pues completamente sola si un hombre decente, – ella señalaba al visitante del bigote blanco,– no consintiese en tomarte por esposa. Cuando me muera, te casarás; serás feliz con él como lo has sido conmigo. Ahora, adiós; quiero morir en paz; baja y no hagas ruido.» Noemia se retiró. Había mirado apaciblemente al anciano. No había experimentado ningún tipo de rubor en la idea del matrimonio, ni un escalofrío con la idea de ese matrimonio.

V

Una vez finalizado el duelo, la predicción de la fallecida tuvo lugar; Noemia fue feliz con su marido como lo había sido con su abuela. Además se le ahorró el horror de ser la esposa de ese anciano. Sea por el pudor de una vana moral o bien porque la virilidad estuviese muerta en él, condujo a la esposada la noche de bodas a la habitación preparada para ella y allí la dejó sola tras haberla besado en la frente. Ella no se sorprendió habiéndose esperado eso, no habiendo temido ni esperado ninguna otra cosa. Luego, en un nuevo domicilio, transcurrió la vida con la monotonía y la taciturnidad de antes. Pasaron las semanas, los meses, los años, numerosos y lentos. Cuando el anciano murió, Noemia ya no era joven. Viuda, fue una mujer envejecida, sin otro futuro que un poco más de vejez cada día. Por lo demás, ningún cambio se produjo en sus costumbres si no fuese que regresó a vivir a la casa de su abuela. Allí vive todavía. Pronto cumplirá sesenta años. No habla, no sale, tiene las ventanas abiertas, dos veces al día durante un cuarto de hora, sentada hasta el anochecer, sin leer ni coser, frente a una amplia ventana, con las manos en las rodillas, no preocupándose de otra cosa que la prolongación de sus días, haciendo transcurrir su vida en la inmovilidad.

LAGRIMAS CLARAS
LAGRIMAS ROJAS

¿Quién quiere rubís, piedras finas, gemmas o esmeraldas para hacerse collares y pendientes,? Yo sé donde se pueden encontrar en abundancia. ¿Quien quiere diamantes tan luminosos como el Bragance, el Orlow, el Sancy y el Mar de Gloria para hacer destacar su peinado? Yo sé donde hay a cientos más que en todas las minas de Brasil. ¡Vamos, venid, seguidme hermosas! Sin estar obligadas a dar a cambio el coral de vuestros labios, los zafiros de vuestros ojos, sin pedir crédito a los joyeros avaros, resplandeceréis con tantas pedrerías como lucen las emperatrices y las reinas los días de su coronación. Y no será necesario ir muy lejos de aquí. Es en un bosque parisino, muy cerca de una estación, a cien pasos del Sena, en un bosque de acacias y de álamos, donde se divierten los domingos las dependientas de las tiendas, donde los sombreros encintados se cuelgan de las ramas, parecidos a grandes flores, es en un bosque acogedor, hermano del de Meudon, de Cernay, de Clamart donde, de las grietas de una pálida roca, larga, esbelta y tumbada, parecida a una mujer dormida, ¡gotean incesantemente, como lágrimas claras, como lágrimas rojas, tantos diamantes y tantos rubís! Sonreís, dudáis. ¿Cuál es el medio para creer que una roca de los bosques lloras piedras preciosas? Seguidme. Veréis con vuestros propios ojos el deslumbrante milagro; y si queréis, curiosas como sois, saber la causa y la historia, bastará interrogar a una pequeña curruca de cabeza gris que revolotea por allí durante todo el día bajo una techumbre de hiedras y lianas.

La pasada mañana, asombrado por la aparición de los rubís y los diamantes, el ave me dijo:

– Estoy muy despistada y todavía soy muy joven; esta primavera he hecho mi primer nido. Eso no me impide saber muchas cosas. Es costumbre en las curruacas, los ruiseñores y los herrerillos, que los padres enseñen a sus pequeños todo lo que aprenden a su vez de sus padres y sus madres; de modo que con las plumas apenas desarrolladas yo no ignoraba nada de lo que ocurrió en el bosque desde el día en el que el más viejo de estos árboles tuvo su primera hoja verde. Escucha pues, y si conoces el lenguaje de

los pájaros, sabrás por qué esta roca blanca, que se parece al sueño de una joven mujer, llora, gota a gota, piedras preciosas.

Como es suficiente haber compuesto algunos versos, malos o buenos, para captar el sentido de los trinos, yo comprendí todo lo que gorjeó la curruca sin haber mojado, ni mis dedos ni mis labios en la sangre del Dragón como hizo Sigfrido

En un tiempo muy remoto, no existían grandes ciudades cerca de los bosques y los ríos; las proximidad del tumulto humano no obligaba a exiliarse a los genios y a las hadas que se complacían en merodear por la espesura y los claros. Cada árbol tenía su inquilino o inquilina, todo geniecillo o geniecilla mostraba su pequeña cabeza coronada de oro, aquí, entre las briznas de hierba, allá, bajo un levantamiento de corteza; no se podía pasear por las mañanas sin hacer levantar el vuelo, entre las brumas nacientes, de algo ligero que era la falda o la bufanda de una Dama blanca, ni pasar, por la noche, por el lindero de un bosque, sin ver grupos de bailarinas descalzas, que giraban bajo sus cabelleras como bajo una carpa de oro en los brézales iluminados por las luciérnagas. Y en esa época, esas amables criaturas eran muy buenas con los hombres porque todavía no tenían ninguna queja de ellos; rendían a las personas mil pequeños servicios, dirigiendo por el buen camino a los viajeros extraviados, advirtiendo a los pastores de la presencia del lobo emboscado, diciendo a los niños que regresasen a sus casas antes del anochecer, cuando sabían que el Ogro había partido de caza. Algunas veces también utilizaban su poder para consolar de los infortunios, para reparar las injusticias; cumplían los deseos de los pobres diablos que de repente se volvían ricos y poderosos señores en sus chozas convertidas en palacios, y conducían a los mendigos de los caminos a cuevas muy oscuras donde se hallaban tesoros ocultos. Los enamorados, sobre todo, tenían mucho que agradecerles; no tenían más que implorar para obtener, de un modo u otro, el fin de sus tormentos; gracias a ellas, unos padres avaros o crueles se sentían conmovidos de piedad, daban su consentimiento a tiernos himeneos; cuando un joven sufría a causa del rigor de alguna chiquilla que no quería amar, «dale esta flor a tu recalcitrante amiga.» decían las buenas hadas; era la flor que hace amar; y si, a pesar de ese regalo, la niña permanecía implacable, «toma esta otra flor, respírala tú mismo, sólo tú.» decían las hadas; era la flor que hace morir. En fin, no sabían que hacer para que todos estuviesen satisfechos de ellas, no pidiendo nada a cambio, tan sólo que se las dejase corretear por las praderas entre el follaje desde el alba y bailar al claro de luna.

Ahora bien, en cierta ocasión ocurrió que la hija de un cazador, llamada Guillermina, llegó anegada en lágrimas al claro, y se acostó, fatigada de dolor, entre las rocas, bajo una techumbre de hiedras y lianas. Tenía motivos para desesperarse; habría que buscar durante mucho tiempo antes de encontrar a alguien tan apesadumbrada como ella. Era tan bonita que los arroyos y los lagos experimentaban tanto placer sirviéndoles de espejo como al reflejar el vuelo de las palomas o la claridad de las estrellas; cuando atravesaba una pradera en primavera, las flores se enojaban, no sin motivo, pues todas las abejas y todas las mariposas volaban hacia ella; pero aunque complacía al agua de los lagos y las fuentes, si bien las rosas eran abandonadas por su culpa, ella no había conseguido hacerse amar por un joven muchacho al que amaba más que a todo en el mundo. Él la rehuía, no queriendo verla ni escucharla; ayer aún, la había rechazado con duras palabras y había partido para no regresar. Ahora ella lloraba en el claro llamando a las buenas hadas en su auxilio. «¡Pobre pequeña!, le dijo Holda que salió de entre unas glicinas, tu pena me afecta tanto ... Sin embargo ni yo ni mis hermanas conseguiremos mitigar tu angustia, pues aquél al que quieres tiene un corazón tan duro que ninguna magia podría enternecer. – ¡Ya lo sé!, suspiró Guillermina; pero si vuestro poder, buenas hadas, no puede sensibilizar a mi implacable amado, ¿no podríais hacerme

insensible a mi?» No quiero soportar por más tiempo este tormento que me desgarrar el alma; es mi único deseo convertirme en algo inanimado, inmóvil, eternamente frío, como una de las piedras que están allí, – Si tal es tu deseo, Guillermina, ¡que así sea!, dijo el hada; y, de repente, la pobre muchacha fue en la hierba una roca pálida, larga y esbelta, tumbada, teniendo el aspecto de una mujer dormida. Pera tal era su dolor, su inextinguible dolor, que, convertidos en mármol, sus ojos no pudieron dejar de llorar ni su corazón de sangrar; es por ello que de las grietas de la roca, incesantemente gotean lágrimas claras y lágrimas rojas que petrificadas son tantos diamantes y tantos rubis.

–Y ahora – gorjeó la curruca cuando acabó de contar esta historia – arrodíllate, abre las manos, recoge tantas pedrerías como puedas llevar para engalanar a la que tú adoras. Quizás te sonría; a ella le gusta todo lo que la hace más bonita, más deseable, aquello que más pueda hacerte sufrir. Pero no se te ocurra contarle la historia de Guillermina. Si ella te pregunta dile que para ofrecerle un presente digno de ella has asesinado y robado a un maharajá recientemente llegado de Singapur que tenía todas sus joyas en un cofrecillo de piedra lunar, o que has desvalijado, por la noche, con algunos cómplices, las tiendas de ocho o diez joyeros; ¡ella te creerá! encontrando muy natural que se mate y se robe por ella. Pero – añadió la curruca, que sin duda era también alguna hada muy sabia que se había vuelto malvada, – no le digas que una mujer ha llorado de amor, que una mujer, por amor, ha sentido sangrar su corazón; pues no lo quisiera creer, y no dejaría de reírse con esa risa, ya sabes, ¡esa risa tan bonita que te desespera!

LA VOLUPTUOSIDAD QUE PASA

Que cómodamente están sentados los hombres y las mujeres, en el verano en sillas de mimbre, a la sombra de un gran árbol, ante la casa de campo por la que trepan enredaderas de campanillas y rosales escaladores, o, en el invierno, en los sillones del salón bien cerrado, cerca de la chimenea llena de brasas crepitantes, bajo el lustre del cristal que temblequea y reluce; se está satisfecho, se animan, se charla; la conversación jamás interrumpida está salpicada de risas; hay un bonito guirigay de anécdotas, de palabras divertidas; ¿para qué pensar en las tristezas de la vida, los duelos de ayer o los de mañana?; se está a cien leguas de las amarguras, de las preocupaciones y de los vanos terrores; uno se esparce, vive, en la instintiva alegría de vivir...

De pronto, se produce el silencio.

Las conversaciones y el buen humor se extinguen como muere el día en una habitación en la que se hubiesen cerrado bruscamente los postigos: los labios, que quedan abiertos, no hablan ya; los ojos, fijos, miran ante ellos no se sabe qué. ¿Habéis visto en las operetas mágicas, las repentinas inmovilidades bajo la varita de un hada, de todos los personajes que anteriormente cantaban y brincaban? Se ha producido algo semejante a esa lúgubre broma. Las frentes ahora están pálidas. El abandono de las actitudes se transforma en una estupefacción de espanto. La humedad que confería a la piel la actividad de los gestos y la expansión del íntimo bienestar continúa en un sudor frío que se desliza gota a gota.

¿Qué ha ocurrido? no se sabe. Se tiene miedo.

Luego, una palabra, emitida por una joven boca, o una risa que se escapa, o un ruido, no importa cual, – el vuelo de un pájaro a través de las hojas, la caída de un cuaderno de música sobre el sonoro teclado– rompen el encantamiento siniestro; y hete aquí que, despertadas, se diría que resucitadas, la charla, la alegría, tras una aspiración de Lázaro oliendo el aire, levantan el vuelo, más intensas, más pujantes que antes; nadie se acuerda del taciturno minuto, de la laguna entre las palabras y las risas; incluso nadie parece haberlo advertido.

Sin embargo ese momento se ha producido.

En mi país se dice que en esos instantes es la Muerte que pasa.

Un idilio que era un cuaterna. Los dos hermanos amaban a las dos hermanas; las dos hermanas amaban a los dos hermanos. Juana era novia de Luciano; Luciana era novia de Juan. Cuatro dichas debían unir dos familias; pero más adelante, dentro de algunos años: los enamorados eran muy jóvenes. Sumando sus edades se habría obtenido apenas la edad normal de una única pareja madura para el himeneo. Y su adolescencia casi no iniciada, todavía se rejuvenecía con una ingenuidad perfecta que ningún mal deseo había aún alarmado. Juana y Luciana se divertían a conciencia con sus muñecas; si hacía seis meses que ya no llevaban faldas cortas era por la voluntad expresa de sus madres, si bien ellas no comprendían gran cosa. Nada más molesto que vestidos que se arrastran, para escalar a los árboles y para saltar los arroyos. En cuanto a los dos novios, aunque estuviesen estudiando en el instituto de una gran ciudad, no habían aprendido casi nada de lo que es malsano aprender, y lo poco que sabían lo olvidaban enseguida en los meses de vacaciones, durante sus reencontrados juegos de infancia, en la libertad y pureza del aire libre de los campos y de los bosques. Era como el regreso a sus cunas en las que volvían a recuperar su sonriente puerilidad. Sin embargo esos cuatro jóvenes corazones amaban pero con la ignorancia de la dicha que les esperaba, sin incluso el temor ni el deseo a lo desconocido, como pequeñas gavanzas en brotes que no saben que van a florecer. De modos que ambas familias, cuyas casas vecinas sobre la ladera entre unas hileras de árboles, dominaban la aldea, no veían ningún inconveniente en dejarlos correr juntos por los prados y las callejuelas de la mañana a la noche. Ellos aprovechaban esa confianza para vagabundear a sus anchas; sus chiquilladas, que no pasaban más que raramente de deshojar margaritas o ramilletes de acacias que también se interrogan, eran el espanto de los pajarillos en las ramas y de los cigarras en los campos de centeno. Se les veía por los senderos; pasando sus cabezas entre la espesura, despeinados, jadeantes, radiantes. Había allí, en una hondonada del valle, un pequeño lago bajo unos álamos, donde ellos, a base de pedradas y de ramas removiendo el agua, eran el azote de las ranas; sus risas se mezclaban con los asustados croares de los anfibios. Eran juegos sin fin, al borde de los campos, cerca de las verjas, alrededor de esos cercados que están allí para detener a las gallinas y a las vacas; se trataba de pasar, no solos, –Luciana con Juan, luego Juana con Luciano,– por la inestable abertura estrecha, y ocurría que una de las parejas, a veces las dos, tras un impulso demasiado intenso, caían del otro lado entre las altas hierbas. Los niños evitaban levantarse, siguiéndose el uno al otro, en unos rápidos movimientos; y, cuando, sin respiración se incorporaban, se miraban, estallando en risas, y Juana que era la más bajita, sacaba la lengua a Luciana; tenían sus cabellos llenos de briznas y pajas de donde se desprendían insectos. De este modo eran inocentes, locos, adorables; y entre tantas travesuras, ni un beso; no se tomaban de la mano más que para saltar las cunetas. ¿Quince o dieciséis años? sí, con aspecto de no tener más que doce. Si cuando jugaban al escondite, Juana y Luciano buscaban a Luciana y Juan, los encontraban rápidamente, detrás de algún tronco de árbol, no se abrazaban. Además se adoraban; se llamaban «mi maridito, – mi mujercita,» creyéndose tal vez casados, ¡imaginándose que eso era el matrimonio! Por una lágrima de su prometida, cada prometido hubiese llorado cálidas lágrimas. Pero la dicha que tenían bastaba a su ternura. Cuando Luciana y Juana, con las faldas por las rodillas, mojaban sus pies en el pequeño lago, bajo los sauces, Juan y Luciano se divertían como locos espantando libélulas y removiendo los nenúfares del agua, pero no perdían el tiempo mirando los pies descalzos.

II

Una vez, al anochecer, cuando jugaban a la gallinita ciega en un claro todavía recalentado por la larga jornada estival. En el aire se apreciaba un bochorno de tormenta; se respiraba una espesa llama. Jugaban, no preocupándose más que del juego, sin percatarse siquiera en la pesada tibieza de la respiración, en los lentos balanceos de las ramas, en toda esa opresión de la naturaleza que bosteza. Jamás habían sido mas traviosos, más risueños, más felices en sus infantiles alegrías...

De repente, – habiendo atrapado Juana a Luciano,– se detuvieron, a la vez, los cuatro, no hablando más, no riendo, con los ojos muy abiertos, no atreviéndose a mirarse. Tenían como quemaduras alrededor del cuello, en los pómulos, bajo los ojos. Estaban jadeantes, y sus corazones latían tan fuerte que sentían en el pecho los golpes; y, mientras las dos muchachas, por primera vez enrojecidas, sentían sus cuerpos tensarse y alzarse sus senos, los dos jóvenes muchachos, apasionados aunque sin movimiento, al igual que unas estatuas torcidas en la violencia de la inmovilidad, tendían hacia ellas sus manos ansiosas.

III

¿Qué experimentaban? ¿qué les sucedía? ¿qué querían? Me atreveré a relatar lo que no comprendían. Querían todo lo que esta mal, todo lo que está prohibido. Ellos, tan jóvenes, tan puros, se habían convertido en un instante casi sin razón, a causa de un encuentro de piel a través de las telas, en las concupiscencias de lo infame desconocido. Lo que les inflamaba en los ojos, lo que les hinchaba el pecho, no era el deseo del beso tierno y casto que merecían sus bocas; no era la agitación, en fin, de su adolescencia una vez fuera de una obstinada puerilidad, la necesidad de expansión de las flores al calor del día. No, a ese deseo que los había invadido, no consistía en las dulzuras de las jóvenes caricias, el intercambio de las naturales delicias no habría bastado. Iba más allá de los imprudentes noviazgos y del himeneo. Huir, Juana con Luciano, Luciana con Juan, estar solos en alguna lejanía misteriosa del bosque, hablarse en voz baja, tomarse de las manos, aspirar sus alientos, no pensaban en estas cosas. Unos ángeles de pronto pueden convertirse en unos condenados. Tenían el abominable apetito de un infierno ignorado. Se había abierto un abismo y tenían vértigo. Pasaban ante sus ojos quemados visiones de vestidos hechos trizas, cayendo desnudos en la rudeza del suelo, contra la dureza desgarradora de las cortezas. El sueño de esos niños, de esos amantes vírgenes, ese sueño del que no se daban cuenta, hubiese asombrado a los más hartos libertinos, cuyos sentidos apagados no se vuelven a encender más que con el deseo de la imposibilidad. Su candor era devorado por una necesidad de abyección. En su perfecta inocencia, les hacía falta la ignominia perfecta. ¡Era como si un armiño presa de una locura hubiese querido rodar por el lodo! Y permanecían inmóviles en un estúpido pavor, no concibiendo lo que los arrastraba, vencidos por la diabólica atracción. Todo el bosque, – como en una pesadilla – se llenaba de desnudeces infames, de estertores de bocas bajo mordeduras, de abrazos donde se grita, y la quimera de una execrable promiscuidad los invadía a los cuatro. – tan inocentes, tan parecidos a todo lo que es ingenuo, sonriente, apacible, – en espantosas pinturas de faunos y sátiros.

IV

Pero una abeja se posó en el cuello de Luciana.

–¡Ay! – gritó presa de miedo – ¡me va a picar!

Juan se precipitó, cazó a la abeja, mientras que Juana y Luciano estallaban en risas diciendo que Luciana era realmente demasiado miedosa, que se asustaba por nada, y

que otra vez, si no prometía ser más valiente, se la dejaría en casa. Al respecto hubo una disputa; luego cuando cesó el debate, no sin pena, los cuatro chiquillos se pusieron en camino a través del bosque; recogían flores, deteniéndose a veces para escuchar bajo las ramas el gorjeo adormecido de los pájaros, y reían, ya no se acordaban...

Pues la tentación, esa otra acechadora, sobreviene también entre los más puros, como la Muerte entre los más alegres, ¡deslizándose de forma inesperada! Dichosos aquellos que se despierten de los malvados silencios antes de seguir a la Voluptuosidad que pasa.

LA IRREPROCHABLE

Una cabeza se dejaba ver apenas bajo una maraña de cabellos.

–¿Y Ludovic? – preguntó ella.

–¡Ah! ¡pobre muchacho! – dijo Teresa en una risa entrecortada que detalló las sílabas.

Luego tuvo un tal acceso de alegría que fue como un vuelo de veinte pájaros que baten sus alas con pequeños trinos alegres entre las telas de las cortinas; y en la estrecha habitación, bonita, llena de vaporosos perfumes, todo daba la impresión también de una risa: la clara tela de los muebles, estampada de oro y de perlas, las figuritas de la chimenea, las faldas caídas por el suelo, los corsés mostrando sus forros de seda, las batistas que conservan unas arrugas, las medias de seda negra y las medias de seda rosa, perifollos rápidamente arrojados, apartados con el pie, dispersos por los brazos de los sofás, tirados sobre la alfombra, en un desorden confuso de vestidos esparcidos.

Pero mientras Teresa se alegraba de ese modo en un domicilio furtivo, Ludovic, deambulando por las calles, distaba mucho de estar de tan buen humor. Cuando salió de su casa, la portera le había entregado una carta, y ahora se detenía cada minuto para leer una y otra vez la espantosa nota sin firma. Desde luego no hay nada más despreciable que una denuncia anónima, venganza imbécil de alguna antigua amante o de una criada despedida. ¿Es que un hombre con sentido común debe alarmarse por eso? Además, ¿Ludovic no estaba seguro de la virtud de Teresa? Desde hacía dos años ella le daba continuas pruebas de cariño y fidelidad, con las que se hubiese contentado el más sospechoso de los celosos. No le gustaba mucho dejarse ver en sociedad, casi siempre se veían en casa, haciéndose de rogar para ir al teatro o al baile, ni incluso presumida, ella se reservaba para él, toda, y las noches de invierno, cuando él le proponía salir, ella decía con una sonrisa prometidora de muchos besos: «¿No estaríamos mejor aquí, los dos solos, cerca del fuego? Quedemos, me pondré el camisón amarillo, ese tan transparente que tanto te gusta – ya sabes, al que le faltan unos botones,– haré el té, me tumbaré en el gran sillón, y tú, de rodillas, me dirás cosas, muy cerca del oído.» En una ocasión, habiendo visto en no sé qué museo una vieja rueda, ella había manifestado que sería muy feliz poseyendo una igual; ¿cómo es posible sospechar de la decencia de una mujer que quiere hilar? Y sin embargo Ludovic se sentía turbado más de lo que se

podría expresar. Es cierto que la difamadora carta era terriblemente precisa. El día, la hora, la casa, el piso donde él podría sorprender a los culpables, convencerse de la traición, decía todo, excepto el nombre del amante; y una llave, escribía el corresponsal anónimo, la del apartamento indicado, había sido deslizada bajo el sobre; es cierto también que esa mañana precisamente Teresa se había vestido apresuradamente, había dejado el domicilio sin decir a donde iba. Singular coincidencia. ¡Y bien! no importa, a pesar de las indicaciones formales, a pesar de la llave que ofrecía un medio tan fácil de aclarar las cosas, a pesar de la inexplicable salida matinal, él no se dejaría tentar por los celos: no quería sospechar de Teresa, ¡no sospecharía de ella! ¡Ella, traidora, vamos, no era posible! Todo el mundo con un poco de imaginación, puede inventar detalles que tienen visos de verosimilitud; ¿la llave? bueno, la gran prueba, una llave, se encuentran tantas llaves como uno desee; y si Teresa había salido sería para ir a casa de su madre, o a los baños, o a misa, pues era muy devota, ¡dulce almita ingenua! Así pues estaba todo decidido: no tendría en consideración la carta, regresaría tranquilamente sin pasar por la calle indicada, –¿por qué habría de pasar por esa calle? – él esperaría a su amante en la casa de ambos, en su querido nido, donde ella no tardaría en aparecer, donde se reirían juntos de la despreciable broma que les habían querido gastar. Y la resolución de Ludovic estaba tomada y era tan firmemente resuelta, que, llegada la hora, subió de cuatro en cuatro, jadeante, con aspecto enloquecido, la escalera de una casa desconocida, introducía la llave en una cerradura, atravesaba el zaguán, el salón, la salita, se enfrentó ante una puerta cerrada, la puerta de una habitación de donde procedían unos cuchicheos y unas risas. ¡Oh, rayos! ¡reconoció una de las voces! No había duda, la carta no había mentido, ¡era traicionado y engañado, por Teresa!

–¡Abrid, miserables!– gritó.

Las risas cesaron.

–¡Abrid! ¡soy yo! ¡abrid, os digo, infames!

Oía ruidos deslizantes como de vestidos recogidos con prisa.

–¡No esperéis escapar a mi venganza! si no abris...

Ahora otro ruido, el de muebles que de desplazan de sitio.

–¡Si no abris tiraré abajo la puerta!

Nada más. Silencio. Como si la habitación estuviese vacía.

Entonces se arrojó contra la puerta, la atacó con la cabeza, los hombros, los codos. Era sólida, resistía. En esos esfuerzos transcurrió un cierto tiempo. Por fin se oyó un crujido. Las planchas iban a romper. Un último empujón y vería a su rival, ¡lo golpearía, lo estrangularía! Dio un paso hacia atrás, hizo acopio de todas sus fuerzas y se lanzó... ¡La puerta se abrió sola! Ludovic vio a Teresa y a su amiga Valentina vestidas de paseo, ambas con el sombrero en la cabeza, como dispuestas a salir, no asustadas del todo, que se reían en su nariz. «Debe reconocer, caballero, que, por su impertinencia celosa, ha merecido que nos burlemos de usted no abriendo antes esta puerta.» Y, en la angosta habitación, bonita, llena de vaporoso perfumes, pero todo completamente en orden, no había ni faldas esparcidas, ni corsés mostrando sus forros de seda, ni batistas dispersas, ni medias de seda rosa ni negras.

Ludovic experimentó un gran remordimiento al mismo tiempo que una gran alegría. Sí, desde luego, había merecido que se burlasen de él, y mercería algo peor todavía. ¡Cómo había podido dudar de la virtud de Teresa! había creído que ella se reía en los brazos de un amante, mientras que simplemente la pobre inocente hacía una visita a su amiga Valentina, una amiga de la infancia con la que se veía a veces, que habría ido a buscarla para dar algún paseo sin duda, o para ir de compras. ¡Ah! ¡si hubiese pillado al autor de la carta anónima, a aquél o aquella que le había enviado la llave! Pero la infamia de otra persona no justificaba su propia falta; se le había mentado y no habría

debido dar crédito a la mentira. Tenía ganas de insultarse, de golpearse. Si no hubiese sido por la presencia de Valentina se habría arrojado a los pies de su amante, ¡de su irreprochable amante! y le habría pedido perdón con lágrimas en los ojos. ¡Oh! ¡cómo le suplicaría clemencia cuando estuviesen solos! Esperando la ocasión, balbuceaba humildes palabras; y, por fin, no sabiendo que compostura tomar, se marchó de allí cabizbajo y avergonzado. Tenía un proyecto. Se metió en un coche y se hizo conducir a la calle de la Paz, entró en una joyería, compró un collar y unos brazaletes de perlas, volvió a subir al coche, se apeó ante una tienda de novedades, eligió las más raras telas; y así estuvo, sin perder un segundo, ¡de tienda en tienda! Cuando regresó a su casa, cuando se atrevió a mostrarse en la habitación donde Teresa se había adelantado, – pues la pobre calumniada ya estaba allí, sentada en un rincón,– él le ofreció en silencio, con la frente baja, no atreviéndose a mirarla a la cara, los peluches, los terciopelos desplegados y los joyeros abiertos. Pero ella tuvo la precaución de no tomar nada. No era con presentes, por muy ricos que fuesen, como él podía apaciguar un alma decente ofendida.

–Ludovic – dijo ella con un suspiro que a él le afectó hasta las lágrimas – eres sorprendentemente culpable. Ante Valentina, he tratado de no dejar traslucir mi pena y he fingido tomar el asunto a broma. Pero en mi corazón hay una herida que no se cerrará en mucho tiempo.

Y en efecto, Teresa tenía el aspecto de una persona que ha recibido una ofensa inmerecida; la actitud de la inocencia que se acusa injustamente, esa actitud de orgulloso reproche, inconfundible, era completamente la suya. Pero el haber sido calumniada y el estar triste no le impedía ser dulce. Cuando Ludovic, caído de rodillas, con las manos extendidas como las de un suplicante, le hubo asegurado su eterno arrepentimiento, ella no pudo evitar mostrar que estaba conmovida; sus miradas fueron menos severas; y, percibiendo de reojo los collares, los brazaletes, y las telas se dignó a sonreír por misericordia. Entonces él, sintiéndose perdonado, sintió su corazón colmado de gratitud y admiración. Ella no solamente era la más casta de las amadas; tenía, con la pureza perfecta, la perfecta bondad. ¡Ah! ¡todas las virtudes! Como si tocase a una santa, tomó en sus manos los queridos pequeños pies, tan finos en los botines, que sobrepasaban el borde del vestido, – ella, demasiado buena, lo dejaba hacer, – y los besó, los besó más, con un humilde fervor... Pero de pronto:

–¡Señora! – dijo sobresaltado.

–¡Eh! ¿Qué ocurre?

–¡Sus medias, señora!

Hay que confesar que en lugar de Ludovic muchas personas no habrían estado menos afectadas que él, pues si una de las medias de Teresa era de seda negra, la otra – ¡señora!, cuando se tiene prisa – ¡la otra era de seda rosa!

LA SUPREMA VIRTUD

¡Te deam laudamus!
ARMAND SILVESTRE.

I

He tenido un sueño encantador. Estaba en el Paraíso. Veía, dos a dos, a los once mil vírgenes pasearse a lo largo de esa avenida de estrellas que llamamos la Vía Láctea. Era como la procesión de un pensionado interminable de ángeles. De vez en cuando se detenían para recoger flores de luz, las deshojaban rayo a rayo, – así como las chiquillas de aquí abajo deshojan las margaritas, – o se hacían unos ramos que prendían en la blusa; y sus conversaciones en voz baja, salpicadas de risitas, parecían los trinos de un millón de pájaros. Pero cuando hube caminado durante muchos años tras ellas, – pues el Paraíso es una estancia muy amplia que no se visita en unas horas, – me encontré en un lugar tan magnífico que tuve el alma encantada y los ojos deslumbrados. No, las más bellas mañanas de nuestros cielos inferiores, nuestros mediodías colmados de blancuras como llamas, el incendio de las puestas de sol en el mar, no sabrían dar una idea de esta dulce y a la vez terrible claridad por la que atravesaban silenciosos vuelos de Serafines, más luminosos que el día. Y esta claridad infinita, inmensa, plena de luz, era de la alegría, del amor, de la vida. En cada luz brillaba una virtud, en cada llama se iluminaba una embriaguez. Me sentía como iluminado de candor y de caridad, de pasión y de éxtasis. El sol de este inefable cielo debe ser un Corazón, un Corazón desmesurado, que se derrama y resplandece interminablemente.

Sin embargo mis miradas se acostumbraron poco a poco a tanto resplandor; entonces distinguí entre él, mezclados con él, a los Elegidos y a las Elegidas; fue un delicioso espectáculo. Sobre unas gradas de diáfano alabastro como la nieve hecha de luz helada, estaban sentados, los unos vestidos de púrpura, las otras de anaranjado, y en sus ojos, levantados hacia alguna prodigiosa visión que yo por desgracia no percibía en la sonrisa inmutable de sus bocas ni en la adoración de sus brazos extendidos, había una inexpresable delicia de perfectas voluptuosidades.

II

Me aproximé a una Elegida, y me puse de rodillas contemplándola. Arrodillados como yo, unos Querubines agitaban ante ella unos incensarios de plata, y cantaban sus alabanzas. Ella escuchaba. Estaba pensativa y encantada.

– ¡Oh, bienaventurada! – le dije – me parece que al veros, un poco de vuestra dicha me envuelve y me penetra. Si alguna vez consentís en distraeros de vuestra eterna beatitud, habládme, os conmino. A este pobre hombre que viene de la tierra y debe allí regresar, que está condenado a errar mucho tiempo aun tal vez en el bosque de las tentaciones y de las pruebas, decidle ¿mediante qué virtud o penitencia habéis merecido tomar lugar en el corazón divino de las Almas, y ser alabada por esos Querubines con los incensarios de plata?

Ella bajó sus párpados que por haberme mirado se oscurecieron durante un instante, y con una voz tan parecida a un canto que creí que hablaba un ruiseñor, dijo:

– Yo era piadosa. Yo había abandonado el mundo para encerrarme en un convento; aunque la regla fue dura yo todavía la encontraba demasiado suave; me complacía en las maceraciones, en los ayunos, en los cilicios, pasaba todos mis días rezando, casi todas mis noches en oración. No sabía siquiera que hubiese sobre la tierra jóvenes muchachas que van a los bosques con sus novios y jóvenes madres que juegan con sus pequeños hijos. Daba besos a las reliquias. Y cuando acababa de tañer, antes del crepúsculo matinal, la campana que despierta a las esposas del Señor, no me quejaba de las frías losas de la capilla bajo mis pies descalzos.

III

Me aproximé a otra Elegida, que parecía más feliz aún que aquella a quién había hablado. Era tan deslumbrante como el paradisíaco día, por muy espléndido que este fuese se iluminaba con ella. Junto a unos Querubines, unas Potestades y unas Dominaciones cantaban sus alabanzas balanceando inciensos de oro. Ella escuchaba, estaba pensativa y encantada.

Me arrodillé temblando.

– ¡Oh, santa adorable! – le dije – emana de vos tanta luz y fuego que mi alma tiritita, se asusta y se estremece como una hoja seca en un gran viento de llamas. Si os dignáis alguna vez en desviaros de vuestra alegría infinita, habládme por favor, habládme. Soy uno de los taciturnos habitantes de la tierra, donde los dolores son tan numerosos y tan raras las alegrías. A este pobre hombre que ha llorado mucho y que no ha sonreído demasiado, que aun se arrastrará a lo largo de los días en la sombra y la torpeza del bajo mundo, decidle ¿qué méritos os han valido para revestiros de tal brillo, de conocer tales alegrías y de ser alabada por Potestades y Principales que hacen oscilar incensarios de oro?

Ella inclinó su cabeza, de donde emanaron unos rayos, y con voz semejante al suspiro de una arpa celestial que un ala al pasar roza, dijo:

– Yo era caritativa. No imitaba a aquellas que en la risa de las fiestas olvidan a los miserables y a los desesperados; y no me limitaba a la inactiva oración o a las vanas maceraciones. Yo visitaba a los pobres; no tenía nada que no fuese de ellos. Se me conocía en las cabañas donde se llora; allí cesaban de llorar cuando yo llegaba. Sentada, durante la noche, en tristes viviendas, cantaba canciones a las cunas de los huérfanos; consolaba a las viudas; daba a los ancianos que estaban solos la ilusión de los hijos desaparecidos. Al día siguiente de mi muerte no se encontró en el armario sábanas para

amortajarme, porque yo había roto toda la tela para hacer camisas para los mendigos del camino.

IV

Entonces, yo me dije que se tiene razón recomendando a las almas la oración y la caridad, puesto que tales felicidades y tales glorias constituyen el premio. Al mismo tiempo no pude impedir experimentar una gran tristeza junto a una gran piedad a causa de tantas jóvenes mujeres sobre la tierra, que, dedicadas a otros cuidados, no oran más que rara vez y compran joyas o flores con el dinero que podrían emplear en limosnas. «¡Qué! pensaba yo, ¿no se sentarán ni un día, vestidas de púrpura o anaranjado sobre esas gradas de diáfano alabastro?» Pero percibí, un poco más lejos, a una Elegida tan resplandeciente y que parecía perdida en tan delicioso éxtasis, que las otras dos no le eran comparables; ella difería de sus vecinas tanto como aquellas diferían de las muchachas de la tierra; yo no la veía más que a través de una neblina que me incendiaba los ojos. Los lenguajes humanos no tienen palabras que puedan definir su milagroso resplandor. ¡Era como una mata de flores y de nieves de llamas! Y no eran únicamente algunos Querubines, con Potestades y Dominaciones, quienes cantaban sus alabanzas; sino todos los espíritus de los nueve coros y unos tres jerarcas se arrodillaban ante ella agitando incensarios de diamantes.

Yo me postré ante ella cerrando los ojos.

–¡Oh, la más maravillosa y la más dichosa de las Elegidas! – balbuceé– Ciertamente para merecer tan sobrehumano esplendor y tan divina beatitud, vos debéis haber practicado las más sublimes virtudes. Vos habéis rezado también, pero con un fervor desconocido a todos los hombres; habéis dado limosna también, pero con tal caritativo ímpetu, con un tan completo olvido hacia vos misma que os habéis dejado morir de hambre, tal vez, al lado del pan reservado a los vagabundos del camino. ¡Oh, muy piadosa! ¡Oh, muy misericordiosa! ¡rogad por mí, gran santa!

–Ella me miró. Sus ojos eran tan espléndidamente luminosos que ni siquiera mi oscuridad pudo poner en ellos un reflejo de sombra.

–No – dijo – yo no rezaba, y si me levantaba temprano o si me acostaba tarde, no era para ir a llevar limosnas a los pobres.

Yo estaba muy sorprendido y le pregunté:

–¿Cuál es entonces el mérito, ¡oh, incomparable bienaventurada!, que os ha permitido obtener tan magnánima gloria? ¿Que habéis hecho, qué erais, – que en vos están más que en cualquier otra, las paradisíacas embriagueces, vos a quien alaba y adora la celeste milicia más que a cualquier otra– para que el Señor os haya juzgado digna de tal recompensa? ¿Cual fue, hablad, vuestra virtud?

–Yo era bella – me dijo.

BAJO EL CEREZO

Un día de viento en el vergel, Bérengère subió a lo largo de la escala que colgaba bajo un gran árbol en el que maduraban unas cerezas picoteadas por los pájaros; Valentin no la siguió, prefiriendo permanecer abajo. A decir verdad, esta aventura no le atraía excesivamente; él se acordaba de haber visto escenas análogas en algunas obrillas carentes de calidad literaria; poeta como era, le disgustaba que el hermoso azar de los paseos amorosos no tuviese más imaginación que los compositores de operetas. Era una lástima tener el espíritu lleno de sueños ingeniosos y el corazón desbordante de sinceras ternuras, teniendo que soportar ese banal idilio tantas veces cantado en las coplas. Bérengère no había pensado en tan excelentes argumentos; ella había querido subir por la escala, – y en eso estaba mientras su compañero, resignado, hubiese debido ayudarla. No se puede contrariar a una mujer que no nos ha concedido todo. Más adelante, después de los abandonos supremos, las cosas toman otros derroteros; aquél que obedecía luego ordenaba; ser el amo de su ama. Valentín todavía no había obtenido el derecho a las revanchas. Con una mirada prometedora, con una mano que se mantiene más de lo debido entre las manos que la estrechan, Bérengère le había dado a entender en más de una ocasión que él no le inspiraba un insoportable horror; aunque ella no hubiese respondido mediante palabras a los tiernos discursos con los que él la trataba de encantar, sin embargo había emitido de vez en cuando, a propósito, unos suspiros que parecían declaraciones; y ¿acaso no era un favor bastante comprometedor esa cita, un poco lejos de la casa, en el vergel por donde nadie pasa? pero, en definitiva, nada definitivo todavía en sus amables flirteos; y el enamorado miraba subir entre las estremecidas ramas del cerezo a la que hubiese querido conducir más allá, al pie de la colina, a la profundidad más misteriosa del bosque.

No tardó Valentin en reconocer que las operetas no son tan tontas como se suele creer, y que los inventos de sus autores, transportados a la vida real, pueden ser motivo de satisfacción para los mismísimos poetas. Cuando Bérengère alcanzó el cuarto travesaño, él pudo percibir un adorable pie en un botín dorado, extendido, estrecho, de talón alto; un pequeño pie, el más bonito de los pequeños pies. Aunque el vestido era bastante largo, todo el bonito calzado era visible gracias al viento que apenas levantaba las faldas. Bérengère subió dos travesaños más, muy lentamente, tal vez porque tuviese miedo o por alguna otra razón. Valentin pudo ver el fino tobillo, tan delgado que un

brazalete de niño le hubiese quedado grande, y la redondez de una pantorrilla un poco gruesa en una media de seda negra. ¡Oh, complicidad encantadora de la brisa! Bajo una súbita elevación de batistas y de encajes, la piel de la pierna brilló a través de la seda mediante luminosos puntos; era como un trozo de cielo sombrío completamente cribado de pequeñas estrellas. Siempre muy lentamente – decididamente ella tenía miedo– Bérengère subió otro travesaño, luego otro más, mientras un viento más violento agitaba las hojas y las telas: el nudo escarlata de una liga encima de la rodilla brilló, se apagó, volvió a brillar entre las blancuras sacudidas. Valentin, deslumbrado, jadeante, tuvo ganas de precipitarse para desatar de un mordisco la cinta roja con ardiente boca. Hay que creer que Bérengère deseaba sobre todo las cerezas de las ramas más altas, pues siguió escalando a lo largo de la temblorosa escala; de pronto se produjo un gran golpe de viento; y como ella no era de esas que deshonran mediante atavíos viriles las intimidades de las prendas femeninas, su enamorado tuvo ante sí la visión de casi toda una ninfa desnuda en un claro de nieve rosada. Ya no pudo más, se lanzó, y ya, con un brazo al que sería vano oponer ninguna resistencia, cuando estaba a punto de abrazar, entre las ramas en tumulto y la huida de los pájaros, la cintura de Bérengère, una voz se elevó, gritando, llamando desde la casa de allá abajo inquietándose de su ausencia tan prolongada; fue necesario bajar del árbol, regresar al domicilio muy aprisa, ¡eh! ¡el diablo no supera a las personas que, cómodamente sentadas ante los postres de un almuerzo campestre, no dan a los enamorados tiempo para divertirse a su guisa y para acabar su recolecta de besos y cerezas!

En cuanto a olvidar el pequeño pie en el botín dorado, el fino tobillo, la media negra salpicada de vivas luminiscencias, la liga y el divino claro de nieve rosa, sería algo impensable para Valentin; él no tenía más que un deseo: volver a ver a sus anchas, sin temor a ser interrumpido, los deliciosos encantos que lo habían extasiado. Una vez que los habitantes de la casa acabaron retirándose uno a uno a sus habitaciones, – era la hora de la siesta, en una tarde de julio – él obtuvo de Bérengère la conformidad para regresar al vergel, al otro lado del gran muro. Ella consintió fácilmente; tenía el alma buena, no le gustaba contrariar a las personas, sobre todo cuando encontraba algún placer en resultarles misericordiosa.

En el vergel hacía un calor sofocante bajo el tórrido cielo estival. En el aire inmóvil se percibía como una polvareda de llamas blancas. Los pájaros estaban silenciosos; en raras ocasiones unas alas pasaban de un árbol a otro; y ni un atisbo de brisa: las ramas de los frutales colgaban pesadas sin un estremecimiento. Se hubiese dicho que la tierra sofocada y recalentada había aspirado todos los vientos.

Llegaron ante el cerezo; la escala seguía allí, al pie de las altas hierbas que no se movían sino de vez en cuando bajo el peso de una abeja que se posaba.

– ¡Oh, alma mía querida! – dijo él– ¿no tenéis hoy el capricho de subir a coger cerezas del árbol?

Ella suspiró.

–No, hoy no quiero. Hablemos de otra cosa – dijo ella.

–¿Por qué no queréis? Vos que fuisteis tan valiente la otra vez, ¿acaso tenéis miedo de que la escala no pueda aguantar vuestro peso? Vos, que sois tan ligera que, como a un pájaro, una rama sería apoyo suficiente.

–No, no tengo miedo.

–¿No encontráis las cerezas tan bonitas como antes? Mirad, han madurado; no me consta que vuestros labios sean tan rojos como ellas.

–Sí, las cerezas están maduras, estoy de acuerdo.

–Entonces, ¿por qué no escalar al cerezo, querida alma?

Ella volvió la cabeza; no respondió; él pudo observar que la muchacha enrojecía.

–¡Ah! cruel, lo adivino – dijo él cayendo de rodillas.– No ignoráis la alegría que me habéis dado subiendo esos escalones; vos sabéis lo que he entrevisto, – así como se adivinarían las celestes delicias por la puerta entreabierta del paraíso, – vuestro pie, como un pico de pájaro, y la negruras de vuestras medias, donde se transparentaban de rosa; vos sabéis que he tenido en los ojos el deslumbramiento de un poco de vuestro misterioso cuerpo adorado, y, si rehusáis aún, bárbara, a subir a este árbol, es para no proporcionarme desgraciadamente la dicha que me fue concedida un solo instante.

Ella respondió más colorada todavía:

–No, os equivocáis, no es por eso, os aseguro que no es por eso.

Ella hablaba con un tono que parecía muy sincero. Él la interrogó de nuevo, con tierna insistencia, invadido por un ardiente deseo de conocer la causa de esa negativa. Tuvo que suplicar. Ella estaba resuelta a guardar su secreto. Dijo con voz firme:

– Me preguntáis en vano. Dejémoslo ya, os lo ruego.

Por fortuna él se acordó que la semana pasada le había ganado una «filipina», cuya apuesta consistía en una «discreción»; ¡él la tenía a su merced! Triunfalmente, invocando la deuda contraída le conminó a decir la verdad. Ahora bien, Beréngère era una persona muy honesta que jamás dejaba de cumplir sus compromisos.

–Así que, es cierto – dijo ella – ¿queréis saber por encima de todo por qué no subo hoy al árbol?

–¡Lo exijo!

Debemos aclarar que la muchacha tenía las mejillas tan coloradas como dos amapolas.

– Pues bien, es porque...

Todavía vacilaba.

–Porque...

–¡Vamos, acabad, por Dios!

–Porque... hoy... ¡no hace viento! – dijo ella huyendo a través de los arbustos bajos y las hierbas.

Pero Valentin no era hombre que perdiese tiempo en reflexiones cuando se escapa, no demasiado rápido, una joven muchacha que vuelve la cabeza para ver si es perseguida. Si hubiese sido un fauno pocas ninfas podrían evitarlo. Atrapó a Bérengère que se resistía y reía bajo el gran cerezo, y en un abrir y cerrar de ojos ella se vio obligada a reconocer que, para hacer levantar al vuelo la blancura de batistas y encajes, el entusiasmo apasionado de un amante bien valen los resoplidos jadeantes que hacen vibrar las hojas junto con las plumas de los pajarillos y hacen chocar en el extremo de las ramas los racimos de las cerezas.

ÍNDICE DE CUENTOS

La infiel	2
Tiempo de detenerse	5
El nombre perdido y encontrado de nuevo	8
La horrible lección	11
Los dos pañuelos	14
Los que ya no se aman	18
La uña rota	22
Abril casado	26
Puntos de vista	29
Los mejores amores	32
Los tres encuentros	36
El otro	40
El jardín de las jóvenes almas	43
Martina y su ángel	47
La quemadura	52
Lo más urgente	55
Los aguinaldos devueltos	58
El asesino	62
Jeanne en flor	65
El agua que ríe	68
Noemia	71
Lágrimas claras, lágrimas rojas	75
La voluptuosidad que pasa	78
La irreprochable	82
La suprema virtud	85
Bajo el cerezo	88